

HISTORIA

DE LA FLORIDA

POR EL INCA

GARCILASO DE LA VEGA.

NUEVA EDICION.

TOMO III.

MADRID.
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1803.

HISTORIA DE LA FLORIDA.

CAPITULO PRIMERO.

Sucesos del exército hasta llegar á Guaxule y á Ichiaha.

Ya diximos que el Gobernador y su exército habian salido de Xuala, y caminado cinco dias por el despoblado que hay hasta Guaxule. Es de saber, volviendo atrás con nuestro cuento, que el mismo dia que saliéron del pueblo Xuala, echaron ménos tres esclavos que se habian huido la noche ántes, los dos eran negros de nacion, criados del Capitan Andres de Vasconcelos de Silva, y el otro era morisco, de Berberia, esclavo de Don Carlos Enriquez, caballero natural de Xerez de Badajoz de quien atrás hicimos

mencion. Entendióse, que aficion de mugeres ántes que otro interés hubiese causado la huida de estos esclavos, y quedarse con los Indios; por lo qual no los pudiéron haber, aunque se hicieron diligencias por ellos: que los Indios de este gran reyno, generalmente se holgaban, como adelante verémos mas al descubierto, de que se quedasen entre ellos cosas de los Españoles. Los negros causáron admiracion con su mal hecho, porque eran tenidos por buenos Christianos y amigos de su Señor. El berberisco no hizo novedad, ántes confirmó la opinion en que siempre le habian tenido, por ser en toda cosa malísimo.

Dos dias despues sucedió, que caminando el exercito por el mismo despoblado, al medio de la jornada y del dia, quando el sol muestra sus mayores fuerzas, un soldado infante, natural de Alburquerque, llama-

do Juan Terron, en quien se apropiaba bien el nombre, se llegó á otro soldado de á caballo, que era su amigo, y sacando de unas alforjas una taleguilla de lienzo, en que llevaba mas de seis libras de perlas le dixo: Tomaos estas perlas y llevaoslas, que yo no las quiero. El de á caballo respondió, mejor serán para vos que las habeis menester mas que yo, y podreislas enviar á la Habana para que os traigan tres ó quatro caballos y yeguas, porque no andeis á pie, que el Gobernador, segun se dice, quiere enviar presto mensageros á aquella tierra con nuevas de lo que hemos descubierto en esta. Juan Terron, enfadado de que su amigo no quisiese aceptar el presente que le hacia, dixo, pues vos no las quereis, voto á tal que tampoco han de ir conmigo, sino que se han de quedar aquí. Diciendo esto, y habiendo desatado la taleguilla y

tomádola por el suelo, de una brazeada, como quien siembra, derramó por el monte, y hervazal todas las perlas por no llevarlas á cuestas, con ser un hombre tan robusto y fuerte que llevára poco ménos carga que una acemila, lo qual hecho volvió la taleguilla á las alforjas como si valiera mas que las perlas, y dexó admirado á su amigo y á todos los demas que viéron el disparate, los quales no imagináron que tal hiciera, porque á sospecharlo todavía se lo estorvaran, porque las perlas valian en España mas de seis mil ducados, porque eran todas gruesas del tamaño de avellanas y de garbanzos gordos, y estaban por horadar, que era lo que mas se estimaba en ellas; porque tenian su color perfecto, y no estaban ahumadas, como las que se halláron horadadas. Hasta treinta de ellas volviéron á recoger rebuscándolas entre yerbas

y matas, y viéndolas tan buenas se doliéron mucho mas de la perdicion hecha, y levantáron un refran comun que entre ellos se usaba, que decia: no son perlas para Juan Terron. El qual nunca quiso decir donde las hubo; y como los de su camarada se burlasen con él muchas veces despues del daño, y le motejasen de la locura que habia hecho, que conformaba con la rusticidad de su nombre, les dixo un dia que se vió muy apretado. Por amor de Dios que no lo menteis mas, porque os certifico, que todas las veces que se me acuerda de la necedad que hice, me dan deseos de ahorcarme de un árbol. Tales son los que la prodigalidad incita á sus siervos, que despues de haberles hecho derramar en vanidad sus haciendas, les provoca á desesperaciones. La liberalidad, como virtud tan excelente, recrea con gran suavidad a los

que la abrazan y usan de ella.

Sin haberles acaecido otra cosa que sea de contar, habiendo caminado cinco jornadas por la sierra, llegáron los Castellanos á la provincia y pueblo de Guaxule, el que estaba asentado entre muchos rios pequeños que pasaban por la una parte y por la otra del pueblo, los quales nacian de aquellas sierras que los Españoles pasáron, y de otras que adelante habia.

El señor de la provincia, que tambien habia el mismo nombre Guaxule, salió media legua del pueblo, y sacó en su compañia quinientos hombres nobles, bien aderezados de ricas mantas, de diversas pelleginas, y grandes plumages sobre sus cabezas, conforme al uso comun de toda aquella tierra: con este aparato recibió al Gobernador, mostrándole señales de amor, y hablándole palabras de mucho comedi-

miento, dichas con todo buen semblante señoril: llevóle al pueblo, que era de trescientas casas, y lo aposentó en la suya, que con el recaudo de los Embaxadores de la señora de Cofachiqui la tenia desembarazada para su alojamiento, y prevenidas otras cosas para mejor le servir. La casa estaba en un cerro, alto como de otras semejantes hemos dicho. Tenia toda ella al derredor un paseadero, que podian pasearse por él seis hombres juntos.

En este pueblo estuvo el Gobernador quatro dias, informándose de lo que por la comarca habia: de allí fue en seis jornadas de á cinco leguas á otro pueblo y provincia llamada Ychiaha, cuyo señor habia el mismo nombre. El camino que llevó en estas seis jornadas fue seguir el agua abaxo los muchos arroyos que por Guaxale pasaban, los quales, todos juntándose en poco espa-

cio, hacian un poderoso rio, tanto que por Ychiaha, que estaba treinta leguas de Guaxule, iba ya mayor que Guadalquivir por Sevilla.

Este puebo Ychiaha estaba asentado á la punta de una gran isla de mas de cinco leguas en largo que el rio hacia. El cacique salió á recibir al Gobernador, y le hizo mucha fiesta, con todas las demostraciones de regozijo y amor que pudo mostrar, y los Indios que consigo traxo hiciéron lo mismo con los Españoles, que holgaron mucho de los ver: y pasándoles por el rio en muchas canoas y balsas que para este efecto tenian apercibidas, los aposentáron en sus casas como á propios hermanos, y en el mismo grado fue todo el demas servicio y regalo que les hiciéron, deseando, segun decian, abrirse las entrañas y ponerselas delante á los Españoles, para les mostrar por vista de ojos lo mu-

cho que se habian holgado de haberlos conocido. En Ychiaha hizo el Gobernador las diligencias que en los demas pueblos y provincias hacia, informándose de lo que en la tierra y su comarca habia. El curaca, entre otras cosas que en respuesta de lo que le preguntáron dixo, fue, que treinta leguas de allí habia minas del metal amarillo que buscaban, y que para certificarse de ellas enviase su señoria dos Españoles, ó mas los que quisiese, que las fuesen á ver, que él daria guias que seguramente los llevasen y traxesen. Oyendo esto, se ofreciéron dos Españoles a ir con los Indios, el uno se llamaba Juan de Villalobos, natural de Sevilla, y el otro Francisco de Silvera, natural de Galicia, los quales se partiéron luego, y quisiéron ir á pie y no á caballo, aunque los tenian, por hacer mejor diligencia y en mas breve tiempo,

CAPÍTULO II.

Como sacan las perlas de sus conchas. Relacion que traxéron los descubridores de las minas de oro.

Luego otro dia que los dos Españoles se fuéron á ver las minas de oro que tanto deseaban hallar, vino el curaca á visitar al Gobernador, y le hizo un presente de una hermosa sarta de perlas, que si no fueran agujereadas con fuego, fuera una gran dadiva, porque la sarta era de dos brazas, las perlas como avellanas, y todas casi parejas de un tamaño. El Gobernador las recibió con mucho agradecimiento, y en recompensa le dio piezas de terciopelo, paños de diversos colores, y otras cosas de España que el Indio tuvo en mucho, al qual preguntó el Gobernador, si aquellas perlas

se pescaban en su tierra. El cacique respondió que sí, y que en el templo y entierro que en aquel mismo pueblo tenia de sus padres y abuelos, habia mucha cantidad de ellas: que si las queria se las llevase todas, ó la parte que quisiese. El adelantado le dixo, que agradecia su buena voluntad, que aunque las deseara, no hiciera agravio al entierro de sus mayores, quanto mas que no las queria: que aun las que le habia dado en la sarta las habia recibido por ser dádiva de sus manos, que no queria saber mas de como se sacaban de las conchas donde se criaban.

El cacique dixo, que otro dia á las ocho de la mañana lo veria su señoria, que aquella tarde y la noche siguiente las pescarian los Indios. Luego al mismo punto mandó despachar quarenta canoas, con orden que a toda diligencia pescasen

las conchas, y volviesen por la mañana. La qual venida, mandó el curaca, ántes que las canoas llegasen, traer mucha leña, y amontonarla en un llano, ribera del rio, y la hizo quemar, y que se hiciese mucha brasa. Luego que las canoas viniéron mandó tenderla, y echar sobre ella las conchas que los Indios traian, las quales, con el calor del fuego se abrian, y daban lugar á que entre la carne de ellas buscasen las perlas. Casi en las primeras conchas que se abriéron sacáron los Indios diez ó doce perlas gruesas como garbanzos medianos, y las traxéron al curaca y al Gobernador, que estaban juntos mirando cómo las sacaban, y viéron que eran muy buenas en toda perfeccion, salvo que todavía el fuego con su calor y humo les ofendia su buen color natural.

El Gobernador, habiendo visto sacar las perlas, se fue á comer á

su posada, y poco despues que hubo comido, entró un soldado natural de Guadalcanal, que habia por nombre Pedro Lopez, el qual descubriendo una perla que en la mano traia dixo: Señor, comiendo de las ostras que hoy traxeron los Indios, de las quales llevé unas pocas á mi posada, y las hice cocer, tope esta entre los dientes, que me los hubiera quebrado, y por parecerme buena la traigo á vuesa señoria, para que de su mano la envie á mi señora Doña Isabel de Bobadilla. El Adelantado le respondió diciendo: Yo os agradezco vuestra buena voluntad, y he por recibido el presente y la gracia que haceis a Doña Isabel para os la agradecer, y satisfacer en qualquiera ocasion que se os ofrezca; mas la perla será mejor que la guardeis y que la lleven á la Habana, para que del valor de ella os traigan un par de caballos,

dos yeguas, y otra cosa que habeis menester. Lo que yo haré por el buen ánimo que nos habeis mostrado será, que de mi hacienda pagaré el quinto que le pertenece á la de su magestad.

Los españoles que con el Gobernador estaban, miraron la perla, y los que de ellos presumian algo de lapidarios, la apreciaron que valia en España quatrocientos ducados, porque era del tamaño de una gruesa avellana con su cascara y todo, redonda en toda perfeccion, y de color claro y resplandeciente, que como no habia sido sacada con fuego como las otras, no habia recibido daño en su color y hermosura. Damos cuenta de estas particularidades aunque tan menudas, porque por ellas se vea la riqueza de aquella tierra.

Un dia de los que los Españoles estuvieron en este pueblo de Ychia-

ha acaeció una desgracia que á todos ellos lastimó mucho, y fue, que un caballero, natural de Badajoz, llamado Luis Bravo de Xerez, andando con una lanza en la mano paseandose por un llano cerca del rio, vio pasar un perro cerca de si: tirole la lanza con deseo de matarle para comerselo, porque por la falta general que en toda aquella tierra habia de carne, comian los Castellanos quantos perros podian haber á las manos. Del tiro no acertó al perro, y la lanza pasó deslizándose por el llano adelante hasta caer por la barranca abaxo en el rio, y acertó á dar por la una sien, y salir por la otra á un soldado que con una caña estaba pescando en el, de que cayó luego muerto. Luis Bravó, descuidado de haber hecho tiro tan cruel, fue á buscar su lanza, y la halló atravesada por las sienes de Juan Mateos, que asi habia el

nombre el soldado: era natural de Almendral, el qual solo, entre todos los Españoles que andaban en este descubrimiento, tenia canas, por las quales todos le llamaban padre; y respetaban como si lo fuera de cada uno de ellos, y así generalmente sintieron su desgracia, que habiéndose ido á holgar lo hubiesen muerto tan miserablemente. Tan cerca como cierta tenemos la muerte en todo tiempo y lugar

Las cosas referidas sucedieron en el real, entretanto que los dos compañeros fueron, y vinieron de descubrir las minas, los quales gastaron diez dias en su viage. Dixeron que las minas eran de muy fino azofar, como el que otras habian visto, mas que entendian, segun la disposicion de la tierra, que no dexarian de hallarse minas de oro y de plata si buscasen las venas y mineros. Demas de esto dixeron, que la tierra que

habian visto era toda muy buena para sementeras y pastos, y que los Indios por los pueblos que habian pasado los habian recibido con mucho amor y regocijo, y les habian hecho mucha fiesta y regalo, tanto que cada noche despues de haberles banqueteado, les enviaban dos mozas hermosas que durmiesen con ellos, y los entretuviesen la noche, mas que ellos no osaban tocarlas; temiendo no les flechasen otro dia los Indios, porque sospechaban que se las enviaban para tener ocasion de los matar si llegasen á ellas. Esto temian los Españoles, y quizá sus huespedes lo hacian por regalarlos demasiadamente, viendo que eran mozos, porque si quisieran matarlos, no tenian necesidad de buscar achaques.

CAPITULO III.

El exército sale de Ychiaha: entra en Acoste y en Coza. Hospedage que en estas provincias se les hizo.

Recibida la relacion de las minas de oro que fueron á descubrir, mando el Gobernador apercibir para el dia siguiente la partida, la qual hicieron nuestros Castellanos, dexando al curaca y á sus Indios principales muy contentos de las dadivas que el General y sus Capitanes les dieron por el hospedage que les hicieron.

Caminaron aquel dia la isla abaxo, que cómo diximos era de cinco leguas en largo. A la punta de ella, donde el rio se volvia á juntar, estaba fundado otro pueblo llamado Acoste, que era de otro señor bien diferente del pasado, el qual reci-

bió á los Castellanos muy de otra manera que el cacique de Ychiaha, porque no les mostró semblante alguno de amistad, antes estaba puesto en arma con mas de mil y quinientos Indios de guerra, bien compuestos de plumages, y apercibidos de armas, las quales traian en las manos sin las querer dexar, aunque habian recibido ya á los Españoles en su pueblo, y se mostraban tan bravos y ganosos de pelear, que no habia Indio que hablando con el Español no presumiese clavarle los dedos en los ojos, y así lo acometian á hacer, y si les preguntaban algo respondian con tanta soberbia, sacudiendo y blandiendo los brazos con los puños cerrados, señales que ellos hacen quando quieren pelear, que no se les podia sufrir la desvergüenza que tenian, ni las palabras y ademanes, que todos provocaban a batalla; de tal manera que muchas ve-

ces estuvieron los Castellanos perdida la paciencia por cerrar con ellos; mas el Adelantado lo estorvó, diciéndoles, que sufriesen todo lo que hiciesen los Indios, siquiera por no quebrar el hilo que hasta allí habian traido desde que salieron de *la* belicosa provincia de Apalache. Así se hizo como el Gobernador lo mandó: mas aquella noche los unos y los otros la pasaron toda puestos en sus esquadrones, como enemigos declarados.

El dia siguiente se mostraron los Indios mas afables, y el curaca y los mas principales vinieron con nuevo semblante á ofrecer al Gobernador todo lo que en su tierra tenian, y le dieron zara para el camino. Entendiose que algun buen recaudo que el señor de Ychiaha les hubiese enviado en favor de los Españoles hubiese causado aquel comedimiento. El General les agra-

deció el ofrecimiento y les pagó el maiz, de que ellos quedaron contentos. El mismo dia salio del pueblo, y pasó el rio en canoas y balsas, de que habia gran cantidad, y daban gracias á Dios que los hubiese sacado del pueblo Acoste sin haber quebrado la paz que hasta allí habian traido.

Salidos de Acoste, entraron en una gran provincia llamada Coza. Los Indios salieron á recibirles de paz, y les hicieron toda buena amistad, dándoles para el camino bastimento y guias de un pueblo á otro.

El curaca y señor de esta provincia habia el mismo nombre que ella. la qual, por donde los Españoles la pasaron, tenia mas de cien leguas de largo, todas de tierra fertil y muy poblada, tanto que algunos dias que caminaron por ella pasaban por diez y por doce pueblos, sin los que dexaban a una ma-

no y á otra del camino. Verdad es que los pueblos eran pequeños, de los quales salian los Indios con mucho contento y regocijo á recibir los christianos, y los hospedaban en sus casas, y de muy buena voluntad les daban quanto tenian, y por el camino les iban sirviendo los del un pueblo hasta llegar al otro, y quando estos los habian recibido se volvian aquellos. De esta manera los llevaron por todas las cien leguas, alojándose los Españoles unas noches en poblado y otras en el campo, como acertaban á hacerse las jornadas, que todas eran de á quatro leguas poco mas ó menos.

El señor de aquella provincia Coza, que estaba al otro termino de ella, enviaba cada dia nuevos mensageros con un mismo recaudo, repetido muchas veces, dando al Gobernador el parabien de su buena venida, suplicandole caminase por su

tierra muy poco á poco, holgándose y regalándose todo lo que le fuese posible; que él le esperaba en el pueblo principal de su provincia para servir á su señoria y á todos los suyos, con el amor y voluntad que ellos verian.

Los Españoles caminaron veinte y tres ó veinte y quatro dias sin acaecerles cosa que sea de contar, sino es repetir muchas veces la buena acogida que los Indios les hacian hasta que llegaron al pueblo principal llamado Coza, de quien tomaba nombre toda la provincia, donde estaba el señor de ella, el qual salió una gran legua á recibir al Gobernador, acompañado de mas de mil hombres nobles, muy bien aderezados, con mantos de diversos aforros de pieles, muchas de ellas eran de martas finas, que daban de sí grande olor de almizcle. Traian sobre sus cabezas grandes plumages,

que son la gala y ornamento de que los Indios de este gran reyno mas se precian; y como estos fuesen bien dispuestos, como lo son generalmente todos los de aquella tierra, y los plumages subiesen media braza en alto, y fuesen de muchas y diversas colores, y ellos estuviesen en el campo puestos por su órden en forma de esquadron de veinte por hilera, hacian una hermosa y agradable vista á los ojos.

Con esta grandeza y ostentacion militar y señoril recibieron los Indios al General, y á sus capitanes y soldados, haciendo todas las mayores demostraciones que podian, del contento que decian tener de verlos en su tierra. Al Gobernador aposentaron en una de tres casas que en diversas partes del pueblo tenia el curaca, hechas de la forma que de otras semejantes hemos dicho, asentadas en alto, con las ventajas

de casas de señor á las de los vasallos. El pueblo estaba fundado á la ribera de un rio: tenia quinientas casas grandes y buenas, que bien mostraba ser cabeza de provincia tan grande y principal como se ha dicho. La mitad del pueblo hácia la posada del Gobernador tenia desembarazado, donde se alojaron los capitanes y soldados, y cupieron todos en él, porque las casas eran capaces de mucha gente, donde estuvieron los Castellanos once ó doce dias, servidos y regalados del curaca, y de todos los suyos, como sí fueran hermanos muy queridos; que cierto ningun encarecimiento basta á decir el amor, cuidado y diligencia con que los servian, de tal manera que los mismos Españoles se admiraban de ello.

CAPITULO IV.

Ofrece el cacique Coza su estado al Gobernador para que asiente y pueble en él. Como sale el exército de aquella provincia.

Un dia de los que estuvieron los Españoles en este pueblo llamado Coza, el Señor de el, que habia comido á la mesa del Gobernador, habiendo hablado con él muchas cosas pertenecientes á la conquista, y al poblar de la tierra, y habiendo respondido con mucha satisfaccion del Adelantado á todo lo que acerca de esto le habia preguntado, quando le pareció tiempo se levantó en pie, y haciendo al General una gran reverencia, con mucha veneracion á la usanza de los Indios, y volviendo los ojos á los caballeros que á una mano y otra del Gobernador estaban, como que hablaba con todos

dixo: Señor, el amor que á vuesa señoria, y á todos los suyos he cobrado en estos pocos dias que ha que le conozco, me fuerza á suplicarle, que si busca tierras buenas donde poblar, tenga por bien de quedarse en la mia, y hacer asiento en ella, que yo creo que es una de las mejores provincias que vuestra señoria habrá visto de quantas ha hallado en este reyno; y mas hago saber á vuesa señoria, que acertó á pasar por lo mas flaco, y vé lo ménos bueno de ella. Si vuestra señoria gustare de verla despacio, yo le llevaré por otras partes mejores, que le darán todo contento, y podrá tomar de ellas lo que mejor le pareciere para poblar y fundar su casa y corte, y sino quisiere hacerme de presente esta merced, á lo menos no me niegue el invernar en este pueblo el invierno que viene, que está ya cerca, donde le serviremos

como vuestra señoria verá, que á las obras me remito, y entonces podrá vuestra señoria enviar despacio sus capitanes y soldados para que, habiendo visto mi tierra por todas partes, traigan verdadera relacion de lo que he dicho, para mayor satisfaccion de vuestra señoria.

El Gobernador le agradeció su buena voluntad, y le dixo, que en ninguna manera podia poblar dentro en la tierra, hasta saber qué puerto ó puertos tenia en la costa de la mar, para recibir los navios y gente que de España ó de otras partes viniesen á ellos con ganados, plantas y las demas cosas necesarias para poblar: que quando fuese tiempo recibiria su ofrecimiento, y mantendria siempre su amistad, y que entretanto sosegase, que no tardaria en volver por alli, poblando la tierra, y que entonces haria quanto le pidiese de su gusto y contento.

El cacique le besó las manos, y dixo que tomaba aquellas palabras de su señoria por prendas de su promesa, y que las guardaria en su corazon y en su memoria hasta verlas cumplidas, que lo deseaba en extremo. Este señor era de edad de veinte y seis ó veinte y siete años, muy gentil hombre, como lo son los mas de aquella tierra, y de buen entendimiento: hablaba con discrecion, y daba buena razon de todo lo que le preguntaban: parecia haberse criado en una corte de toda buena doctrina y policia.

Pasados diez ó doce dias que el exército hubo descansado en el pueblo de Coza, mas por condescender con la voluntad del curaca, que gustaba de los tener en su tierra, que por necesidad que hubiesen tenido de descansar, le pareció al Gobernador seguir su viage en demanda de la mar, como lo llevaba encami-

nado; que desde que salió de la provincia de Xuala habia caminado hácia la costa, haciendo un arco por a tierra para salir al puerto de Achusi, como lo habian concertado con el capitan Diego Maldonado, que habia quedado á descubrir la costa, y habia de venir al principio del invierno venidero al dicho puerto de Achusi con socorro de gente. armas, ganado y bastimentos, como atras dexamos dicho: y este era el fin principal del Gobernador, de ir á este puerto para empezar à hacer su poblacion.

El cacique Coza quiso acompañar al General hasta los límites de su tierra, y así salio en su compañia con mucha gente noble de guerra y mucho bastimento, é Indios de carga que lo llevasen. Caminaron con el órden acostumbrado cinco jornadas, y al fin de ellas llegaron á un pueblo llamado Talise, que

era el último de la provincia de Coza, y frontera y defensa de ella. Era fuerte en extremo, porque demas de la cerca que tenia hecha de madera y tierra, le cercaba casi todo un gran rio, y lo dexaba hecho peninsula. Este pueblo Talise no obedecia bien á su señor Coza, por trato doble de otro señor llamado Tascaluza, cuyo estado confinaba con el de Coza, y le hacia vecindad no segura, ni amistad verdadera: y aunque los dos no traian guerra descubierta, el Tascaluza era hombre soberbio y belicoso, de muchas cautelas y astucias, como adelante veremos, y como tal tenia desasosegado este pueblo para que no obedeciese bien á su señor. Lo qual habiéndolo entendido de mucho atrás el cacique Coza, holgó de venir con el Gobernador, así por servirle en el camino y en el mismo pueblo Talise, como por amedrentar los

moradores de él con el favor de los Españoles, y hacer que le fuesen obedientes.

En el pueblo de Coza quedó huido un christiano, si lo era, llamado Falco Herrado: no era Español, ni se sabia de qual provincia fuese natural, hombre muy plebeyo, y así no se echó ménos hasta que el exército llegó á Talise. Hiciéronse diligencias para volverlo á cobrar, mas no aprovecharon, porque muy desvergonzadamente envió á decir con los Indios que fueron con los recaudos del Gobernador, que por no ver antes sus ojos cada dia á su capitan, que le habia reñido y maltratado de palabra, queria quedarse con los Indios, y no ir con los Castellanos, por tanto que no le esperasen jamas.

El curaca respondió mas comedida y cortesmente á la demanda que el Gobernador le hizo, pidién-

dole mandase á sus Indios traxesen aquel Christiano huido: dixo, que pues no habian querido quedarse todos en su tierra, holgaba mucho se hubiese quedado siquiera uno: que suplicaba á su señoría le perdonase, que no haria fuerza para que volviese al que de su gana se quedase, antes lo estimaria en mucho. El Gobernador, viendo que quedaba lejos, y que los Indios no le habian de compeler a que volviese, no hizo mas instancia por él.

Olvidadosenos ha de decir, como en el mismo pueblo Coza quedó un negro enfermo que no podia caminar, llamado Robles, el qual era muy buen christiano y buen esclavo: quedó encomendado al cacique, y él tomó á su cargo el regalarle y curarle con mucho amor y voluntad. Hicimos caudal de estas menudencias para dar cuenta de ellas, para que quando Dios Nuestro Señor sea

servido que aquella tierra se conquiste y gane, se advierta á ver si quedó algun rastro ó memoria de los que así se quedaron entre los naturales de este gran reyno.

CAPITULO V.

Del bravo curaca Tascaluza, que era casi gigante. Como recibió al Gobernador.

En el pueblo Talise estuvo el Gobernador diez dias, haciendo diligencias para haber noticia de todas partes de lo que quedaba por andar de su viage, y de lo que habia en las provincias comarcanas, á un lado y á otro de este pueblo. En el interin vino un hijo de Tascaluza, mozo de edad de diez y ocho años, de tan buena estatura de cuerpo, que del pecho arriba era mas alto que ningun Español ni Indio de los

que habia en el exército. Vino acompañado de mucha gente noble: traía una embaxada de su padre, en que ofrecia al Gobernador su amistad, persona y estado, para que de todo ello se sirviese como mas gustase. El General lo recibio muy afablemente, y le hizo mucha honra, así por su calidad, como por su gentileza y buena disposicion. El qual, despues de haber dado su embaxada, y habiendo entendido que el Adelantado queria ir donde su padre Tascazula estaba, le dixo: Señor, para ir allá, aunque no son mas de doce ó trece leguas, hay dos caminos; suplico á vuestra señoria mande que dos Españoles vayan por el uno, y vuelvan por el otro, porque vean qual de ellos es el mejor, por el qual vuestra señoria haya de ir, que yo daré guias que seguramente los lleven y vuelvan. Asi se hizo, y uno de los dos que fueron á descu-

brir los caminos fue Juan de Villalobos, el que fue á descubrir las minas de oro, y las halló de azofar, el qual era amicisimo de ver primero que otro de sus compañeros lo que en el descubrimiento habia: con esta pasion se ofrecio á andar el camino dos veces y aun tres.

Quando volviéron los dos compañeros con la relacion de los caminos, el Gobernador se despidió del buen Coza y de los suyos, los quales quedáron muy tristes, porque los Castellanos se iban de su tierra. El General salió por el camino que le dixéron era mas acomodado: pasó el rio de Talise en balsas y canoas, que era tan caudaloso que no se vadeaba. Caminó dos dias, y al tercero, bien temprano, llegó á dar vista al pueblo donde el curaca Tascaluza estaba: no era este el pueblo principal de su estado, sino otro de los comunes..

Tascaluza, sabiendo por sus correos que el Gobernador venia cerca, salio á recibirle fuera del pueblo. Estaba en un cerrillo alto, lugar eminente, de donde á todas partes se descubria mucha tierra. Tenia en su compañia no mas de cien hombres nobles, muy bien aderezados de ricas mantas de diversos aforros, con grandes plumages en las cabezas, conforme el trage y usanza de ellos. Todos estaban en pie, solo Tascazula estaba sentado en una silla de las que los señores de aquellas tierras usan, que son de madera, una tercia poco mas ó ménos de alto, con algun concavo para el asiento, sin espaldar ni braceras, toda de una pieza. Cabe si tenia un alferez con un gran estandarte, hecho de gamuza amarilla con tres barras azules, que lo partian de una parte a otra, hecho al mismo talle y forma de los estandartes que en

España traen las compañías de caballos.

Fue cosa nueva para los Españoles ver insignia militar, porque hasta entónces no habian visto estandarte, vandera ni guion.

La disposicion de Tascaluza era como de su hijo, que a todos sobrepujaba mas de media vara en alto: parecia gigante, o lo era, y con la altura de su cuerpo se conformaba toda la demas proporcion de sus miembros y rostro. Era hermoso de cara, y tenia en ella tanta severidad, que en su aspecto se mostraba bien la ferocidad y grandeza de su ánimo: tenia las espaldas conforme á su altura, y por la cintura tenia poco mas de dos tercias de pretina, los brazos y piernas derechas y bien sacadas, proporcionadas con el cuerpo. En suma, fue el Indio mas alto de cuerpo, y mas lindo de talle que estos Castellanos viéron en todo lo

que anduviéron de la Florida.

De la manera que se ha dicho estaba esperando Tascaluza al Gobernador, y aunque los caballeros y capitanes del exército que iban delante, llegaban donde él estaba, no hacia movimiento á ellos, ni semblante de comedimiento alguno, como si no los viera, ni pasaran cerca de él. Así estuvo hasta que llegó el Gobernador, y quando lo vió cerca, se levantó á él, y salió como quince ó veinte pasos de su asiento á recibirle.

El General se apéo y lo abrazó, y los dos se quedáron en el mismo puesto hablando, entretanto que el exército se alojaba en el pueblo y fuera de él, porque no cabia toda la gente dentro, y luego fueron los dos mano á mano hasta la casa del Gobernador, que era cerca de la casa de Tascaluza, donde dexó al General, y se fue con sus Indios.

Dos dias descansaron los Españoles en aquel pueblo, y al tercero saliéron en seguimiento de su viage. Tascaluza, por mostrar mucha amistad al Gobernador, quiso acompañarle, diciendo lo hacia para que fuese mejor servido por su tierra. El Gobernador mandó que le aderezasen un caballo á la brida, en que fuese, como se habia hecho siempre con los curacas, señores de vasallos, que con el habian caminado, aunque se nos ha olvidado decirlo hasta este lugar. En todos los caballos que en el exército llevaban no se halló alguno que pudiese sufrir y llevar á Tascaluza, segun la grandeza de su cuerpo, y no porque era gordo, que, como atras diximos, tenia menos de vara de pretina, ni era pesado por vejez, que apénas tenia quarenta años. Los Castellanos, haciendo mas diligencia buscando en que fuese Tascaluza, halláron

un rocin del Gobernador, que por ser tan fuerte servia de llevar carga: este pudo sufrirle. Era tan alto Tascaluza, que puesto encima del caballo, no le quedaba una quarta de alto de sus pies al suelo.

No tuvo en poco el Gobernador que se hallase caballo en que fuese Tascaluza, porque no se desdeñase de que lo llevasen en acemila. Así camináron tres jornadas de á quatro leguas, y al fin de ellas llegáron al pueblo principal, llamado Tascaluza, de quien la provincia y el señor de ella tomaban el nombre. El pueblo era fuerte: estaba sentado en una peninsula que el rio hacia, el qual era el mismo que pasaba por Talise, y venia mas engresado y poderoso.

El dia siguiente se ocupáron en pasarlo, y por el mal recaudo que habia de balsas, gastáron casi todo el dia, y se alojáron á media le-

gua del rio en un hermoso valle.

En este alojamiento faltáron dos Españoles, y el uno de ellos fué Juan de Villalobos, de quien hemos hecho mencion dos veces: no se supo que hubiese sido de ellos: sospechóse que los Indios, hallándoles léjos del real, los hubiesen muerto, porque el Villalobos, donde quiera que se hallaba, era muy amigo de correr la tierra, y ver lo que en ella habia: cosa que cuesta la vida á todos los que en la guerra tienen esta mala costumbre.

Con el mal indicio de faltar los dos Españoles, temiéron los que notáron la novedad del hecho, que la amistad de Tascaluza no era tan verdadera y leal como pretendia el mostrarla. Á esta mala señal se añadió otra peor, y fué, que preguntando á sus Indios por los dos Españoles que faltaban, respondian con mucha desverguenza, si se los ha-

bian dado á guardar á ellos, ó qué obligacion tenian ellos de darles cuenta de sus Castellanos. El Gobernador no quiso hacer mucha instancia en pedirlos, porque entendió que eran muertos, y que no serviria la diligencia sino de escandalizar y ahuyentar al cacique y á sus vasallos: pareciole dexar la averiguacion y el castigo para mejor coyuntura.

Al amanecer del dia siguiente envió el General dos escogidos soldados de los mejores que en todo su exército habia, el uno llamado Gonzalo Quadrado Xaramillo, hijodalgo, natural de Zafra, hombre hábil y plático en toda cosa, de quien seguramente se podia fiar qualquiera grave negocio de paz ó de guerra, el otro se decia Diego Vazquez, natural de Villanueva de Barcarrota, hombre asimismo de todo buen crédito y confianza. En-

viólos con órden, que fuesen á ver lo que habia en un pueblo llamado Mauvila, que estaba legua y media de aquel alojamiento, donde el curaca tenia mucha gente, con voz y fama que la habia hecho juntar para mejor servir y festejar con ella al Gobernador y á sus Españoles, Mandóles que le esperasen en el pueblo, que luego caminaba en pos de ellos.

CAPÍTULO VI.

Llega el Gobernador á Mauvila halla indicios de traicion.

Luego que los dos soldados saliéron del Real, mandó el Gobernador apercibir cien caballos y cien infantes que fuesen con él y con Tascaluza, que ámbos quisiéron ser aquel dia de vanguardia. Al Maese de Campo dexó mandado, que con

el demas exército saliese con brevedad en su seguimiento; el qual salió tarde, y la gente caminó derramada por los campos, cazando, y habiendo placer, bien descuidados, por la mucha paz que todo aquel verano hasta allí habian traido, de haber batalla.

El Gobernador, que llevaba cuidado de caminar, llegó á las ocho de la mañana al pueblo de Mauvila, el qual era de pocas casas, que apenas tenia ochenta; empero todas ellas muy grandes, que algunas eran capaces de mil y quinientas personas, y otras de mil, y las menores de mas de quinientas. Llamamos casa á lo que es un cuerpo solo, como una Iglesia, que los Indios no labraban sus casas trabando unos cuerpos con otros, sino que cada una, conforme á su posibilidad, hacia un cuerpo de casa como una sala, y esta tenia sus apartados con

las oficinas necesarias, que eran harto pocas, y á estos cuerpos así solos llaman casas. Y como las de este pueblo habian sido hechas para frontera y plaza fuerte, y para ostentacion de la grandeza del Señor, eran muy hemosas, y las mas de ellas eran del cacique, y las otras de los hombres mas principales y ricos de todo su estado.

El pueblo estaba asentado en un muy hermoso llano: tenia una cerca de tres estados en alto, la qual era hecha de maderos tan gruesos como bueyes: estaban hincados en tierra, tan juntos, que estaban pegados unos con otros. Otras vigas ménos gruesas y mas largas iban atravesadas por la parte de afuera y de adentro, atadas con cañas quebradas y cordéles fuertes, y embarrados por cima con mucho barro pisado, con paja larga, la qual mezcla henchia todos los huecos y va-

cios de la madera y sus ataduras; de tal suerte que propiamente parecia pared enlucida con plana de Alvañil. A cada cincuenta pasos de esta cerca habia una torre capaz de siete ú ocho hombres que podian pelear en ella. La cerca por lo baxo, en altor de un estado, estaba llena de troneras para tirar las flechas á los de afuera. No tenia el pueblo mas de dos puertas, una al levante y otra al poniente. En medio del pueblo habia una gran plaza, y en derredor de ella estaban las casas mayores y mas principales

A esta plaza llegaron el Gober-bernador y el gigante Tascaluza, el qual, luego que se apeó, llamó á Juan Ortiz, intrepete, y señalando con el dedo, le dixo: En esa casa grande se apesentará el Gobernador y los caballeros y gentiles hombres que su señoria quisiere tener consigo; y su servicio y recá-

mara se pondrá en esotra, que esta cerca de ella; y para la demas gente, un tiro de flecha fuera del pueblo, tienen mis vasallos hechas muchas ramadas muy buenas, en las quales podrán alojarse á placer, porque el pueblo es pequeño, y no cabemos todos en él. El General respondió, que venido el Maese de Campo haria en el alojamiento y en todo lo demas lo que él ordenase. Con esto se entro Tascaluza en una casa de las mayores que habia en la plaza, donde, como despues se supo, tenia los capitanes de su consejo de guerra. El Gobernador, y los caballeros é infantes que con él viniéron se quedaron en la plaza, y mandaron sacar los caballos fuera del pueblo, hasta saber donde se habian de alojar.

Gonzalo Quadrado Xaramillo, que, como diximos, se habia adelantado á ver y reconocer el pueblo

de Mauvila, luego que el Gobernador se apeó, salió á él, y le dixo: Señor, yo he mirado con atencion este pueblo, y las cosas que en él he visto y notado no me dan seguridad alguna de la amistad de este curaca y de sus vasallos, antes me causan mala sospecha, que nos tienen armada alguna traicion, porque en esas pocas casas que vuestra señoria vé, hay mas de diez mil hombres de guerra, gente escogida, que en todos ellos no hay un viejo, ni Indio de servicio, sino que todos son de guerra, nobles y mozos, y todos están apercibidos de armas en mucha cantidad; y sin las que cada uno de ellos tiene en particular para sí, muchas casas de estas están llenas de ellas, que son deposito comun de armas. Demas de esto, aunque estos Indios tienen consigo muchas mugeres, todas son mozas, y ninguna de ellas tiene hijos, ni en to-

do el pueblo hay tan solo un muchacho, sino que están libres y desembarazados de todo impedimento. El campo, un tiro de arcabuz al derredor del pueblo, como vuestra señoria lo habrá visto, tienen limpio y deservado, de tal manera, y con tanta curiosidad, que aun hasta las raices de las yerbas tienen arrancadas á mano, lo qual me parece señal de querernos dar batalla, y que no haya cosa que les estorve. Con estos malos indicios se puede juntar la muerte de los dos Españoles que del alojamiento pasado ayer faltáron: por todo lo qual me parece que vuestra señoria debe recatarse de este Indio, y no fiarse de él; que aunque no hubiera mas del mal rostro y peor semblante que él y los suyos hasta ahora nos han mostrado, y la soberbia y desverguenza con que nos hablan, bastara para apercibirnos a no tener su

amistad por buena, sino por falsa y engañosa.

El General respondió, que de mano en mano, entre los que allí estaban, pasase la palabra, y el aviso de unos á otros de lo que en el pueblo habia, para que todos disimuladamente estuviesen apercibidos; y particularmente mandó á Gonzalo Quadrado, que luego que el Maese de Campo llegase, le diese noticia de lo que en el pueblo habia visto, para que ordenase lo que á todos conviniese.

Alonso de Carmona en su quaderno escrito de mano hace muy larga relacion del viage que estos Españoles, y él con ellos, hiciéron desde la provincia de Cofachiqui hasta la de Coza: cuenta las grandezas de la provincia Coza, y las generosidades del Señor de ella, y nombra muchos pueblos de los de aquel camino, aunque no todos los

que yo he nombrado. De la estatura de Tascaluza dice, que para gigante no le faltaba casi nada, y que era muy bien agestado. Juan Coles, hablando de este jayan, dice estas palabras: Llegados que fuimos á la provincia de este señor Tascaluza, nos salió de paz. Este era un hombre grande, que desde el pie á la rodilla tenia tanta canilla como otro hombre muy grande desde el pie á la cintura: tenia los ojos como de buey. De camino iba en un caballo, y el caballo no lo podia llevar: vistiólo el Adelantado de grana, y dióle una muy hermosa capa de ella misma. Y Alonso de Carmona, habiendo dicho el vestido de grana, añade estas palabras: Al entrar el Gobernador y Tascaluza en Mauvila, saliéron los Indios á recibirlos, con bayles y danzas, por mas disimular su traicion; y las hacian los mas principales; y acabado aquel

regocijo, salió otro bayle de mugeres hermosísimas á maravilla; porque, como tengo dicho, son muy bien agestados aquellos Indios, y asimismo las mugeres en tanto grado, que despues, quando nos salimos de la tierra, y fuimos á parar á México, sacó el Gobernador Moscoso una India de esta provincia de Mauvila, que era muy hermosa, y muy gentil muger, que podia competir en hermosura con la mas gentil de España que habia en todo México; y así por su gran extremo enviaban aquellas señoras de México á suplicar al Gobernador se la enviase, que la querian ver, y él lo hacia con gran facilidad, porque se holgaba de que se la codicia en muchos. Todas son palabras de Alonso de Carmona, como él mismo las dice; y huelgo de referir estas, y todas las que en la historia van en nombre de estos dos soldados, tes-

tigos de vista, para que se vea quan claro se muestra ámbas relaciones, y la nuestra ser de todas un paño. Poco mas adelante dice Alonso de Carmona el aviso que decimos que Gonzalo Quadrado Xaramillo, aunque no lo nombra, dio al Gobernador Hernando de Soto, y añade que le dixo, como aquella mañana, y otras muchas ántes habian salido los Indios á ensayarse al campo, con un parlamento que cada dia les hacia un Capitan ántes de la escaramuza y exercicio militar.

El cacique Tasculuza, como queda dicho, luego que el Gobernador y él entráron en el pueblo, se entró en una casa donde estaba su consejo de guerra, esperando para concluir y determinar el órden que habian de tener en matar los Españoles, porque de mucho atrás tenia determinado aquel curaca matarlos en el pueblo Mauvila, y para esto ha-

bia juntado la gente de guerra que allí tenia, no solamente de sus vasallos y subditos, sino tambien de los vecinos y comarcanos, para que todos gozasen del triunfo y gloria de haber muerto los castellanos, y hubiesen su parte del despojo que llevaban, que con esta condicion habian venido los no vasallos.

Pues como Tascaluza se viese entre sus Capitanes, y con los mas principales de su exército les dixo, que con brevedad determinasen el como harian aquel hecho, si degollarian luego á los Españoles que allí al presente estaban en el pueblo, y en pos de ellos á los demas como fuesen viniendo, o si aguardarian á que llegasen todos, que segun se hallaban poderosos y bravos esperaban degollarlos con tanta facilidad á todos juntos, como divididos en tres tercios de vanguardia, batalla y retaguardia, que el exército traia cami-

nando; que lo deteminasen luego, porque él no aguardaba sino la resolucion de ellos.

CAPITULO VII.

Resuélvense los del consejo de Tascaluza matar los Españoles: principio de la batalla que tuvièron.

Los Capitanes del consejo estuviéron divisos en lo que Tascaluza les propuso, que unos dixéron que no aguardasen á que los Castellanos se juntasen, porque no se les dificultase la empresa, sino que luego matasen los que allí tenian, y despues los demas como fuesen llegando; otros mas braves dixéron, que parecia género de cobardia y muestra de temor, y aun olia á traicion quererlos matar divididos, sino que pues en valentia, destreza y ligereza les hacian la misma ventaja que en nú-

mero, los dexasen juntar, y de un golpe los degollasen á todos, que esto era de mayor honra, y mas conveniente a la grandeza de Tascaluza, por ser hazaña mayor.

Los primeros Capitanes replicaron diciendo, que no era bien arriesgar que juntandose todos los Españoles se pusiesen en mayor defensa, y matasen algunos Indios, que por pocos que fuesen, pesaria mas la pérdida de los pocos amigos, que placeria la muerte de todos sus enemigos: que bastaba se consiguiese el fin que pretendian, que era degollarlos todos: que el como, seria mejor y mas acertado quanto mas a su salvo lo hiciesen.

Este ultimo consejo prevaleció, que aunque el otro era mas conforme á la soberbia y bravosidad de Tascaluza, él tenia tanto deseo de ver degollados los Españoles, que qualquiera dilacion por breve que

fuese le parecia larga. Así fue acordado, que para poner en obra su determinacion, se tomase qualquiera ocasion que se les ofreciese; y quando no la hubiese, lo hiciesen de hecho, que con enemigos no era menester buscar causas para los matar.

Entre tanto que en el consejo de Tascaluza se trataba de la muerte de los Españoles, los criados del Gobernador, que se habian adelantado y dado priesa á su camino, y se habian alojado en una de las casas grandes que salian á la plaza, tenian aderezado de almorzar ó de comer, que todo se hacia junto, y le dixéron que su señoria comiese, que era ya hora. El General envió un recaudo á Tascaluza con Juan Ortiz diciendo, que viniese á almorzar; porque siempre habia comido con el Gobernador. Juan Ortiz dio el recaudo á la puerta de la casa donde el curaca estaba, porque los Indios

no le dexáron entrar dentro, los quales, habiendo llevado el recaudo respondiéron, que luego saldria su señor.

Habiendo pasado un buen espacio de tiempo, volvio Juan Ortiz á repetir su recaudo á la puerta: respondiéronle lo mismo. Dende á buen rato torno á decir tercera vez, digan á Tascaluza que salga que el Gobernador le espera con el manjar en la mesa. Entónces salió de la casa un Indio, que debia ser el Capitan General, y con una soberbia y altivez estraña habló, diciendo. ¿Qué están aquí estos ladrones, vagamundos, llamando á Tascaluza mi señor, diciendo, salí, salí, hablando con tan poco miramiento como si hablaran con otro como ellos? Por el sol y por la luna que ya no hay quien sufra la desvergüenza de estos demonios; y sera razon que por ella mueran hoy hechos pedazos, y dé fin á su maldad y tirania.

Apénas habia dicho estas palabras el Capitan, quando otro Indio que salio en pos de él le puso en las manos un arco y flechas para que empezase la pelea. El Indio General, echando sobre los hombros las vueltas de una muy hermosa manta de martas que al cuello traia abrochada, tomo el arco, y poniéndole una flecha, encaro con ella para la tirar á una rueda de Españoles que en la calle estaban.

El Capitan Baltasar de Gallegos, que acertó á hallarse cerca á un lado de la puerta por donde el Indio salió, viendo su traicion, y la de su cacique, y que todo el pueblo en aquel punto levantaba un gran alarido, hecho mano á su espada, y le dió una cuchillada por cima del hombro izquierdo, que como el Indio no tuviese armas defensivas, ni aun ropa de vestir, sino la manta, le abrió todo aquel quarto, y con las entra-

ñas todas defuera cayó luego muerto, sin que le hubiese dado lugar á que soltase la flecha.

Quando este Indio salió de la casa á decir aquellas malas palabras que contra los Castellanos dixo, ya dexaba dada arma á los Indios para la batalla, y asi saliéron de todas las casas del pueblo, principalmente de las que estaban en derredor de la plaza, seis ó siete mil hombres de guerra y con todo ímpetu y denuedo arremetiéron con los pocos Españoles que descuidados estaban en la calle principal por donde habian entrado, que de vuelo, con mucha facilidad, sin dexarles poner los pies en tierra, como dicen, los lleváron hasta echarles por la puerta afuera, y mas de doscientos pasos en el campo. Tan feroz y brava fue la inundacion de los Indios que saliéron sobre los Españoles: aunque es verdad que en todo aquel

espacio no hubo Español alguno que volviese las espaldas al enemigo, ántes peleáron con todo buen ánimo, valor y esfuerzo, defendiéndose y retirándose para atrás, porque no fue posible hacer pie, y resistir al ímpetu cruel y soberbio con que los Indios saliéron de las casas y del pueblo.

Entre los primeros Indios que saliéron de la casa de donde salió el Indio capitan, salio un mozo gentil hombre, de hasta diez y ocho años, el qual, poniendo los ojos en Baltasar de Gallegos, le tiró con gran furia y presteza seis o siete flechas, y aunque le quedaban mas, viendo que con aquellas no la habia muerto ó herido, porque el Español estaba bien armado, tomó el arco con ambas manos, y cerrando con él, que lo tenia cerca, le dió sobre la cabeza tres ó quatro golpes, con tanta velocidad y fuerza que le hizo rebentar la sangre debaxo de la cela-

da, y correr por la frente. Baltasar de Gallegos, viéndose tan malparado, á toda priesa, por no darle lugar á que lo tratase peor, le dió dos estocadas por los pechos, de que cayó muerto el enemigo.

Entendiose por congeturas que este Indio mozo fuese hijo de aquel Capitan, que fue el primero que salió á la batalla, y que con deseo de vengar la muerte del padre hubiese peleado con Baltasar de Gallegos, con tanto corage y deseo de matarle como el que mostró, empero bien mirado, todos peleaban con la misma ansia de matar ó herir á los Españoles.

Los soldados que eran de á caballo, que, como diximos, tenian fuera de la cerca del pueblo atados los caballos, viendo el ímpetu y furor con que los Indios los acometian, salieron del pueblo corriendo á tomar sus caballos. Los que se dieron

mejor maña, y pusieron mas diligencia, pudieron subir en ellos. Otros que entendieron que no fuera tan grande la avenida de los enemigos, ni les dieran tanta priesa como les dieron, no pudiendo subir en los caballos, se contentaron con soltarlos, cortando las riendas ó cabestros, para que pudiesen huir, y no los flechasen los Indios. Otros mas desgraciados, que ni tuvieron lugar de subir en los caballos, ni aun de cortar los cabestros, se los dexaron atados, donde los enemigos los flecharon con grandisimo contento y regocijo. Y como eran muchos, los medios acudieron á pelear con los Castellanos, y los medios se ocuparon en matar los caballos que hallaron atados, y en recoger todo el carruage y hacienda de los Christianos, que toda habia llegado ya entonces, y estaba arrimada á la cerca del pueblo, y tendida por aquel llano esperando

alojamiento. Toda la hubieron los enemigos en su poder, que no se les escapó cosa alguna de ella, sino fue la hacienda del Capitan Andres de Vasconcellos, que aun no habia llegado

Los Indios la metieron toda en sus casas, y dexaron á los Españoles despojados de quanto llevaban, que no les quedó sino lo que sobre sus personas traian, y las vidas que poseian; por las quales peleaban con todo el buen ánimo y esfuerzo que en tan gran necesidad era menester, aunque estaban desusados de las armas, por la mucha paz que desde Apalache hasta allí habian traido, y descuidados de pelear aquel dia, por la amistad fingida que Tascaluza les habia hecho; mas lo uno ni lo otro fue parte para que dexasen de hacer el deber.

CAPITULO VIII.

Sucesos de la batalla de Mauvila hasta el primer tercio de ella.

Los pocos caballeros que pudieron subir en sus caballos, de los que salieron del pueblo, con otros pocos que habian llegado de camino descuidados de hallar batalla tan cruel, juntándose todos, arremetieron á resistir el ímpetu y furia con que los Indios perseguian á los Españoles que peleaban á pie, los quales, por mucho que se esforzaban, no podian hacer que los Indios no los llevasen retirando por el llano adelante, hasta que vieron arremeter los caballos contra ellos: entonces se detuvieron algun tanto, y dieron lugar á que los nuestros se recogiesen, y hechos dos quadrillas, una de infantes, y otra de caballos, ar-

remetieron á ellos con tanto corage, y vergüenza de la afrenta pasada, que no pararon hasta volverlos á encerrar en el pueblo; y queriendo entrar dentro, fue tanta la flecha y piedra que de la cerca y de sus troneras llovió sobre ellos, que les convino apartarse de ella.

Los Indios, viéndolos retirar, salieron con el mismo ímpetu que la primera vez, unos por la puerta, y otros derribandose por la cerca abaxo, cerraron con los nuestros temerariamente hasta asirse de las lanzas de los caballeros, y mal que les pesó, los llevaron retirando mas de doscientos pasos lejos de la cerca.

Los Españoles, como se ha dicho, se retiraban sin volver las espaldas, peleando con todo concierto y buena orden, porque en ella consistia la salud de ellos, que eran pocos, y faltaban los mas, que habian

quedado en la retaguardia, la qual aun no habia llegado.

Luego cargaron los nuestros sobre los enemigos, y los retiraron hasta el pueblo; mas de la cerca les hacian grande ofensa, por lo qual vinieron á entender que les estaba mejor pelear en el llano, lejos del pueblo que cerca de él: y así de allí adelante quando se retiraban, se retiraban de industria mas tierra de la que los Indios les forzaban á perder, por alejarlos del pueblo, para que en la retirada de ellos tuviesen los caballeros mas campo y lugar donde poderlos alancear. De esta suerte, acometiendo y retirandose, ya los unos, ya los otros, a manera de juego de cañas, aunque en batalla muy cruel y sangrienta, y otras veces á pie quedo, pelearon Indios y Españoles tres horas de tiempo, con muertes y heridas que unos a otros se daban rabiosamente.

En estas acometidas y retiradas que asi se hacian, andaba á caballo á las espaldas de los Españoles, y á vueltas de ellos, un fraile dominico llamado Fray Juan de Gallegos, hermano del capitan Baltasar de Gallegos, no que pelease, sino que deseaba dar el caballo al hermano, y con este deseo daba voces diciendo, que saliese á subir en el caballo.

El capitan, que nunca habia perdido ser de los primeros, como al principio de la batalla le habia cabido en suerte, no curó de responder al hermano, porque no se permitia, ni á su reputacion y honra convenia dexar el puesto que traia. En estas entradas y salidas que el buen frayle con ansia de socorrer con el caballo al hermano hacia, á una arremetida que los Indios hicieron, uno de ellos puso los ojos en el, y aunque andaba lejos, le tiró

una flecha al tiempo que el frayle acertaba á volver las riendas huyendo de ellos, le dió con ella en las espaldas, y le hirio aunque poco porque traia puestas sus dos capillas, y toda la demas ropa que en su religion usan traer, que es mucha, y encima de toda ella traia un gran sombrero de fieltro que asido de un cordon al cuello pendia sobre las espaldas: por toda esta defensa no fue mortal la herida, que el Indio de buena gana le habia tirado la flecha. El frayle quedó escarmentado, y se hizo á lo largo con temor no le tirasen mas.

Muchas heridas y muertes hubo en esta porfiada batalla, mas la que mayor lastima y dolor causo en los Españoles, así por la desdicha con que sucedió, como por la persona en quien cayo, fue la de Don Carlos Enriquez, caballero natural de Xerez de Badajoz, casado con una

sobrina del Gobernador, y por su mucha virtud y afabilidad querido, y amado de todos, de quien otra vez hemos hecho mencion. Este caballero, desde el principio de la batalla, en todas las arremetidas y retiradas, habia peleado como muy valiente caballero; y habiendo sacado de la última retirada herido el caballo de una flecha, la qual traia hincada por un lado del pecho encima del pretal, para habersela de sacar, pasó la lanza de la mano derecha á la izquierda, y asiendo de la flecha tiró de ella, tendiendo el cuerpo á la larga por el cuello del caballo adelante; y haciendo fuerza, torció un poco la cabeza sobre el hombro izquierdo, de manera que descubrio en tan mala vez la garganta. A este punto cayó una flecha desmandada con un harpon de pedernal, y acertó á darle en lo poco de la garganta que tenia descubier-

ta y desarmada, que todo lo demas del cuerpo estaba muy bien armado, y se la cortó de manera, que el pobre caballero cayó luego del caballo abaxo degollado, aunque no murio hasta otro dia.

Con semejantes sucesos, propios de las batallas, peleaban Indios y Castellanos con mucha mortandad de ambas partes, aunque por no traer armas defensivas era mayor la de los Indios, los quales habiendo peleado mas de tres horas en el llano, reconociendo que les iba mal con pelear en el campo raso, por el daño que los caballos les hacian, acordaron retirarse todos al pueblo, cerrar las puertas, y ponerse en la muralla. Asi lo hicieron, habiendose apellidado unos á otros para recogerse de todas partes.

El Gobernador, viendo los Indios encerrados, mandó que todos los de á caballo, por ser gente mas

bien armada que los infantes, se apeasen, y tomando rodelas para su defensa, y hachas para romper las puertas, que los mas de ellos las traian consigo, acometiesen al pueblo, y como valientes Españoles hiciesen lo que pudiesen por ganarlo.

Luego en un punto se formó un esquadron de doscientos caballeros que arremetieron con la puerta, y á golpe de hacha la rompiéron, y entraron por ella no con poco mal de ellos.

Otros Españoles, no pudiendo entrar por la puerta, por ser angosta, por no detenerse en el campo, y perder tiempo de pelear, daban con las hachas grandes golpes en la cerca, derribaban la mezcla de barro y paja que por cima tenia, y descubrian las vigas atravesadas, y las ataduras con que estaban atadas, y por ellas, ayudandose unos á otros

subian sobre la cerca, y entraban en el pueblo en socorro de los suyos.

Los Indios, viendo los Castellanos dentro en el pueblo, que ellos tenian por inexpugnable, y que lo iban ganando, peleaban con ánimo de desesperados, así en las calles como de las azoteas que habia, de donde hacian mucho daño á los christianos, los quales por defenderse de los que peleaban de los terrados, y por asegurarse de que no les ofendiesen por las espaldas, y tambien porque los Indios no les volviesen á ganar las casas que ellos iban ganando, acordaron pegarles fuego: así lo pusieron por obra, y como ellas fuesen de paja, en un punto se levantó grandisima llama y humo, que ayudó á la mucha sangre, heridas y mortandad que en un pueblo tan pequeño habia.

Los Indios, luego que se encer-

raron en el pueblo, acudieron muchos de ellos á la casa que se habia señalado para el servicio y recamara del Gobernador, la qual no habian acometido hasta entonces, por parecerles que la tenian segura. Entonces fueron con mucho denuedo á gozar de los despojos de ella; mas en la casa hallaron buena defensa, porque habia dentro tres ballesteros y cinco alarbaderos de los de la guardia del Gobernador, que solian acompañar su recámara y servicio, y un Indio de los primeros que en aquella tierra habian preso, el qual era ya amigo y fiel criado, y como tal traia su arco y flechas para quando fuese necesario pelear contra los de su misma nacion, en favor y servicio de la agena. Acertaron á hallarse asimismo en la casa dos sacerdotes, un clérigo y un frayle, y dos esclavos del Gobernador. Toda esta gente se puso en defensa de la casa:

los sacerdotes con sus oraciones, y los seglares con las armas, y pelearon tan animosamente, que no pudieron los enemigos ganarles la puerta, los quales acordaron entrarles por el techo, y asi lo abrieron por tres ó quatro partes, mas los ballesteros y el Indio flechero lo hicieron tan bien, que á todos los que se atrevieron á entrar por lo destechado, en viéndolos asomar, los derribaron muertos ó mal heridos. En esta animosa defensa estaban estos pocos Españoles, quando el General, sus capitanes y soldados llegaron peleando á la puerta de la casa, y retiraron de ella los enemigos; con lo qual quedaron libres los de la casa, y se salieron y fueron al campo, dando gracias á Dios que los hubiese librado de tanto peligro.

CAPITULO IX.

Prosigue la batalla de Mauvila, hasta el segundo tercio de ella.

Quando pasó lo que en el capítulo precedente contamos, ya habia mas de quatro horas que sin cesar peleaban Indios y Castellanos, matandose unos á otros cruelisimamente; porque los Indios parecia que quanto mas daño recibian, tanto mas se obstinaban y desesperaban de la vida, y en lugar de rendirse, peleaban con mayor ansia por matar los Españoles; y ellos, viendo la pertinacia, porfia y rabia de los Indios, los herian y mataban sin piedad alguna.

El Gobernador, que habia peleado todas las quatro horas á pie delante de los suyos, se salió del pueblo, y subiendo en un caballo,

para con él acrecentar el temor á los enemigos, y el ánimo y esfuerzo á los suyos, acompañado de el buen Nuño Tobar, que tambien venia á caballo, volvió á entrar en el pueblo, y ambos caballeros, apellidando el nombre de Nuestra Señora, y del Apostol Santiago, y dando grandes voces á los suyos que les hiciesen lugar, pasaron rompiendo del un cabo al otro del esquadron de los enemigos que en la calle principal y en la plaza peleaban, y revolvieron sobre ellos, alanceándolos á una mano y otra, como valientes y diestros caballeros que eran.

En estas vueltas y revueltas, al tiempo que el Gobernador se enhastaba sobre los estrivos para dar una lanzada á un Indio, otro que se halló á sus espaldas, le tiró una flecha por cima del arzon trasero, y le acertó en lo poco que el General

descubrió desarmado entre el arzon y las coracinas, y aunque tenia cota de malla se la rompió la flecha, y le entró una sesma de ella por la asentadura izquierda; y el buen General, así por no dar atender que estaba herido, porque los suyos no se estorvasen con su herida, como porque con la priesa del pelear no tuvo lugar de quitarse la flecha, peleó con ella todo lo que la batalla despues duró, que fueron casi cinco horas, sin poder asentarse sobre la silla, que no fue poca prueba de la valentia de este Capitan, y de la destreza que en la silla gineta tenia.

A Nuño Tobar dieron otro flechazo en la lanza, que con ser delgada la atravesaron por medio junto á la mano, y la hasta de la lanza se mostró tan fina que no se hendió, antes parecio que la flecha habia sido un taladro que sutilmente la habia barrenado; y así despues corta-

da la flecha por ambas partes sirvió la lanza como antes. Cuentase este tiro aunque de tan poca importancia, porque raras veces acaecen semejantes tiros; y tambien porque en él se vea lo que muchas veces hemos dicho, de la ferocidad y destreza que en sus arcos y flechas los Indios de la Florida tienen.

Estos dos caballeros, aunque pelearon todo el dia, y rompieron muchas veces los esquadrones que á cada paso los Indios formaban y rehacian, y entraron en los trances mas peligrosos de esta batalla, no sacaron mas heridas de las que hemos dicho, que no fue poca ventura.

El fuego que se puso á las casas iba creciendo por momentos, y hacia mucho daño en los Indios, porque como eran muchos, y no podian pelear todos en las calles y plazas, porque no cabian en ellas, peleaban de los terrados y azoteas, y alli los

cogia el fuego y los quemaba, ó les forzaba á que huyendo de él se despeñasen de los terrados abaxo.

No hacia menos daño en las casas que tomaba por la puerta, que, como se ha dicho eran salas grandes con no mas de una puerta; y como el fuego la ocupaba, los que estaban dentro, no pudiendo salir fuera se quemaban y ahogaban con el fuego y con el humo; y de esta manera perecieron muchas mugeres que estaban encerradas en las casas.

En las calles no era menos perjudicial el fuego, porque con el viento, unas veces cargaba la llama y el humo sobre los Indios, les cegaba la vista, y ayudaba á que los Españoles los llevasen de arrancada sin poderles resistir, otras volvia en favor de los Indios contra los Christianos, y hacia que volviesen á ganar quanto de la calle habian perdido. Asi andaba el fuego favorecien-

do ya á los unos, ya los otros, con que hacia crecer la mortandad de la batalla.

Con la crueldad y rabia que se ha visto se sustentó la pelea de ambas partes hasta las quatro de la tarde, habiendo pasado siete horas de tiempo que peleaban sin cesar. A esta hora, viendo los Indios los muchos que de los suyos habian muerto á fuego y hierro, y que por faltar quien pelease enflaquecian sus fuerzas y crecian las de los Castellanos, apellidaron las mugeres, y les mandaron, que tomando armas de las muchas que por las calles habia caidas, hiciesen por vengar la muerte de los suyos; y quando no los pudiesen vengar, á lo menos hiciesen como todos muriesen antes que ser esclavos de los Españoles.

Quando les mandaron esto á las mugeres, ya muchas de ellas habian buen rato que valerosamente anda-

ban peleando entre sus maridos: mas con el nuevo mandato no quedó alguna que no saliese á la batalla, tomando las armas que por el suelo hallaban, que asaz habia de ellas: hubieron a las manos muchas espadas, partesanas y lanzas de las que los Españoles habian perdido, y las convirtieron contra sus dueños, hiriéndoles con sus mismas armas. Tambien tomaban arcos y flechas, y no las tiraban con menos destreza y ferocidad que sus maridos, y se ponian delante de ellos á pelear, y determinadamente se ofrecian á la muerte con mucha mas temeridad que los varones. Con toda rabia, y despecho se metian por las armas de los enemigos, mostrando bien que la desesperacion y ánimo de las mugeres en lo que han determinado hacer es mayor y mas desenfrenado que el de los hombres. Empero los Españoles, viendo que aquello hacian

las Indias con deseo mas de morir que de vencer, se abstenian de las herir y matar, y tambien miraban que eran mugeres.

Entre tanto que duraba esta larga y porfiada batalla, los trompetas, pifaros y atambores no cesaban de tocar arma con grande instancia, para que los Españoles que habian quedado en la retaguardia se diesen priesa á venir al socorro de los suyos.

El Maese de Campo, y los que con él venian caminaban derramados por el campo cazando, y habiendo placer, descuidados de lo que pasaea en Mauvila. Pues como sintiesen el ruido de los instrumentos militares, y la grita y voceria que dentro y fuera del pueblo andaba, y viesen el mucho humo que por delante se les descubria, sospechando lo que podia ser, dieron arma de mano en mano hasta los últimos, todos caminaron á toda priesa, y llegaron

al postrer quarto de la batalla.

Entre estos venia el Capitan Diego de Soto, sobrino del Gobernador, y cuñado de Don Carlos Enriquez, cuya desgracia contamos atras, el qual, como supiese el suceso del cuñado, á quien amaba tiernamente, sintiendo el dolor de tanta perdida, con deseo de la vengar, se arrojó del caballo abaxo, y tomando una rodela y la espada en la mano entró en el pueblo, y llegó donde la batalla andaba mas feroz y cruel, que era en la calle principal: aunque es verdad que en todas las otras no faltaba sangre, fuego y mortandad, que todo el pueblo estaba lleno de fiera pelea.

En aquel lugar, y á las quatro de la tarde entró Diego de Soto en la batalla, mas á imitar en la desdicha á su cuñado, que á vengar su muerte; que no era tiempo de propias venganzas, sino de la ira de la

fortuna militar, la qual parece que con hastío de haberles dado tanta paz en tierra de tan crueles enemigos, habia querido darles en un dia toda junta la guerra que en un año podian haber tenido, y quizá no les hubiera sido tan cruel como la de solo este dia, segun verémos adelante: que para batalla de Indios y Españoles, pocas ó ningnna ha habido en el Nuevo Mundo que igualase á ésta, así en la obstinada porfia de pelear, como en el espacio del tiempo que duró, sino fué la del confiado Pedro de Valdivia, que contamos en la historia del Perú.

Pues como deciamos, el Capitan Diego de Soto llegó á lo mas recio de la batalla, y apenas hubo entrado en ella, quando le diéron un flechazo por un ojo, que le salió al colodrillo, de que cayó luego en tierra, y sin habla estuvo agonizando hasta otro dia, que murió sin que hu-

biesen podido quitarle la flecha. Esta fué la venganza que hizo á su pariente Don Carlos, para mayor dolor y pérdida del General y de todo el exército, porque eran dos caballeros que dignamente merecian ser sobrinos de tal tio.

CAPITULO X.

Fin de la batalla de Mauvila: quan mal parados quedáron los Españoles.

No fue ménos sangrienta la batalla que hubo en el campo, para lo qual se habia limpiado y rozado hasta arrancar las yerbas y raices: porque los Indios, habiéndose encerrado en el pueblo para defenderse en él, y reconociendo que por ser muchos se estorvaban unos á otros en la pelea, y que por ser el lugar estrecho no podian aprovecharse de su ligereza, acordáron muchos de

Españoles de la retaguardia, caballeros é infantes, llegáron, y todos arremetiéron á los Indios que en el campo andaban peleando; y despues de haber batallado gran espacio de tiempo con muchas muertes y heridas que recibiéron, que aunque llegaron tarde, les cupo muy buena parte de ellas, como vimos en Diego de Soto, y presto verémos en los demas, los desbaratáron y matáron los mas de ellos: algunos se escapa-ron con la huida.

En este tiempo, que era ya cerca de ponerse el sol, todavia sonaba la grita y vocería de los que peleaban en el pueblo. Al socorro de los suyos entráron muchos de á caballo, otros quedaron fuera para lo que fuese menester. Hasta entónces, por la estrechura del sitio, ninguno de á caballo habia peleado dentro en el pueblo, sino el General y Nuño Tobar. Entrando pues ahora muchos

caballeros, se dividiéron por las calles, que en todas ellas habia que hacer; y rompiendo los Indios que en ellas peleaban, los matáron,

Diez ó doce caballeros entráron por la calle principal, donde la batalla era mas feroz y sangrienta, y donde todavía estaba un esquadron de Indios é Indias que peleaban con toda desesperacion, que ya no pretendian mas que morir peleando: contra éstos arremetiéron los de á caballo, y tomándolos por las espaldas los rompiéron con mas facilidad, y pasáron por ellos con tanta furia, que á vueltas de los Indios derribaron muchos Españoles que pie á pie peleaban con los enemigos, los quales muriéron todos, que ninguno quiso rendirse ni dar las armas, sino morir con ellas peleando como buenos soldados.

Este fué el postrer encuentro de la batalla, con que acabáron de ven-

cer los Españoles al tiempo que el sol se ponia, habiéndose peleado de ambas partes nueve horas de tiempo sin cesar, y fué dia del Bienaventurado S. Lucas Evangelista, año de mil quinientos y quarenta, y este mismo dia, aunque muchos años despues, se escribió la relacion de ella.

Al mismo punto que la batalla se acabo, un Indio de los que en el pueblo habian peleado, embebecido en su pelea y corage, no habia mirado lo que se habia hecho de los suyos, hasta que volviendo en sí los vió todos muertos. Pues como se hallase solo, ya que no podia vencer, quiso salvar la vida huyendo: con este deseo arremetio á la cerca, y con mucha ligereza subió encima para irse por el campo, empero viendo los Castellanos de á pie y de á caballo que en él habia, la mortandad hecha, y que no podia escapar, quiso ántes matarse que no darse á

prision, y quitando con toda presteza la cuerda del arco, la echo á una rama de un arbol que entre los palos hincados de la cerca vivia en su ser, que por venirles á cuenta, yendo cercando el pueblo, lo habian dexado así los Indios: y no solamente habia este árbol vivo en la cerca, sino otros muchos semejantes que de industria los habian dexado, los quales hermoseaban grandemente la cerca.

Atado pues el cabo de la cuerda á una rama del árbol, y el otro a su cuello, se dexó caer de la cerca abaxo con tanta presteza, que aunque algunos Españoles deseáron socorrerlo porque no muriese, no pudiéron llegar a tiempo, así quedo el Indio ahorcado de su propia mano, dexando admiracion de su hecho y certidumbre de su deseo, que quien ahorco así propio mejor ahorcara a los Castellanos si pudiera, donde se

puede bien congeturar la temeridad y desesperacion con que todos ellos pelearon, pues uno que quedó vivo se mató él mismo.

Acabada la batalla, el Gobernador Hernando de Soto, aunque salió mal herido, tuvo cuidado de mandar que los Españoles muertos se recogiesen para los enterrar otro dia, y los heridos se curasen; y para los curar habia tanta falta de lo necesario que murieron muchos de ellos ántes de ser curados; porque se halló por cuenta que hubo mil setecientas setenta y tantas heridas de cura, y llamaban heridas de cura á las que eran peligrosas, y que era forzoso que las curase el cirujano, como eran las penetrantes á lo hueco o casco quebrado en la cabeza, ó flechazo en el codo, rodilla ó tovillo, de que se temiese que el herido habia de quedar coxo ó manco.

De estas heridas se hallo el nú-

mero que hemos dicho, que de las que pasaban la pantorrilla de una parte á otra, el muslo, las asentaderas, ó el brazo por la tabla ó por el molledo, aunque fuese con lanza, ni de las cuchilladas ó estocadas que no eran peligrosas de muerte, no hacian caso de ellas para que las curase el cirujano, sino que los mismos heridos se curaban unos á otros, aunque fuesen capitanes ú oficiales de la hacienda real, de las quales heridas hubo casi infinito número, porque apénas quedó hombre que no saliese herido, y los mas sacáron á cinco y á seis heridas, y muchos saliéron con diez y con doce.

Habiendo contado, aunque mal, el suceso de la sangrienta batalla de Mauvila, y el vencimiento que los nuestros hubiéron de ella, de la qual escapáron con tantas heridas como hemos dicho, tengo necesidad de

remitirme en lo que de este capitulo resta á la consideracion de los que lo leyeren, para que con imaginarlo suplan lo que yo en este lugar no puedo decir cumplidamente, acerca de la afliccion y estrema necesidad que estos Españoles tuvieron de todas las cosas necesarias para poderse curar y remediar las vidas, que aun para gente sana y descansada era mucha falta, como luego verémos, quanto mas para hombres que sin parar habian peleado nueve horas de relox, y habian salido con tantas y tan crueles heridas. Y quiero valerme de este remedio, porque demas de mi poco caudal, es imposible que cosas tan grandes se puedan escribir bastantemente, ni pintarlas como ellas pasaron.

Por tanto es de considerar quanto á lo primero, que si para curar tanta multitud de heridas acudian á

los cirujanos, no habia en todo el exercito mas de uno, y ese no tan habil y diligente como fuera menester, antes torpe y casi inutil. Pues si pedian medicinas no las habia, porque esas pocas que llevaban, con el aceyte de comer, que dias habia lo habian reservado para semejantes necesidades, y las vendas é hilas, que siempre traian apercebidas, y toda la demás ropa de lino, de sábanas y camisas, de que pudieran aprovecharse para hacer vendas é hilas, con la demás ropa de vestir que llevaban, toda, como atrás diximos, la habian metido los Indios en el pueblo, y el fuego que los mismos Españoles encendieron la habia consumido.. Pues si querian comer algo, no habia qué, porque el fuego habia quemado el bastimento que los Castellanos habian traido, y el que los Indios tenian en sus casas, de las quales no habia quedado tan

sola una en pie, que todas se habian abrasado.

En esta necesidad se vieron nuestros Españoles, sin médicos ni medicinas, sin vendas ni hilas, sin comida ni ropa con que abrirgarse, sin casas, ni aun chozas en que meterse para huir del frio y sereno de la noche, que de todo socorro los dexó despojados la desventura de aquel dia. Y aunque quisieran ir á buscar alguna cosa para su remedio, les estorvaba la obscuridad de la noche, el no saber donde hallarla, y el verse todos tan heridos y desangrados que los mas de ellos no podian tenerse en pie; solo tenian abundancia de suspiros y gemidos que el dolor de las heridas, y el mal remedio de ellas les sacaban de las entrañas.

En lo interior de sus corazones, y á voces altas, llamaban á Dios los amparase y socorriese en aquella

afliccion: y nuestro Señor, como padre piadoso, les socorrió con darles en aquel trabajo un animo invencible, qual siempre lo tuvo la nacion Española, sobre todas las naciones del mundo, para valerse en sus mayores necesidades, como estos se valieron en la presente, segun verémos en el capitulo venidero.

CAPITULO XI.

Diligencias que los Españoles en socorro de si mismos hicieron: dos casos extraños que sucedieron en la batalla.

Viendose nuestros Españoles en la necesidad, trabajo y afliccion que hemos dicho, considerando que no tenian otro socorro que el de su propio ánimo y esfuerzo, lo cobraron tal, que luego con gran diligencia acudieron los menos heridos al so-

corro de los mas heridos, unos procurando lugar abrigado donde ponerlos, para lo qual acudieron á las ramadas y grandes chozas que los Indios tenian hechas fuera del pueblo para alojamiento de los Españoles: de las ramadas hicieron algunos cobertizos arrimados á las paredes que habian quedado en pie. Otros se ocuparon en abrir Indios muertos, y sacar el unto para que sirviese de unguentos y aceytes para curar las heridas. Otros traxeron paja sobre que se echasen los enfermos. Otros desnudaban las camisas á los compañeros muertos, y se quitaban las suyas propias para hacer de ellas vendas, é hilas, de las quales las que eran hechas de ropa de lino se reservaron para curar, no á todos, sino solamente á los que estaban heridos de heridas mas peligrosas: que los demas de heridas no peligrosas se curaban con hilas y vendas no

de tanto regalo, sino hechas del sayo, ó del aforro de las calzas, ó de otras cosas semejantes que pudiesen haber.

Otros trabajaron en desollar los caballos muertos, y en conservar y guardar la carne de ellos para darla á los mal heridos, en lugar de pollos y gallinas, que no habia otra cosa con que los regalar.

Otros, con todo el trabajo que tenian, se pusieron á hacer guarda y centinela, para que si los enemigos viniesen no les hallasen desapercibidos, aunque poquísimos de ellos estaban para poder tomar las armas.

De esta manera se socorrieron aquella noche unos á otros, esforzándose todos á pasar con buen animo el trabajo en que la mala fortuna les habia puesto.

Tardaron quatro dias en curar las heridas que llamaron peligrosas,

porque como no habia mas que un cirujano, y ese no muy liberal, no se pudo dar mas recaudo á ellas. En este tiempo murieron trece Españoles, por no haberse podido curar. En la batalla fallecieron quarenta y siete, de los quales fueron muertos los diez y ocho de heridas de flechas por los ojos, o por la boca, que los Indios, sintiéndolos armados los cuerpos, les tiraban al rostro.

Sin los que murieron antes de ser curados, y en la batalla, perecieron despues otros veinte y dos christianos, por el mal recaudo de curas y médicos. De manera que podemos decir que murieron en esta batalla de Mauvila ochenta y dos Españoles.

A esta pérdida se añadió la de quarenta y cinco caballos que los Indios mataron en la batalla, que no fueron menos llorados y plañidos que los mismos compañeros, por-

que veian que en ellos consistia la mayor fuerza de su exército.

De todas estas pérdidas, aunque tan grandes, ninguna sintieron tanto como la de Don Cárlos Enriquez, porque en los trabajos y afanes, por su mucha virtud y buena condicion, era regalo y alivio del Gobernador, como lo son de sus padres los buenos hijos. Para los capitanes y soldados era socorro en sus necesidades, amparo en sus descuidos y faltas, y paz y concordia en sus pasiones y discordias particulares, poniéndose entre ellos á los apaciguar y conformar: y no solamente hacia esto entre los capitanes y soldados, mas tambien les servia de intercesor y padrino para con el General, para alcanzarles su perdon y gracia en los delitos que hacian: y el mismo Gobernador, quando en el exército se ofrecia alguna pesadumbre entre personas graves, la remitia á Don

Carlos, para que con su mucha afabilidad y buena maña la apaciguase y allanase.

En estas cosas y otras semejantes, de mas de hacer cumplidamente el oficio de buen soldado, se ocupaba este de veras caballero, favoreciendo y socorriendo con obras y palabras á los que le habian menester: de los quales hechos deben preciarse los que se precian de apellido de caballero, é hijodalgo; porque verdaderamente suenan mal estos nombres sin la compañia de las tales obras; porque ellas son su propia esencia, origen y principio de donde la verdadera nobleza nació, y con la que ella se sustenta, y no puede haber nobleza donde no hay virtud.

Entre otros casos extraños que en esta batalla acaecieron, contarémos dos que fueron mas notables. El uno fué, que en la primera arreme-

tida que los Indios hicieron contra los Castellanos, quando con aquella furia no pensada, y mal encarecida con que los acometieron, echaron del pueblo y los llevaron retirando por el campo, salio huyendo un Español natural de una aldea de Badajoz, hombre plebeyo, muy material y rústico, cuyo nombre se ha ido de la memoria: solo este huyo entonces á espaldas vueltas. Yendo pues ya fuera de peligro, aunque á su parecer no lo debia de estar, dió una gran caida, de la qual por entonces se levantó, mas dende á poco se cayó muerto sin herida ni señal de golpe alguno que le hubiesen dado. Todos los Españoles dixeron, que de asombro y de cobardia se habia muerto, porque no hallaban otra causa.

El otro caso fue en contrario, que un soldado portugues llamado Men Rodriguez, hombre noble, na-

tural de la ciudad de Yelves, de la compañia de Andres de Vasconcelos de Silva, soldado que habia sido en Africa en las fronteras del reyno de Portugal, peleo todo el dia á caballo como muy valiente soldado que era, hizo en la batalla cosas dignas de memoria, y á la noche, acabada la pelea, se apeó y quedó como si fuera una estatua de palo, y sin mas hablar ni comer, ni beber, ni dormir, pasados tres dias, falleció de esta vida sin herida, ni señal de golpe que le hubiese causado la muerte. Debió ser que se desalentó con el mucho pelear. Por lo qual, en oposito del pasado se decia, que este buen fidalgo habia muerto de valiente y animoso, por haber peleado y trabajado excesivamente.

Todo lo que en comun y en particular hemos dicho de esta gran batalla de Mauvila, asi del tiempo que duro, que fueron nueve horas, co-

mo de los sucesos que en ella hubo, los refiere en su relacion Alonso de Carmona, y cuenta la herida del Gobernador, y el flechazo de la lanza de Nuño Tobar, y dice, que se la dexaron hecha cruz. Cuenta la muerte desgraciada de Don Carlos Enriquez, y la del Capitan Diego de Soto, su cuñado, y añade, que el mismo Carmona le puso una rodilla sobre los pechos, y otra sobre la frente, y que probó á tirar con ambas manos de la flecha que tenia hincada por el ojo, y que no pudo arrancarla. Tambien dice las necesidades y trabajos que todos padecieron en comun. Juan Coles, aunque no tan largamente como Alonso de Carmona, dice lo mismo, y particularmente refiere el número de las heridas de cura que nosotros decimos: y ambos dicen igualmente los Españoles y caballos que murieron en esta batalla, que como fue

tan reñida, les quedáron bien en la memoria los sucesos de ella.

CAPITULO XII.

Número de Indios que murieron en la batalla de Mauvila.

El número de Indios é Indias que en este rompimiento pereciéron á hierro y á fuego, se entendió que pasó de once mil personas, porque al derredor del pueblo quedáron tendidos mas de dos mil y quinientos hombres, y entre ellos halláron á Tascaluza el mozo, hijo del cacique. Dentro del pueblo muriéron á hierro mas de tres mil Indios, que las calles no se podian andar de cuerpos muertos. El fuego consumio en las casas mas de tres mil y quinientas animas, porque en sola una casa se quemáron mil personas, que el fuego tomo por la puerta, los ahogó y quemo dentro sin dexarlos salir

fuera, que era compasion ver qual los dexó, y los mas de estos eran mugeres.

Quatro leguas en circuito en los montes, arroyos y quebradas, no hallaban los Españoles yendo á correr la tierra, sino Indios muertos y heridos en número de dos mil personas, que no habian podido llegar á sus casas: que era lastima hallarlos aullando por los montes sin remedio alguno.

De Tascaluza, cuya fue toda esta mala hacienda, no se supo que se hubiese hecho, porque unos Indios decian que habia escapado huyendo, y otros que se habia quemado, y esto fue lo que se tuvo por mas cierto, y lo que él mejor merecia; porque segun despues se averiguó, desde el primer dia que tuvo noticia de los Castellanos, y supo que habian de ir á su tierra, habia determinado de los matar en ella, y

con este acuerdo habia enviado al hijo a recibir al Gobernador al pueblo Talise, como atrás queda dicho, para que él y los que con él fuesen, á titulo de servir al Gobernador y á su exército, sirviesen de espias, y notasen como se habian los Españoles de noche y de dia en su milicia; para conforme al recato ó descuido de ellos ordenar la traicion que pensaba hacerles para los matar. Tambien se halló, que habiéndose quejado á Tascaluza los Indios del pueblo Talise, de quien diximos que eran mal obedientes á su curaca, de que su señor les hubiese mandado dar á los Españoles cierto número de Indios é Indias que el Gobernador habia pedido, y doliéndose con él de su cacique, que sin atender al bien de los suyos propios los entregaba á los estraños y no conocidos, para que se los llevasen por esclavos, Tascaluza les habia dicho: No tengais pe-

na de entregar los Indios é Indias, que vuestro cacique os los manda entregar, que muy presto os volveré yo no solamente los vuestros, sino tambien los que traen los Españoles presos y cautivos de otras partes, y aun los mismos Españoles os entregaré para que sean vuestros esclavos, y os sirvan de cultivar y labrar vuestras tierras y heredades, cabando y arando todos los dias de su vida:

Asimismo las Indias que de esta batalla de Mauvila quedáron en poder de los Castellanos, confirmáron este dicho de Tascaluza, y declaráron al descubierto la traicion que tenia armada á los christianos; porque dixéron, que las mas de ellas no eran naturales de aquel pueblo, ni de aquella provincia, sino de otras diversas de la comarca: y que los Indios que por llamamiento y persuacion de Tascaluza se habian juntado para aquella batalla, las habian

traido con grandes promesas que les habian hecho, á unas de darles capas de grana, y á otras ropas de seda, de raso y terciopelo, que en sus bayles y fiestas sacasen vestidas: á otras habian certificado con grandes juramentos, darles caballos, y que en señal de su victoria y triunfo las pasearian en ellos delante de los Españoles. Otras saliéron diciendo, pues á nosotras nos prometiéron los mismos Españoles por criados y esclavos nuestros, y cada una declaro el número de cautivos que les habian ofrecido que habian de llevar á sus casas.

De esta manera confesáron otras muchas promesas que les habian hecho de lienzos, paños y otras cosas de España. Tambien declaráron, que muchas que eran casadas habian venido por obedecer á sus maridos que se lo habian mandado; otras que eran solteras dixéron, que ellas viniéron

por importunidad de sus parientes y hermanos, que les habian certificado las llevaban para que viesen unas fiestas solemnes, y grandes regocijos que despues de la muerte y destruccion de los Castellanos habian de solemnizar, y celebrar en hacimiento de gracias á su gran dios el Sol, por la victoria que les habia de dar.

Otras muchas confesáron, que habian venido á requesta y peticion de sus galanes y enamorados, los quales, pretendiendo casar con ellas, las habian rogado y persuadido fuesen á ver las valentias y hazañas que en servicio y presencia de ellas presumian hacer contra los Españoles. Por los quales dichos quedó bien averiguado, quan de atrás tenia imaginado este curaca la traicion que á los nuestros hizo, de la qual él y sus vasallos y aliados quedaron bien castigados, aunque con tanto daño de

los Castellanos, como se ha visto.

La qual pérdida, no solamente fue en la falta de los caballos que les matáron, y en los compañeros que perdiéron, sino en otras cosas que ellos estimaban en mas, respecto de aquello para que las tenian dedicadas, que fue una poca de harina de trigo, en cantidad de tres hanegas, y quatro arrobas de vino, qué ya no tenian mas quando llegáron á Mauvila, la qual harina y vino, de muchos dias atrás, lo traian muy guardado y reservado para las Misas que les decian, y porque anduviese á mejor recaudo y mas en-cobro lo traia el mismo Gobernador con su recámara. Todo lo qual se quemó con los cálices, aras y ornamentos que para el culto divino llevaban, y de allí adelante quedáron imposibilitados de poder oir Misa, por no tener materia de pan y vino para la consagracion de la Eucaristia; y aunque en-

tre los sacerdotes, religiosos y seculares hubo qüestiones en teología si podrian consagrar ó no en el pan de maiz, fue de comun consentimiento acordado, que lo mas cierto, y por todo lo que la Santa Iglesia Romana, madre y señora nuestra, en sus Santos Concilios y Sacros Cánones nos manda y enseña, es que el pan sea de trigo, y el vino de vid, y asi lo hicieron estos Catolicos Españoles, que no procuráron hacer remedios en duda, por no verse en ella en la obediencia de su madre la Iglesia Romana Católica; y tambien lo dexáron, porque ya que tuviéran recaudo para la consagracion de la Eucaristia, les faltaban cálices y aras para celebrar.

CAPITULO XIII.

Lo que hiciéron los Españoles despues de la batalla de Mauvila: un motin que entre ellos se trataba.

Como en la batalla de Mauvila se hubiese quemado todo lo que llevaban para decir Misa, de allí adelante, por orden de los sacerdotes, se componia y adornaban un altar los domingos y fiestas de guardar; y esto quando habia lugar para ello, y se revestia un sacerdote con ornamentos que hiciéron de gamuza, á imitacion del primer vestido que en el mundo hubo, que fue de pieles de animales; y puesto en el altar decia la confesion, el introito de la Misa, la oracion, epistola, evangelio y todo lo demas hasta el fin de la Misa, sin consagrar, y llamabanla estos Castellanos Misa seca. El mismo que la

decia, ú otro de los sacerdotes declaraba el evangelio, y sobre él hacia su plática ó sermon; y con esta manera de ceremonia que hacia en lugar de la Misa, se consolaban de la afliccion que sentian de no poder adorar á Jesuchrito, nuestro Señor y Redentor, en las especies sacramentales, lo qual les duró casi tres años, hasta que saliéron de la Florida á tierra de Christianos.

Ocho dias estuviéron nuestros Españoles en las malas chozas que hiciéron dentro en Mauvila; y quando estuviéron para poder salir, se pasáron á las que los Indios tenian hechas para alojamiento de ellos, donde estuviéron mas bien acomodados, y pasáron en ellas otros quince dias, curándose los heridos, que eran casi todos. Los que ménos lo estaban salian á correr la tierra, y buscar de comer por los pueblos que en la comarca habia, que eran muchos aun-

que pequeños, donde halláron asaz comida.

Por todos los pueblos que quatro leguas en contorno habia, halláron los Españoles muchos Indios heridos que habian escapado de la batalla, mas no hallaban Indio ni India con ellos que los curase: entendióse que venian de noche á darles recaudo, y que se volvian de dia á los montes. A estos tales Indios heridos, ántes los regalaban los Castellanos, y partian con ellos de la comida que llevaban, que no los maltrataban. Por los campos no parecia Indio alguno, y por la mucha diligencia que los de á caballo hiciéron buscándolos, prendiéron quince ó veinte para tomar lengua de ellos; y habiéndoseles preguntado si en alguna parte se hacia junta de Indios para venir contra los Españoles, respondiéron, que por haber perecido en la batalla pasada los hombres mas valien-

tes, nobles y ricos de aquella provincia, no habia quedado en ella quien pudiese tomar armas: y así pareció ser verdad, porque en todo el tiempo que los nuestros estuviéron en este alojamiento, no acudiéron Indios de dia ni de noche, siquiera á darles rebato y arma, que con solo inquietarlos les hicieran mucho daño y perjuicio, segun quedáron en la batalla mal parados.

En Mauvila tuvo nuevas el Gobernador de los navíos que los capitanes Gomez Arias, y Diego Maldonado traian, descubriendo la costa, y como andaban en ella, la qual relacion tuvo ántes de la batalla, y despues de ella se certificó por los Indios que quedáron presos, de los quales supo que la provincia de Achusi, en cuya demanda iban los Españoles, y la costa de la mar, estaban pocas ménos de treinta leguas de Mauvila.

Con esta nueva holgó mucho el Gobernador, por acabar y dar fin á tan larga peregrinacion, y principio y comienzo á la nueva poblacion que en aquella provincia pensaba hacer: que su intento, como atras hemos dicho, era asentar un pueblo en el puerto de Achusi para recibir y asegurar los navios que de todas partes á él fuesen, y fundar otro pueblo veinte leguas la tierra mas adentro, para desde allí principiar y dar orden en reducir los Indios á la fé de la Santa Iglesia Romana, y al servicio y aumento de la Corona de España.

En albricias de esta buena nueva, y porque fue certificado que de Mauvila hasta Achusi habia seguridad por los caminos, dió libertad el Gobernador al curaca que el capitan Diego Maldonado traxo preso del puerto de Achusi; al qual habia traido consigo el Adelantado haciéndo-

le cortesia; y no lo habia enviado antes á su tierra por la mucha distancia que habia en medio, y por el peligro de que otros Indios lo matasen ó cautivasen por los caminos. Pues como supiese el General que estaba su tierra cerca, y que habia seguridad hasta llegar á ella, le dió licencia para que se fuese a su casa, encargándole mucho conservase la amistad de los Españoles, que muy presto los tendria por huespedes en su tierra. El cacique se fue agradecido de la merced que el Gobernador le hacia, y dixo, que holgaria mucho verlo en su tierra para servir lo que á su señoria debia.

Todos estos deseos que el Adelantado tenia de poblar la tierra, y la orden y las trazas que para ello habia fabricado en su imaginacion, los destruyó y anuló la discordia, como siempre suele arruinar y echar por tierra los exercitos, las republi-

cas, reynos é imperios donde la dexan entrar. Y la puerta que para los nuestros halló fue, que como en este exercito hubiese algunos personages de los que se hallaron en la conquista del Perú, y en la prision de Atauhualipa, que vieron aquella riqueza tan grande que allí hubo de oro y plata, y hubiesen dado noticia de ella a los que en esta jornada iban, y como por el contrario en la Florida no se hubiese visto plata ni oro, aunque la fertilidad y las demas buenas partes de la tierra fuesen tantas como se han visto, no contentaban cosa alguna para poblar ni hacer asiento en aquel reyno.

A este disgusto se añadió la fiereza increible de la batalla de Mauvila, que extrañamente les habia asombrado y escandalizado para desear dexar la tierra, y salirse de ella luego que pudiesen: porque decian que era imposible domar gente tan

belicosa, ni sujetar hombres tan libres, que por lo que hasta allí habian visto les parecia, que ni por fuerza ni por maña podrian hacer con ellos que entrasen debaxo del yugo y dominio de los Españoles, que antes se dexarian matar todos, y que no habia para que andarse gastando poco á poco en aquella tierra, sino irse á otras ya ganadas y ricas, como el Perú y México, donde podrian enriquecer sin tanto trabajo; para lo qual seria bien luego que llegasen á la costa dexar aquella mala tierra, é irse á la Nueva-España.

Estas cosas y otras semejantes murmuraban y platicaban entre sí algunos pocos de los que hemos dicho, y no pudieron tratarlas tan en secreto que no las oyesen algunos de los que con el Gobernador habian ido de España, y le eran leales amigos y compañeros, los qua-

les le dieron cuenta de lo que en su exército pasaba, y como hablaban resolutamente de salirse de la tierra luego que llegasen donde pudiesen haber navios, ó barcos siquiera.

CAPITULO XIV.

El Gobernador se certifica del motin: trueca sus propósitos.

El Gobernador no quiso en cosa tan grave dar entero crédito á los que se la habian dicho, sin primero certificarse en ella de sí mismo. Con este cuidado dió en rondar solo de noche mas á menudo que solia, y en habito disimulado por no ser conocido. Andando asi, oyó una noche al Tesorero Juan Gaytan, y á otros que con él estaban en su choza que decian, que llegando al puerto de Achusi, donde pensaban hallar los navios, se habian de ir á tierra de Mexico ó del Perú, ó volver-

se á España, porque no se podia llevar vida tan trabajosa, por ganar y conquistar tierra tan pobre y mísera.

Lo qual sintió el Gobernador gravísimamente, porque entendió de aquellas palabras que su exército se deshacia, y que los suyos, en hallando por donde irse, lo desamparaban todos, como lo hicieron al principio del descubrimiento y conquista del Perú con el Gobernador y Marques Don Francisco Pizarro, que vino á quedar con solos trece hombres en la isla de Gorgona; y que si los que entónces tenia se le iban, no le quedaba posibilidad para hacer nuevo exército, y quedaba descompuesto de su grandeza, autoridad y reputacion, gastada su hacienda en vano, y perdido el excesivo trabajo que hasta allí habian pasado en el descubrimiento de aquella tierra.

Las quales cosas, consideradas por un hombre tan celoso de su honra como lo era el Gobernador, causaron en el precipitados y desesperados efectos: y aunque por entonces disimuló su enojo, reservando el castigo para otro tiempo, no quiso sufrir, ni quiso ver ni experimentar el mal hecho que temia de los que tenian sus ánimos flacos y acobardados; y asi con toda buena industria que pudo, sin dar á entender cosa alguna de su enojo, dió órden como volverse á poner la tierra adentro, y alejarse de la costa; por quitar á los mal intencionados la ocasion de desvergonzarsele, y amotinar toda su gente.

Este fue el primer principio y la causa principal de perderse este caballero y todo su exército, y desde aquel dia, como hombre descontento, á quien los suyos mismos habian falsado las esperazzas, cortado

el camino á sus buenos deseos, y borrado la traza que para poblar y perpetuar la tierra tenia hecha, nunca mas acertó á hacer cosa que bien le estuviese, ni se cree que la pretendiese; antes instigado del desden anduvo de allí adelante gastando el tiempo y la vida sin fruto alguno, caminando siempre de unas partes á otras, sin órden ni concierto, como hombre aburrido de la vida, deseando se le acabase, hasta que falleció, segun verémos adelante. Perdió su contento y esperanzas, y para sus descendientes y sucesorés perdió lo que en aquella conquista habia trabajado, y la hacienda que en ella habia empleado: causó que se perdiesen todos los que con él habian ido á ganar aquella tierra. Perdió asimismo de haber dado principio á un grandisimo y hermosísimo Reyno para la corona de España, y el haberse aumentado la santa fé ca-

tólica, que es lo que mas se debe sentir

Por lo qual fuera muy acertado en negocio tan grave pedir y tomar consejo de los amigos que tenia, de quien podia fiarse para hacer con prudencia y buen acuerdo lo que al bien de todos mas conviniese: que pudiera este capitan remediar aquel motin con castigar los principales de él, con lo qual escarmentaran los demás de la liga, que eran pocos, y no perderse y dañar á todos los suyos, por gobernarse por solo su parecer apasionado, que causó su propria destruccion; que aunque era tan discreto como hemos visto, en causa propria, y estando apasionado no pudo regirse y gobernarse con la claridad y juicio libre que las cosas graves requieren: por tanto quien huyere de pedir y tomar consejo desconfie de acertar.

Con el temor del motin deseaba

el Gobernador salir presto de aquel alojamiento, y volverse á meter la tierra adentro por otras provincias que no hubiesen visto, porque los suyos no sospechasen su intencion, y atinasen con su pretension, si volviese por el camino que hasta allí habia traido; y así con ánimo fingido, ageno del que hasta entónces habia tenido, esforzaba a sus soldados diciéndoles, convaleciesen presto para salir de aquella mala tierra, donde tanto daño habian recibido, y mandó echar bando para caminar tal dia venidero.

CAPITULO XV.

Dos leyes que los Indios de la Florida guardaban contra las adúlteras.

Antes que salgamos de Mauvila, porque atras tenemos prometido contar algunas costumbres, á lo menos

las mas notables que los Indios de la Florida tienen, será bien decir aquí las que en la provincia de Coza, que atras dexamos, y en la de Toscaluza, donde al presente quedan nuestros Españoles, guardan y tienen por ley los Indios en castigar las mugeres adúlteras que entre ellos se hallan. Es así que en toda la gran provincia de Coza era ley, que so pena de la vida, y de incurrir en grandes delitos contra su religion, qualquiera Indio que en su vecindad sintiese muger adúltera, no por vista de malos hechos, sino por sospecha de indicios, los quales indicios señalaba la ley quáles habian de ser en calidad, y quantos en cantidad, era obligado, despues de haberse certificado en su sospecha, a dar noticia de ella al Señor de la provincia, y en su ausencia á los jueces del pueblo. Estos hacian informacion secreta de tres ó qua-

tro testigos, y hallando culpada la muger en los indicios, la prendian, y el primer dia de fiesta que venia de las que ellos guardaban en su gentilidad, mandaban apregonar, que toda la gente del pueblo saliese despues de comer á tal lugar del campo cerca del pueblo, y de la gente que salia se hacía una calle larga ó corta, segun era el número.

Al un cabo de la calle se ponian dos jueces, y al otro cabo otros dos; los unos de ellos mandaban traer ante sí la adúltera, y llamando al marido le decian: Esta muger, conforme á nuestra ley, está convencida de testigos que es mala y adultera, por tanto haced con ella lo que la misma ley os manda. El marido la desnudaba luego hasta dexarla como habia nacido, y con un cuchillo de pedernal, que en todo el Nuevo Mundo no alcanzaron los Indios la invencion de las tixeras,

le trasquilaba los cabellos, castigo afrentosisimo, usado generalmente en todas las naciones de este Nuevo Mundo, y así tresquilada y desnuda la dexaba el marido en poder de los jueces, y se iba, llevandose la ropa en señal de divorcio y repudio.

Los jueces mandaban á la muger, que luego así como estaba, fuese por la calle que habia hecha de la gente hasta los otros jueces, y les diese cuenta de su delito.

La muger iba por toda la calle, y puesta ante los jueces les decia: Yo vengo condenada por vuestros compañeros á la pena que la ley manda á las mugeres adúlteras, porque yo lo he sido: envianme á vosotros para que mandeis en esto lo que os parezca que conviene á vuestra república. Los jueces le respondian: Volved á los que acá os enviaron, y decidles de nuestra parte, que es muy justo que las leyes

de nuestra pátria, que nuestros antepasados ordenáron para la honra, se guarden, cumplan y executen en los malhechores: por tanto, nosotros damos por aprobado lo que en cumplimiento de la ley os mandáron, y a vos os mandamos que en ningun tiempo lo quebranteis.

Con esta respuesta se volvia la muger á los primeros jueces, y el ir y venir que le mandaban hacer, llevando los recaudos por entre la gente hecha calle, no servia mas que de afrentarla y avergonzarla, mandándole parecer delante de todo su pueblo, con denuesto y vituperio, tresquilada, desnuda y con tal delito: porque el castigo de la vergüenza es de hombres.

Toda la gente del pueblo, miéntras la pobre muger iba y venia de unos jueces á otros, la tiraban por afrenta y menosprecio terrones, chinas, palillos, paja, puñados de tier-

ra, trapos viejos, pellegos rotos, pedazos de estera y cosas semejantes, segun cada qual acertaba á llevarla para se la tirar en castigo de su delito; que así lo mandaba la ley, dandole a entender que de muger se habia hecho asqueroso muladar.

Los jueces la condenaban luego á perpetuo destierro del pueblo, y de toda la provincia, que era pena señalada por ley; y la entregaban á sus parientes, amonestándolos con la misma pena no le diesen favor ni ayuda para que en público ni en secreto entrase en todo el estado. Los parientes la recibian, y cubriéndola con una manta la llevaban donde nunca mas pareciese en el pueblo, ni en la provincia. Al marido daban licencia los jueces para que se pudiese casar. Esta ley y costumbre guardaban los Indios en la provincia de Coza.

En la de Tascaluza se guardaba

otra mas rigurosa en castigar las adúlteras; y era, que el Indio que por malos indicios viese, como era ver entrar ó salir un hombre á deshora en casa agena, ó sospechase mal de la muger que era adúltera, despues de haberse certificado en su sospecha, con verle entrar ó salir tres veces, estaba obligado por su vana religion, sopena de maldito, á dar cuenta al marido de su sospecha, y del hecho de la muger, y habiale de dar otros dos ó tres testigos que hubiesen visto parte de lo que el acusador decia, ó otro indicio semejante. El marido pesquisaba á cada uno de ellos de por sí, invocando sobre él grandes maldiciones si le mintiese, y grandes bendiciones si le dixese verdad, y habiendo hallado que la muger habia caido en aquella sospecha, por los malos indicios que habia dado, la sacaba al campo cerca del pueblo,

y la ataba á un árbol, y sino lo habia, á un palo que él hincaba, y con su arco y flechas la asaeteaba hasta que la mataba.

Hecho esto se iba al señor del pueblo, y en su ausencia á su justicia, y le decia: Señor, yo dexo mi muger muerta en tal parte, porque tales vecinos mios me dixéron que era adúltera: mandadlos llamar, y siendo verdad que me lo dixéron, me dad por libre, y no lo siendo, me castigad con la pena que nuestras leyes mandan y ordenan.

La pena era, que los parientes de la muger flechasen al matador hasta que muriese, y le dexasen sin sepultura en el campo, como él habia hecho a la muger; á la qual, como á inocente, mandaba la ley que la enterrasen con toda pompa y solemnidad. Empero hallando el juez que los testigos eran contestes, y que se comprobaban los indicios y

la sospecha, daban por libre al marido, y licencia para que pudiese casarse, y mandaban pregonar so pena de la vida, que ninguna persona, pariente, amigo ó conocido de la muger muerta fuese osado á darle sepultura, ni quitarla tan sola una flecha de las que en su cuerpo tenia, sino que la dexasen comer de aves y perros, para castigo y exemplo de su maleficio.

Estas dos leyes se guardaban en particular en las provincias de Coza y Tascaluza, y en general se castigaba en todo el reyno con mucho rigor el adulterio. La pena que daban al cómplice, ni al casado adúltero, aunque la procuré saber, no supo decirmela el que me daba la relacion, mas de que no oyó tratar de los adúlteros sino de ellas. Debió ser porque siempre en todas naciones estas leyes son rigurosas contra las mugeres, y en favor de los

hombres; porque, como decia una dueña de este obispado, que yo conocí, las hacian ellos, como temerosos de la ofensa, y no ellas, que si las mugeres las hubieran de hacer, que de otra manera fueran ordenadas.

CAPITULO XVI.

Salen de Mauvila los Españoles. Entran en Chicaza. Hacen piraguas para pasar un rio grande.

Volviendo al hilo de nuestra historia es de saber, que pasados veinte y tres ó veinte y quatro dias que los Españoles habian estado en el alojamiento de Mauvila, curándose las heridas, y habiendo cobrado algun esfuerzo para pasar adelante en su descubrimiento, salieron de la provincia de Tascaluza, y al fin de tres jornadas que hubieron caminado por unas tierras apacibles, aun-

que no pobladas, entraron en otra llamada Chicaza. El primer pueblo de esta provincia donde los nuestros llegaron no era el principal de ellos sino otro de los de su jurisdiccion, el qual estaba asentado á la ribera de un gran rio, hondo y de barrancas muy altas. El pueblo estaba a la parte del rio por donde los Españoles iban.

Los Indios no quisiéron recibir de paz al Gobernador, antes muy al descubierto se mostraron enemigos, respondiendo á los mensageros que les habian enviado, que querian guerra á fuego y á sangre. Quando los nuestros llegáron a dar vista al pueblo, viéron antes de él un esquadron de mas de mil y quinientos hombres de guerra, los quales luego que asomáron los Castellanos salieron á recibirlos, y escaramuzaron con ellos: y habiendo hecho poca defensa, se retiraron al rio des-

amparando el pueblo, que lo tenian desocupado de sus haciendas, mugeres é hijos, porque habian determinado no pelear con los Españoles en batalla campal, sino defenderles el paso del rio, que por ser de mucha agua y muy hondo, y de grandes y altas barrancas les parecia podrian estorvarles el camino, y forzarles a que tomasen otro viage.

Pues como los Españoles arremetiesen á los Indios con toda furia, ellos se arrojáron al agua, y pasaron el rio, de ellos en canoas, que las tenian muchas y muy buenas, y de ellos á nado, como el temor dió la priesa.

De la otra parte del rio, frontero del pueblo, tenian todo su exército, donde habia ocho mil hombres de guerra, los quales habian protestado defender el paso del rio, por cuya ribera tendian su alojamiento dos leguas en largo, para

que por todo aquel espacio no pudiesen pasar los Castellanos.

Sin esta defensa que los Indios hacian en el rio á los christianos los molestaban de noche con rebatos y arma que les daban, pasando el rio en quadrillas en sus canoas por diversas partes, acudiendo todos á una, con que daban mucha pesadumbre á los nuestros, los quales para defenderse usaron de un ardid muy bueno, y fue, que en tres desembarcaderos que el rio tenia en aquel espacio que los Indios tenian ocupado, donde venian á desembarcar, hiciéron de noche hoyos donde pudiesen encubrirse los ballesteros y arcabuceros, los quales quando venian los Indios los dexaban saltar en tierra, y alejarse de las canoas, y luego arremetian con ellos, y con las espadas les hacian mucho daño, porque no habia por donde los enemigos pudiesen huir:

de esta manera los maltrataron tres veces, con que los Indios escarmentaron de sus atrevimientos, y no osaron mas pasar por el rio: solo atendian á defender el paso á los uuestros con mucho cuidado y diligencia. El Gobernador y sus capitanes, viendo que por donde estaban les era imposible pasar el rio, por la mucha defensa que los enemigos hacian, y que perdian tiempo en esperar descuido en ellos, dieron orden, que cien hombres, los mas diligentes que entendian algo del arte, hiciesen dos barcas grandes, que por otro nombre les llaman piraguas, y son casi llanas y capaces de mucha gente, y para que los Indios no sintiesen que las hacian, se metiesen en un monte que estaba legua y media el rio arriba, y una legua apartado de la ribera,

Los cien Españoles diputados para la obra se dieron tanta priesa,

que en espacio de doce dias acabaron las piraguas, y para las llevar al rio, hicieron dos carros conforme á ellas, y con acemilass y caballos que las tiraban, y con los mismos Castellanos que rempujaban los carros y en los pasos dificultosos llevaban á cuestas las barcas, dieron con ellas una mañana antes que amaneciese en el rio, en un muy espacioso embarcadero que en él habia, y de la otra parte habia asimismo un buen desembarcadero

El Gobernador se halló delante al echar de las barcas en el rio, porque habia mandado que para entonces le tuviesen avisado. El qual mandó, que en cada barca entrasen diez caballeros, y quarenta infantes tiradores, y que diesen priesa á pasar el rio, antes que los Indios viniesen á defenderles el paso. Los infantes habian de remar, y los de á caballo dentro en las barcas iban

encima de sus caballos por no detenerse en subir en ellos de la otra parte.

Por mucho silencio que los Españoles quisieron guardar en echar las barcas al rio y embarcarse en ellas, no pudieron excusar que no los sintiesen quinientos Indios que servian de correr el rio por aquella vanda, los quales acudieron al paso, y viendo las barcas y los Españoles que querian pasar, dieron un grandísimo alarido, avisando á los suyos, pidiéndoles socorro, y luego se pusieron al desembarcadero á defender el paso.

Los Españoles, temiendo no acudiesen mas enemigos, pusieron toda la diligencia en embarcarse, y el Gobernador quiso pasar en la primera barcada, mas los suyos se lo estorvaron, por el mucho peligro que habia en aquel primer viage, hasta tener libre de enemigos el desem-

barcadero. Con esta priesa dieron los nuestros á los remos, y llegaron á la otra ribera todos heridos, porque los Indios los flechaban de la barranca á todo su placer.

La una de las barcas atinó bien al desembarcadero, y la otra decayó de él, y por las grandes barrancas del rio no pudo la gente saltar en tierra; por lo qual fue menester hacer mucha fuerza con los remos para arribar al desembarcadero.

Los de la primera barca saltaron en tierra, y el primero que salió fue Diego Garcia, hijo del alcayde de Villanueva de Barcarrota, soldado valiente, y en todo hecho de armas muy determinado, por lo qual todos sus compañeros le llamaban Diego Garcia de Paredes, no porque le hubiese parentesco, aunque era hombre noble, sino porque le asemejaba en el ánimo, esfuerzo y valentia. El segundo de á caballo

que saltó en tierra fue Gonzalo Silvestre, los quales dos arremetieron con los Indios, y los retiraron del desembarcadero mas de doscientos pasos, y volvieron á todo correr á los suyos, por el mucho peligro que traian, por ser dos solos y los enemigos tantos. De esta manera arremetieron con los Indios, y se retiraron de ellos quatro veces, sin haber tenido socorro de sus compañeros, porque unos á otros se habian embarazado, y no se daban maña á saltar en tierra con los caballos. Á la quinta vez que acometieron á los enemigos iban ya seis de á caballo, que pusieron mas temor á los Indios, para que no volviesen con tanta furia á defender el paso. Los infantes que iban en la primera barca, luego que saltaron en tierra, se metieron en un pueblo pequeño, que estaba en la misma barranca del rio, y no osaron salir de el, porque eran

pocos y todos heridos; porque habian llevado la mayor carga de las flechas. Los de la segunda piragua, como hallaron desocupado de enemigos el desembarcadero, saltaron en tierra con mas facilidad y sin peligro alguno, y acudieron á socorrer los compañeros que andaban peleando en el llano.

El Gobernador pasó en la segunda barcada con otros setenta, ú ochenta Españoles, y como los Indios viesen que los enemigos eran muchos, y que no podian resistirles, se fueron retirando á un monte que estaba no lejos del pueblo, y de allí se fueron á los suyos que en el real estaban; los quales habiendo sentido la grita y alarido que los corredores habian dado, acudieron á mucha priesa á defender el paso; mas encontrando con los corredores, y sabiendo de ellos que muchos Españoles habian pasado ya el rio, se volvieron a su

exército, donde se hicieron fuertes.

Los Christianos fueron sobre ellos, con animo de pelear; mas los Indios se estuvieron quedos, fortaleciéndose con palizadas de madera, y con las mismas ramadas que para su alojamiento tenian hechas. Algunos que se mostraron muy atrevidos salieron á escaramuzar, mas ellos pagaron su soberbia, porque murieron alanzeados, que la ligereza de ellos no igualaba con la de los caballos. De esta manera gastaron todo aquel dia, y la noche siguiente se fueron los Indios, que no parecio mas alguno. Entretanto habia pasado el rio todo el exército de los Españoles.

CAPITULO XVII.

Alojanse los nuestros en Chicaza. Danles los Indios una crudisima y repentina batalla nocturna.

Con el trabajo y peligro que hemos dicho, vencieron nuestros Españoles la dificultad de pasar el primer rio de la provincia de Chicaza, y como se viesen libres de enemigos, deshicieron las piraguas, y guardaron la clavazon, para hacer otras quando fuesen menester Hecho esto, pasaron adelante en su descubrimiento; y en quatro jornadas que caminaron por tierra llana, poblada, aunque de pueblos derramados y de pocas casas, llegaron al pueblo principal llamado Chicaza, de quien toda la provincia toma el nombre, el qual estaba sentado en una loma llana, prolongada norte sur,

entre unos arroyos de poca agua, empero de mucha arboleda de nogales, robles y encinas, que tenian caida á sus pies la fruta de dos ó tres años, la qual dexaban los Indios perder, porque no tenian ganados que la comiesen, y ellos no la gastaban, porque tenian otras frutas que comer mejores y mas delicadas.

El General, y sus Capitanes llegaron al pueblo Chicaza á los primeros de Diciembre del año de mil quinientos quarenta, y lo hallaron desampárado; y como fuese ya invierno, les pareció que seria bien invernar en él. Con este acuerdo recogieron todo el bastimento necesario, y traxeron de los pueblezuelos comarcanos mucha madera y paja, de que hicieron casas, porque las del pueblo principal, aunque eran doscientas, eran pocas.

Con alguna inquietud y descanso

estuvieron los nuestros en su alojamiento casi dos meses, que no entendian sino en correr cada dia el campo con los caballos, y prendian algunos Indios, de los quales enviaba el Gobernador los mas de ellos con dadivas y recaudos al curaca, combidandole con la paz y amistad; el qual respondia, prometiendo largas esperanzas de su venida, fingiendo achaques de su tardanza, duplicando los mensages de dia en dia por entretener al Gobernador; al qual, en recambio de sus dádivas, le enviaba alguna fruta, pescado y carne de venado.

Entre tanto sus Indios no dexaban de inquietar á nuestros Españoles con rebatos, y arma que les daban todas las noches dos y tres veces; mas no aguardaban á pelear, que en saliendo á ellos los Christianos se acogian huyendo: todo lo qual hacian de industria, como hom-

bres de guerra, por desvelar á los Españoles con los rebatos, y descuidarlos con la muestra de la cobardia, porque pensasen que siempre habia de ser así, y estuviesen remisos en su milicia para quando los ácometiesen de veras.

No estuvieron los Indios mucho tiempo en esta cobardia, antes parecio, que avergonzados de haberla tenido, quisieron mostrar lo contrario, y dar á entender que el huir pasado habia sido artificiosamente hecho, para descubrir mayor animo y esfuerzo á su tiempo, como lo hicieron, segun veremos luego.

A los postreros de Enero del año de mil quinientos quarenta y uno, habiendo reconocido lo favorable que les era el viento norte, que aquella noche corrió furiosamente, vinieron los Indios en tres esquadrones á la una de la noche, y con todo el silencio posible llegaron á cien pa-

sos de las centinelas Españolas.

El curaca, que venia por Capitan del esquadron de enmedio, que era el principal, envió á saber en qué parage estaban los otros dos colaterales; y habiendo sabido que estaban en el mismo parage que el suyo, mandó tocar arma, la qual dieron con muchos atambores, pífaros, caracoles y otros instrumentos rústicos que traian para hacer mayor estruendo; y todos los Indios á una, dieron un grande alarido para poner mayor terror y asombro á los Españoles. Traian para quemar el pueblo, y para ver los enemigos, unos hachos de cierta yerba que en aquella tierra se cria, la qual hecha maroma ó soga delgada y encendida, guarda el fuego como una mecha de arcabuz, y hondeada por el ayre levanta llama, que arde sin apagarse como una hacha de cera; y los Indios hacian con tanta curiosi-

dad estos hachos, que parecian hachas de cera de quatro pávilos, y alumbraban tanto como ellas. En las puntas de las flechas traian sortijuelas hechas de la misma yerba, para tirarlas encendidas, y pegar de lejos fuego á las casas.

Con esta orden y prevencion vinieron los Indios, arremetieron al pueblo, hondeando los hachos, y echaron muchas flechas encendidas sobre las casas; y como ellas eran de paja, con el recio viento que corria, se encendieron en un punto.

Los Españoles, aunque sobresaltados con tan repentino y fiero asalto, no dexaron de salir con toda presteza a defender sus vidas. El Gobernador, que por hallarse apercebido para semejantes rebatos dormia siempre en calzas y jubon, salio á caballo á los enemigos primero que otro algun caballero de los suyos, y por la priesa que los ene-

migos traian, no habia podido tomar otras armas defensivas sino una celada y un sayo que llaman de armas, hecho de algodon colchado de tres dedos de grueso, que contra las flechas no hallaron otra mejor defensa los nuestros. Con estas armas, y su lanza y adarga salió el Gobernador solo contra tanta multitud de enemigos, porque nunca los supo temer. Otros diez ó doce caballeros salieron en pos de el, mas no luego.

Los demas Españoles, así capitanes como soldados, acudieron con el ánimo acostumbrado á resistir la ferocidad y braveza de los Indios, mas no pudieron pelear con ellos, porque traian por delante en su favor y defensa el fuego, la llama y el humo; todo lo qual el viento recio que soplaba echaba sobre los Españoles, con que los ofendia malamente. Mas con todo eso los nuestros, como podian, salian de sus

quarteles á pelear con los enemigos, unos pasando á gatas por debaxo de llama, porque no los alcanzase, otros corriendo por entre casa y casa, huyendo del fuego: así salieron algunos al campo; otros acudieron á la enfermeria á socorrer los dolientes, porque tenian los enfermos de por sí en una casa aparte. Los quales, sintiendo el fuego y los enemigos, se acogieron los que pudieron huir, y los que no pudieron perecieron quemados antes que el socorro les llegase.

Los de á caballo salian segun les daba la priesa el fuego y la furia de los enemigos, que como el rebato fue tan repentino, no tuvieron lugar de se armar y ensillar los caballos. Unos los sacaban de diestro, huyendo con ellos, porque el fuego no los quemase; otros los desamparaban, que para el fuego no habia otra resistencia sino el huir. Pocos

salieron á socorrer al Gobernador, el qual habia gran espacio de tiempo que con los poquisimos que habian salido al principio de la batalla peleaba con los enemigos, y fue el primero que aquella noche mató Indio, porque siempre se preciaba ser de los primeros en toda cosa. Los Indios de los dos esquadrones colaterales entraron en el pueblo, y con el fuego que en su favor traian hicieron mucho daño, que mataron muchos caballos y Españoles, que no tuvieron tiempo de valerse.

CAPÍTULO XVIII.

Prosigue la batalla de Chicaza hasta su fin.

Del quartel del pueblo que estaba hácia levante, donde el fuego y el ímpetu de los enemigos fue mayor y mas furioso, salieron quarenta ó cincuenta Españoles huyendo a to-

do correr, cosa vergonzosa, y que hasta aquel punto, en toda esta jornada de la Florida, se habia visto tal. En pos de ellos salió Nuño Tobar con una espada desnuda en la mano, y una cota de malla vestida, toda por abrochar, que la priesa de los enemigos no le habia dado lugar á mas.

Este caballero a grandes voces iba diciendo á los suyos: volved soldados, volved ¿donde vais? que no hay Cordova, ni Sevilla que os acoja: mirad que en la fortaleza de vuestros ánimos, y en las fuerzas de vuestros brazos esta la seguridad de vuestras vidas, y no en huir. Á este punto salieron al encuentro de los que huian treinta soldados del quartel del pueblo hácia el sur, donde el fuego aun no habia llegado, y era alojamiento del capitan Juan de Guzman, natural de Talavera de la Reyna, y los soldados eran de su

compañia. Los quales, afeando su mal hecho á los que huian, los detuvieron, y todos juntos, rodeando el pueblo, porque no podian pasar por el fuego que entre ellos y los enemigos habia, salieron por la parte de levante al campo á pelear con ellos.

Al mismo tiempo que salieron estos infantes, salió el capitan Andrés de Vasconcelos, que estaba alojado en el propio quartel, y sacó veintiquatro caballeros fidalgos de su compañia, todos Portugueses y gente escogida, que los mas de ellos habian sido ginetes en las fronteras de África. Estos caballeros salieron de la parte del poniente, y con ellos se fue Nuño Tobar así á pie como estaba, y los unos por la una parte, y los otros por la otra, en descubriendo los enemigos cerraron con ellos, y les hicieron retirar al esquadron de en medio, que era el

principal, donde era lo mas recio de la batalla, y donde el Gobernador y los pocos que con él andaban, habian hasta entonces peleado con mucho aprieto y riesgo de las vidas, por ser pocos, y los enemigos muchos.

Mas quando vieron el socorro de los suyos, arremetieron con nuevo ánimo á ellos, y el General, con deseo de matar un Indio que habia andado y andaba muy aventajado en la pelea, cerró con él, y habiéndole alcanzado á herir con la lanza, para acabarle de matar, cargó sobre ella y sobre el estrivo derecho, y con el peso y fuerza que hizo, llevó la silla tras sí, y cayó con ella en medio de los enemigos. Los Españoles, viendo á su Capitan General en aquel peligro, aguijaron al socorro caballeros é infantes con tanta presteza, y pelearon tan varonilmente, que lo libraron de que

los Indios lo matasen ; y ensillado el caballo lo subieron en él, y volvió á pelear de nuevo.

El Gobernador cayó, porque sus criados, con el sobresalto del repentino y furioso asalto de los Indios, y con la turbacion de la muerte que les andaba cerca, dieron el caballo sin haber echado la cincha á la silla; y así los Españoles que llegaron al socorro, la hallaron puesta sobre la silla, doblada, como se suele poner quando desensillan un caballo; de manera que habia peleado el Gobernador mas de una hora de tiempo la silla sin cincha quando cayó, habiéndole valido la destreza que á la gineta tenia, que era mucha.

Los Indios, reconociendo el ímpetu con que los Españoles por todas partes acudian, y que salian muchos caballos, afloxaron de la furia con que hasta entonces habian

peleado; mas no dexaron de porfiar en la batalla, unas veces arremetiendo con grande ánimo, y otras retirándose con mucho concierto, hasta que no pudieron sufrir la fuerza de los Españoles, y se apellidaron unos á otros para retirarse y dexar la batalla, y volvieron las espaldas, huyendo á todo correr.

El Gobernador con los de á caballo siguió el alcance, persiguiendo á los enemigos, todo lo que la lumbre del fuego que en el pueblo andaba les alcanzó á alumbrar. Acabada la batalla, tan repentina y furiosa como esta fue, la qual duró mas de dos horas, y habiendo el General seguido el alcance, mandó tocar á recoger, y volvió á ver el daño que los Indios habian hecho, y halló mas del que pensó, porque hubo quarenta Españoles muertos, y cinquenta caballos. Alonso de Carmona dice que fueron ochenta los caballos

entre muertos y heridos, y mas de los veinte de estos murieron quemados, o flechados en las mismas pesebreras donde estaban atados, porque sus dueños, viéndolos muy lozanos con la mucha comida que en aquel alojamiento tenian, por tenerlos mas seguros, les habian hecho grandes cadenas de hierro por cabestros, con que los tenian atados, y con la priesa que el fuego y los enemigos les dieron, no habian acertado á desatarlas; y así dexaron los caballos entregados al fuego y á los enemigos, para que atados como estaban los flechasen.

Demas de la pena que nuestros Españoles sintieron por la pérdida de los compañeros y muerte de los caballos, que era la fuerza de su exército, hubieron lástima de un caso particular que aquella noche sucedió, y fue, que entre ellos habia una sola muger Española, que

habia nombre Francisca de Hinestrosa, casada con un buen soldado, que se decia Hernando Bautista, la qual estaba en dias de parir. Pues como el sobresalto de los enemigos fuese tan repentino, el marido salió á pelear, y acabada la batalla, quando volvió á ver qué era de su muger, la halló echa carbon, porque no pudo huir del fuego.

Lo contrario sucedió en un soldadillo llamado Francisco Henriquez, que no valia nada, y aunque tenia buen nombre era un cuitado, mas para truhan que para soldado, con quien se burlaban muchos Españoles; el qual estaba enfermo en la enfermeria, que muchos dias habia lo traian acuestas. Pues como sintiese el fuego y el impetu de los enemigos, salió huyendo de la enfermeria, y á pocos pasos que dió por la calle, topo un Indio que le dio un flechazo por una ingle, que

casi le pasó á la otra parte, y le dexó tendido en el suelo por muerto, donde estuvo mas de dos horas.

Despues de amenecido le curaron, y en breve tiempo sanó de la herida, que se tuvo por mortal, y tambien de la enfermedad, que habia sido muy larga y enfadosa. Por lo qual, burlándose despues con él los que solian burlarse, le decian: Vaigate la desventura, duelo que para ti que no vales dos blancas hubo doblada salud y vida, y hubo muerte para tantos caballeros, y tan principales soldados como han muerto en estas dos últimas batallas. Enriquez lo sufria todo, y les decia otras cosas peores.

Dicho hemos atrás como el Gobernador llevó ganado prieto para criar en la Florida, y lo traia con mucha guarda para lo sustentar y aumentar, y por tenerlo en este alojamiento de Chicaza mas guar-

dado de noche, le habian hecho un corral de madera dentro en el pueblo, con muchos palos hincados en el suelo, y su cobertizo de paja por cima. Pues como el fuego de aquella noche de la batalla fuese tan grande, los alcanzó tambien á ellos, y los quemó todos, que no escaparon sino los lechones que pudieron salir por entre palo y palo del cerco. Estaban tan gordos con la mucha comida que en aquel territorio hallaron, que corrió la manteca de ellos mas de doscientos pasos. No se sintió esta pérdida menos que las demas, porque nuestros Castellanos padecian mucha necesidad de carne, y guardaban esta para el regalo de los enfermos.

Juan Coles, y Alonso de Carmona concuerdan en toda la relacion de esta batalla, y ambos dicen el estrago que el fuego hizo en el ganado prieto, encarecen mucho la des-

treza que el Gobernador tenia en la silla gineta, y cuentan su caida, y el haber peleado mas de una hora sin cincha. Alonso de Carmona añade, que cada Indio traia ceñidos al cuerpo tres cordeles, uno para llevar atado un Castellano, otro para un caballo, y otro para un puerco; y que se ofendieron mucho los nuestros quando lo supieron.

CAPÍTULO XIX.

Hechos notables que pasaron en la batalla de Chicaza.

Luego que hubieron enterrado los muertos y curado los heridos, salieron muchos Españoles al campo, donde habia sido la batalla, a ver y notar las heridas que los Indios con las flechas habian hecho en los caballos que mataron. Los quales abrian, como lo habian de costumbre, asi para ver hasta donde hu-

biesen penetrado las flechas, como por guardar la carne para la comer; y hallaron que casi todos ellos tenian flechas atravesadas por las entrañas y palmones, ó livianos, cerca del corazon, y particularmente hallaron once ó doce caballos con el corazon atravesado por medio, que como otras veces hemos dicho, estos Indios, pudiendo tirarles al codillo, no les tiraban á otra parte.

Hallaron asimismo quatro caballos, que cada uno tenia dos flechas atravesadas por medio del corazon, acertadas á tirar á un mismo tiempo, una de un lado y otra de otro: cosa maravillosa y dura de creer, aunque es cierto que pasó así: y por ser cosa notable se convocaron los Españoles que por el campo andaban para que la viesen todos.

Otro tiro hallaron de extraña fuerza, y fué, que un caballo de un

trompeta llamado Juan Diaz, natural de Granada, estaba muerto de una flecha que le habia atravesado por ambas tablillas de las espaldas, y pasado quatro dedos de ella de la otra parte; el qual tiro, por haber sido de brazo tan fuerte y bravo, porque el caballo era uno de los mas anchos y espesos que en todo el exército habia, mandó el Gobernador que quedase memoria de él por escrito, y que un Escribano real diese fee y testimonio del tiro. Asi se hizo, que luego vino un Escribano, que se decia Baltasar Hernandez, que yo conocí despues en el Perú, natural de Badajoz, é hijo dalgo, de mucha bondad y religion, qual se requeria y convenia que lo fueran todos los que exercitáran este oficio, pues se les fia la hacienda, vida y honra de la república. Este hidalgo en sangre y en virtud, asentó por escrito, y dió testimonio de lo que

vió de aquella flecha, que fue lo que hemos dicho.

Tres dias despues de la batalla acordaron los Castellanos mudar su alojamiento á otra parte, una legua de donde estaban, por parecerles mejor sitio para los caballos, y así lo hicieron con mucha presteza y diligencia. Traxeron madera y paja de los otros pueblos comarcanos: acomodaron lo mejor que pudieron un pueblo, que Alonso de Carmona llama Chicacilla, donde dice, que á mucha priesa hicieron sillas, lanzas y rodelas, porque dice que todo esto les quemó el fuego, y que andaban como gitanos, unos sin sayos, y otros sin zaragüelles: palabras son todas suyas.

En aquel pueblo pasaron con mucho trabajo lo que les quedaba del invierno, el qual fue rigurosísimo de frios y hielos. y los Españoles quedaron de la batalla pasada desnudos

de ropa con que resistir el frio, porque no escaparon del fuego sino los que acertaron á sacar vestido.

Quatro dias despues de la batalla quitó el Gobernador el cargo á Luis de Moscoso, y lo dió á Baltasar de Gallegos, porque haciendo pesquisa secreta, supo que en la ronda y centinela del exército habia habido negligencia, y descuido en los ministros del campo, y que por esto habian llegado los enemigos sin que los sintiesen, y hecho el daño que hicieron; que de mas de la pérdida de los caballos y muerte de los compañeros, confesaban los Españoles haber sido vencidos aquella noche por los Indios, sino que la bondad de algunos particulares, y la necesidad comun les habia hecho volver por sí, y cobrar la victoria que tenian ya por perdida, aunque la ganaron á mucha costa propria, y poco daño de los Indios; porque no

murieron en esta batalla mas de quinientos de ellos.

Todo lo que de esta nocturna, y repentina batalla de Chicaza hemos dicho, lo dice muy largamente Alonso de Carmona en su relacion, con grandes encarecimientos del peligro que los Españoles aquella noche corrieron, por el sobresalto no pensado y tan furioso con que los enemigos acometieron, y dice que los mas de los Christianos salieron en camisa, por la mucha priesa que el fuego les dió. En suma dice, que huyeron y fueron vencidos, que la persuasion de un Frayle les hizo volver, que milagrosamente cobraron la victoria que habian perdido, que solo el Gobernador peleó á caballo mucho espacio de tiempo con los enemigos, hasta que le socorrieron, y que llevaba la silla sin cincha. Juan Coles concuerda con el en todo lo mas de esto, y particu-

larmente dice, que el Gobernador peleó solo como buen capitan.

De mas de lo que conforme á nuestra relacion Alonso de Carmona cuenta de esta batalla, añade las palabras siguientes. Estuvimos allí tres dias, y al cabo de ellos acordaron los Indios de volver sobre nosotros, y morir ó vencer: y cierto no pongo duda en ello, que si la determinacion viniera en efecto, nos llevarán á todos en las uñas, por la falta de armas y sillas que teniamos. Fué Dios servido, que estando un quarto de legua del pueblo para dar en nosotros, vino un gran golpe de agua que Dios envió de su cielo, les mojó las cuerdas de los arcos, y no pudiéron hacer nada, se volvieron, y á la mañana corriendo la tierra, hallaron el rastro de ellos, y tomaron un Indio que nos declaró y avisó de todo lo que los Indios venian a hacer, y que habian jura-

do por sus dioses de morir en la demanda, y así el Gobernador visto esto, determinó salir de allí é irse á Chicacilla, donde luego á gran priesa hicimos rodelas, lanzas y sillas: porque en tales tiempos la necesidad á todos hace maestros. Hicimos de dos cueros de oso fuelles, y con los cañones que llevabamos, armamos nuestra fragua, templamos nuestras armas, y apercibimonos lo mejor que podimos. Todas son palabras de Carmona, sacadas á la letra.

Pues como los enemigos hubiesen reconocido y sabido de cierto el daño y extrago que en los Castellanos habian hecho, cobrando mas ánimo y atrevimiento con la victoria pasada, dieron en inquietarlos todas las noches con rebatos y arma; y no como quiera, sino que venian en tres y en quatro esquadrones por diversas partes, y con grande grita y alarido acometian

todos juntos á un tiempo, para causar mayor temor y alboroto en los enemigos.

Los Españoles, porque no les quemasen el alojamiento, como lo habian hecho en Chicaza, estaban todas las noches fuera del pueblo puestos en quatro esquadrones á las quatro partes de él, y con sus centinelas puestas, y todos velando, porque no habia hora segura para poder dormir, que todas las noches venian dos y tres veces, y muchas hubo que vinieron quatro veces, y sin la inquietud perpetua que con estas batallas daban, aunque las mas de ellas eran ligeras, nunca dexaban de herir ó matar algun hombre ó caballo, y de los Indios tambien quedaban muchos muertos, mas no escarmentaban por eso.

El Gobernador, por asegurarse de que los enemigos no viniesen la noche siguiente, enviaba cada ma-

ñana por amedrentarlos, quatro y cinco quadrillas de á catorce y quince caballos, que corriesen todo el campo en contorno del pueblo, los quales no dexaban Indio á vida, que fuese espia ó que no lo fuese, que no lo alanceasen, y volvian á su alojamiento el sol puesto y mas tarde con relacion verdadera, que quatro leguas en circuito del pueblo no quedaba Indio vivo; mas dende á quatro horas o cinco, á mas tardar, ya los esquadrones de los Indios andaban revueltos con los de los Castellanos, cosa que los admiraba grandemente, que en tan breve tiempo se hubiesen juntado y venido á inquietarlos.

En estas refriegas que cada noche tenian, aunque siempre hubo muertos y heridos de ambas partes, no acaecieron cosas particulares notables que poder contar, sino fué una noche, que un esquadron de In-

dios fue á dar donde estaba el capitan Juan de Guzman y su compañía, el qual salió á ellos á caballo con otros cinco caballeros, y tambien salieron los infantes; y porque quando los enemigos hondearon sus hachos, y encendieron lumbre estaban muy cerca de los nuestros, pudieron peones y caballos llegar juntos á embestir con ellos. Juan de Guzman, que era un caballero de grande ánimo, empero delicado de cuerpo, arremetió con el Alferez que traia un estandarte, y venia en la primera hilera, al qual tiro una lanzada. El Indio, hurtando el cuerpo, le asió la lanza con la mano derecha, y corrio la mano por ella hasta tocar con la de Juan Guzman; entonces soltó la lanza, y le asió de los cabezones, y dando un gran tiron lo arrancó de la silla, y dió con él á sus pies sin soltar la vandera que llevaba en la mano izquierda, y

todo fue hecho con tanta presteza, que apenas se pudo juzgar como hubiese sido.

Los soldados, quando vieron su capitan en tal aprieto, antes que el Indio le hiciese otro mal, arremetieron con el, lo hicieron pedazos, desbarataron su esquadron, y libraron de peligro á Juan de Guzman, pero no quedaron sin daño, porque los Indios dexaron muertos dos caballos, y heridos otros dos, de seis que á ellos habian salido. Los Españoles no sentian menos la pérdida de los caballos que la de los compañeros, y los Indios gustaban mas de matar un caballo que quatro caballeros, porque les parecia que solamente por ellos les hacian ventaja sus enemigos.

CAPITULO XX.

Defensa que inventó un Español contra el frio que padecian en Chicaza.

Con estas batallas nocturnas, que por ser tantas y tan continuas causaban intolerable trabajo y molestia, estuvieron nuestros Castellanos en aquel alojamiento hasta fin de Marzo, donde, sin la persecucion y afan que los Indios les daban, padecieron la inclemencia del frio, que fué rigurosísimo en aquella region: y como pasasen todas las noches puestos en esquadrones, y con tan poca ropa de vestir, que el mas bien parado no tenia sino unas calzas y jubon de gamuza, y casi todos descalzos, sin zapatos ni alpargates, fue cosa increible el frio que padecieron, y milagro de Dios no perecer todos.

En esta necesidad contra el frio, se valieron de la invencion de un hombre harto rústico y grosero, llamado Juan Vego, natural de Segura de la Sierra, á quien en la isla de Cuba, al principio de esta jornada, le pasó con Vasco Porcallo de Figueroa un cuento gracioso, aunque para él riguroso, que por ser de burlas y donayres no lo ponemos aquí; mas de decir, que Juan Vego, aunque tosco y grosero daba en ser gracioso: burlábase con todos: deciales donayres y gracias desatinadas, conforme el aljaba de donde salian. Vasco Porcallo de Figueroa, que tambien era amigo de burlas, le hizo una pesada, en cuya satisfaccion le dio en la Habana, donde pasó la burla, un caballo alazano, que despues en la Florida, por haber salido tan bueno, le ofrecieron muchas veces siete y ocho mil pesos por él para la primera funcion

que hubiese; porque las esperanzas que nuestros Castellanos á los principios y medios de su descubrimiento se prometian, fueron tan ricas y magníficas como esto, mas Juan Vego nunca quiso venderlo; y acertó en ello, porque no hubo fundicion, sino muerte y pérdida de todos ellos, como la historia lo dirá.

Este Juan Vego dió en hacer una estera de paja, que allí la hay muy buena, larga, blanda y suave, para socorrerse del frio de las noches. Hizola de quatro dedos en grueso, larga y ancha: echaba la mitad debaxo por colchon, y la otra mitad encima en lugar de frazada; y como se hallase bien en ella, hizo otras muchas para los compañeros, con el ayuda de ellos mismos, que á las necesidades comunes todos acudian á trabajar en ellas.

Con estas camas que llevaba á los cuerpos de guarda ó plaza de ar-

mas, donde todas las noches estaban puestos en esquadron, resistieron el frio de aquel invierno, que ellos mismos confesaban hubieran perecido sino fuera por el socorro de Juan Vego. Ayudó tambien á llevar el mal temporal la mucha comida de maiz, y fruta seca que habia en aquella comarca, que aunque los Españoles padeciéron rigor del frio, y las molestias de los enemigos, que no les dexaban dormir de noche, no tuviéron hambre, antes hubo abundancia de bastimentos.

CAPITULO XXI.

Salen los Españoles del alojamiento Chicaza: combaten el fuerte de Alibamo.

El Gobernador y sus capitanes, viendo que era ya pasado el mes de Marzo, y que era ya tiempo de pasar adelante en su descubrimien-

to, consultaron salir de aquel alojamiento y provincia de Chicaza, y la demas gente lo deseaba, por verse fuera de aquella tierra, donde tanta guerra y daño les habian hecho, y siempre de noche; que en todos los quatro meses que alli estuvieron los Españoles invernando, no faltaron los Indios quatro noches sin darles rebatos y arma continua. Con esta determinacion comun saliéron los nuestros de aquel puesto á los primeros de Abril del año mil quinientos quarenta y uno; y habiendo caminado el primer dia quatro leguas de tierra llana, poblada de muchos pueblos pequeños, de á quince y de veinte casas, pararon un quarto de legua fuera de todo lo poblado, pareciéndoles que los Indios de Chicaza, que tan molestos les habian sido en su tierra, viendoles ya fuera de sus pueblos, les dexarian de perseguir; mas ellos tenian otros pen-

to, consultaron salir de aquel alojamiento y provincia de Chicaza, y la demas gente lo deseaba, por verse fuera de aquella tierra, donde tanta guerra y daño les habian hecho, y siempre de noche; que en todos los quatro meses que alli estuvieron los Españoles invernando, no faltaron los Indios quatro noches sin darles rebatos y arma continua. Con esta determinacion comun saliéron los nuestros de aquel puesto á los primeros de Abril del año mil quinientos quarenta y uno; y habiendo caminado el primer dia quatro leguas de tierra llana, poblada de muchos pueblos pequeños, de á quince y de veinte casas, pararon un quarto de legua fuera de todo lo poblado, pareciéndoles que los Indios de Chicaza, que tan molestos les habian sido en su tierra, viendoles ya fuera de sus pueblos, les dexarian de perseguir; mas ellos tenian otros pen-

samientos muy diferentes y agenos de toda paz, como luego verémos.

Como los Españoles parasen para alojarse en aquel campo, enviaron por todas partes caballos que corriesen la tierra, y viesen lo que habia en circuito del alojamiento, los quales volvieron con aviso, que cerca de allí habia un fuerte hecho de madera, con gente de guerra muy escogida, que al parecer serian como quatro mil hombres. El General, eligiendo cincuenta de á caballo, fue á reconocer el fuerte, y habiéndolo visto, volvió á los suyos, y les dixo: Caballeros, conviene antes que la noche cierre, echemos del fuerte, donde se han fortalecido, á nuestros enemigos, los quales, no contentos con la molestia y pesadumbre que tan porfiadamente en su tierra nos han dado, quieren, aunque estamos fuera de ella, molestarnos todavia, por mostrar que

no temen vuestras armas, pues las vienen á buscar fuera de sus terminos: por lo qual será bien que los castiguemos, y que no queden esta noche donde estan; porque si allí los dexamos, saliendo por sus tercios en rueda, nos flecharán toda la noche sin dexarnos reposar.

A todos parecio bien lo que el Gobernador habia dicho; y asi, dexando la tercia parte de la gente de infantes y caballos para guarda del real, fue toda la demas con el Gobernador á combatir el fuerte llamado Alibamo, el qual era quadrado, de quatro lienzos iguales, hecho de maderos hincados, y cada lienzo de pared tenia quatrocientos pasos de largo. Por de dentro en este quadro habia otros dos lienzos de madera, que atravesaban el fuerte de una pared á otra. El lienzo del frente tenia tres puertas pequeñas, y tan baxas, que no podia entrar

hombre de á caballo por ellas La una puerta estaba en medio del lienzo, y las otras dos á los lados junto á las esquinas. En derecho de estas tres puertas habia en cada lienzo otras tres, para que si los Españoles ganasen las primeras, se defendiesen en las del segundo lienzo, y en las del tercero y quarto. Las puertas del postrer lienzo salian á un rio que pasaba por las espaldas del fuerte. El rio, aunque era angosto, era muy hondo, y de barrancas muy altas, que con dificultad las podian subir y baxar á pie, y de ninguna manera á caballo. Y este fue el intento de los Indios, hacer un fuerte donde pudiesen asegurarse de que los Castellanos les ofendiesen con los caballos, entrando por las puertas, ó pasando el rio, sino que peleasen á pie como ellos; porque á los Infantes, como ya hemos dicho otras veces, no les habian temor

alguno, por parecerles que les eran iguales y aun superiores. Sobre el rio tenian puentes hechas de madera, flacas y ruines, que con dificultad podian pasar por ellas. A los lados del fuerte no habia puerta alguna.

El Gobernador, habiendo visto y considerado bien el fuerte, mandó que se apeasen cien caballeros de los mas bien armados, y hechos tres esquadrones de á tres hombres por hilera, acometiesen el fuerte, y que los infantes que no iban tan bien armados de armas defensivas como los caballeros, fuesen en pos de ellos, y todos procurasen ganar las puertas. Así se ordenó en un punto. Al Capitan Juan de Guzman le cupo la una puerta, al Capitan Alonso Romo de Cardeñosa la otra, y a Gonzalo Silvestre la tercera; los quales se pusieron en sus esquadrones en derecho de las puertas para los acometer.

Los Indios, que hasta entonces

habian estado encerrados en su fuerte, viendo los Españoles apercibidos para los combatir, salieron cien hombres por cada puerta á escaramuzar con ellos: traian grandes plumages sobre las cabezas, y para parecer mas feroces, venian todos ellos pintados á vandas las caras, los cuerpos, brazos y piernas con tintas ó betun de diversas colores, y con toda la gallardia que se puede imaginar arremetieron á los Españoles, y de las primeras flechas derrivaron á Diego de Castro, natural de Badajoz, y á Pedro de Torres, natural de Burgos, ambos nobles y valientes, los quales iban en la primera hilera á los lados de Gonzalo Silvestre. A Diego de Castro hirieron encima de la rodilla en el lagarto de la pierna dérecha con un harpon de pedernal: á Pedro de Torres atravesaron una pierna por entre las dos canillas. Francisco de Reynoso,

caballero natural de Astorga, viendo solo á Gonzalo Silvestre, que era su caudillo, se pasó de la segunda fila donde iba á la primera, por no le dexar ir solo.

En el segundo esquadron, donde iba por Capitan Juan de Guzman, derribaron de otro flechazo con harpon de pedernal á otro caballero, llamado Luis Bravo de Xerez, que iba al lado del Capitan, y le hirieron en el lagarto del muslo. Al Capitan Alonso Romo de Cardeñosa, que iba á combatir la tercera puerta, le quitaron de su lado uno de sus dos compañeros, que habia por nombre Francisco de Figueroa, muy noble en sangre y en virtud, natural de Zafra, el qual fue asimismo herido por el lagarto del muslo, y tambien con harpon de pedernal; que estos Indios, como gente práctica en la guerra, tiraban á los Españoles de los muslos abaxo, que era lo que llevaban

sin armas defensivas, y tirabanles con harpones de pedernal, por poder hacer mayor daño; porque si no hiriesen de punta, cortasen de filo al pasar.

Estos tres caballeros murieron poco despues de la batalla, y todos en una hora, porque las heridas habian sido iguales: causaron con su muerte mucha lastima, porque eran nobles, valientes y mozos, porque ninguno de ellos llegaba á los veinte y cinco años. Sin las heridas que hemos dicho, hubo otras muchas; porque los Indios peleaban valentisimamente, y tiraban á las piernas á sus enemigos. Lo qual visto por los nuestros, dieron á una todos un alarido, diciendo, que cerrasen de golpe con los contrarios, y no les diesen lugar á que gastasen sus flechas, con que tanto daño les hacian, y asi los acometieron con toda furia y presteza, y los llevaron retirando hasta las puertas del fuerte.

CAPITULO XXII.

Prosigue la batalla del fuerte hasta su fin.

El Gobernador, que con otros veinte de á caballo se habia puesto al un lado de los esquadrones, y los Capitanes Andres de Vasconcelos y Juan de Añasco al otro lado con otros treinta caballeros, arremetieron todos á los Indios. Uno de ellos tiró una flecha al General, que iba delante de los suyos, y le dió sobre la celada, encima de la frente, un golpe tan recio, que la flecha surtió de la celada mas de una pica en alto, y el Gobernador confesaba despues haberle hecho ver relámpagos. Pues como los caballeros y los infantes arremetieron todos á una, los Indios se retiraron hasta la pared del fuerte, donde por ser las puertas tan pequeñas, y no poderse aco-

ger dentro los Indios, fue grande mortandad de ellos. Los Españoles, con la misma furia que habian cerrado con los enemigos en el llano, con esa misma entraron por las puertas, revueltos con ellos, y tan igualmente, que no se pudo averiguar qual de los tres Capitanes hubiese entrado primero.

Dentro en el fuerte fue grande la matanza de los Indios, que como los Españoles los viesen encerrados, y se acordasen de las muchas pesadumbres que en el alojamiento pasado sin cesar los habian dado, los apretaron malamente con la ira y enojo que contra ellos tenian, y á cuchilladas y á estocadas, con gran facilidad, como á gente que no llevaba armas defensivas, mataron gran número de ellos. Muchos Indios, no pudiendo salir por las puertas al rio, por la priesa que les daban, confiados en su ligereza saltaron por cima

de las cercas, y cayeron en poder de los caballeros que andaban en el campo, donde los alancearon todos. Otros muchos Indios que pudieron salir al rio por las puertas, lo pasaron por las puentes de madera, empero muchos de ellos, con la priesa que unos á otros se daban al pasar, cayeron en el rio; y era cosa graciosa ver los golpazos que daban en el agua, porque caian de mucha altura. Otros que no pudieron tomar las puentes, ni la furia de los enemigos les daba tanto espacio, se echaron de las barrancas abaxo, y pasaron el rio á nado. De esta manera desembarazaron el fuerte en poco espacio, y los que pudieron pasar el rio, como que estuvieran ya seguros, se pusieron en esquadron, y los nuestros quedaron de estotra parte.

Un Indio de los que se habian escapado, viendose fuera de aprie-

to, deseando mostrar la destreza que en su arco y flechas tenia, se aparto de los suyos, y dió voces á los Castellanos, dandoles á entender por señas y algunas palabras, que se apartase un ballestero de ellos en desafio singular, y se tirasen sendos tiros, á ver qual de ellos era mejor tirador. Uno de los nuestros, que habia nombre Juan de Salinas, hidalgo montañés, salio muy apriesa de entre los Españoles, los quales, por asegurarse de las flechas, se habian puesto al reparo de unos arboles que tenian por delante, y fue el rio abaxo á ponerse en derecho de donde estaba el Indio, y aunque uno de sus compañeros le dió voces que esperase, que queria ir con el á hacerle escudo con una rodela, no quiso diciendo, que pues su enemigo no traia ventajas para sí, no queria llevarlas contra él: luego puso una jara en su ballesta, y apuntó al

Indio para le tirar, el qual hizo lo mismo con su arco, habiendo escogido una flecha de las de su carcax.

Ambos soltaron los tiros á un mismo tiempo. El montañés dio al Indio por medio de los pechos, de manera que fue á caer; mas antes que llegase al suelo, llegaron los suyos à socorrerle, y se lo llevaron en brazos, mas muerto que vivo, porque llevaba toda la jara metida por los pechos. El Indio acertó al Español por el pescuezo, en derecho del oido izquierdo, que por hacer buena punteria al enemigo, y tambien por darle el lado del cuerpo, que tiene menos traves que la delantera, habia estado ladeado al tirar de la ballesta, y le atravesó la flecha por la cerviz, echándole tanto de una parte como de otra, y así la traxo atravesada, y volvio á los suyos muy contento del tiro que ha-

bia hecho en su enemigo. Los Indios, aunque pudieron, no quisieron tirar á Juan de Salinas, porque el desafio habia sido uno á uno. El Adelantado, que habia deseado castigar la desvergüenza y atrevimiento de aquellos Indios, apellidando á los de á caballo, y pasando el rio por un buen vado que estaba arriba del fuerte, los llevaron alanceando por un llano adelante mas de una legua, y no cesaran hasta acabarlos todos, si la noche no les atajara con quitarles la luz del dia; mas con todo eso murieron en este trance mas de dos mil Indios, y pagaron bien su osadia, para que no pudiesen quedar loandose de los Castellanos que en su tierra habian muerto, ni de la mucha molestia que en todo el invierno pasado les habian dado. Habiendo seguido el alcance, se volvieron los españoles á su alojamiento, y curaron los heridos, que fue-

ron muchos, por cuya necesidad pararon allí quatro dias que no pudieron caminar.

CAPITULO XXIII.

Por falta de sal mueren muchos Españoles. Como llegan á Chisca.

Volviendo en nuestra historia un poco atras donde estabamos, porque se vayan contando los sucesos en el tiempo y lugar que acaecieron, porque no volvamos de mas lejos á encontrarlos, es de saber, que luego que nuestros Españoles salieron de la gran provincia de Cozá, y entraron en la Tascaluza, tuvieron necesidad de sal; y habiendo pasado algunos dias sin ella, la sintieron de manera que les hacia mucha falta; y algunos, cuya complexion debia de pedirla mas que la de otros, murieron por falta de ella, y

de una muerte extrañisima. Dabales una calenturilla lenta, y al tercero ó quarto dia no habia quien á cincuenta pasos pudiese sufrir el hedor de sus cuerpos, que era mas pestifero que el de los perros o gatos muertos; y así perecian sin remedio alguno, porque ni sabian qual lo fuese, ni que les hiciesen; porque no llevaban medico, ni tenian medicinas, ni aunque las hubiera se entendia que les pudieran aprovechar, porque quando sentian la calenturilla ya estaban corrompidos; cá tenian el vientre y las tripas verdes como yerbas dende ei pecho abaxo.

De esta manera empezaron á morir algunos con grande horror y escandalo de los compañeros, de cuyo temor mucho de ellos usaron del remedio que los Indios hacian para preservarse y socorrerse en aquella necesidad; y era, que quemaban

cierta yerba que ellos conocian, y de la ceniza hacian legia, y en ella como en salsa mojaban lo que comian, y con esto se preservaban de morir podridos como los Españoles, los quales muchos de ellos, por ser sobervios y presuntuosos, no querian usar de este remedio, por parecerles cosa sucia é indecente á su calidad; y decian que era baxeza hacer lo que los Indios hacian, y estos tales fueron los que murieron: y quando en su mal pedían la legia ya no les aprovechaba, por ser pasada la coyuntura que debia de preservar que no viniese la corrupcion, mas despues de llegada no debia ser bastante para remediarla, como no remedió á los que la pidieron tarde: castigo merecido de soberbios, que no hallen en la necesidad lo que despreciaron en la abundancia. Así murieron mas de sesenta Españoles en la temperada que les faltó la sal,

que fue casi un año, y en su lugar diremos como hicieron sal, y socorrieron su necesidad,

Asimismo es de advertir, que quando el Gobernador llegó á Chicaza, por la mucha variedad de lenguas que halló, conforme á las muchas provincias que habia pasado, que casi cada una tenia su lenguage diferente de la otra, éran menester diez, doce y catorce interpretes para hablar á los caciques é Indios de aquellas provincias; y pasaba la razon dende Juan Ortiz hasta el postrero de los interpretes, los quales se ponian como atenores para recibir y dar la razon al otro, segun se iban entendiendo unos á otros. Con este trabajo y cansancio pedia y recibia el Adelantado las relaciones de las cosas, que de toda aquella gran tierra le convenia informarse. Este trabajo faltaba en los Indios é Indias particulares que de qualquie-

ra provincia los nuestros para su servicio prendian, porque dentro de dos meses que hubiesen comunicado con los Españoles, entendian á sus amos lo que en la lengua castellana les hablaban, y ellos en la misma lengua daban á entender lo que les era forzoso y mas comun, y á seis meses que hubiesen conversado con los Castellanos, servian de interpretes para con otros nuevos Indios. Toda esta habilidad mostraban en el lenguage, y para otra qualquiera cosa la tenian muy buena todos los de este gran reyno de la Florida.

Del alojamiento de Alibanio, que fue el postrero de la provincia de Chicaza, salio el exercito pasados los quatro dias que por necesidad de los heridos allí estuvo; y al fin de otros tres que caminó por un despoblado, llevando siempre la via al Norte, por huir de la mar, llegó á

dar vista á un pueblo llamado Chisca, el qual estaba cerca de un rio grande, que por ser el mayor de todos los que nuestros Españoles en la Florida vieron, le llamaron el rio grande, sin otro renombre. Juan Coles en su relacion dice, que este rio se llamaba en lengua de los Indios Chucagua, y adelante haremos mas larga mencion de su grandeza, que será de admiracion. Los Indios de esta provincia Chisca, por la guerra continua que con los de Chicaza tienen, y por el despoblado que entre las dos provincias hay, no sabian cosa alguna de la ida de los Españoles a su tierra, y así estaban descuidados. Los nuestros, luego que vieron el pueblo, sin guardar orden arremetieron á él, prendieron muchos Indios é Indias de todas edades, y saquearon todo lo que en él hallaron, como si fuera de los de la provincia de Chicaza, don-

de tan mal les habian tratado.

A un lado del pueblo estaba la casa del curaca puesta en un cerrillo alto hecho á mano, que servia de fortaleza. No podian subir á ella sino por dos escaleras. A esta casa se recogieron muchos Indios: otros se acogieron á un monte muy bravo que habia entre el pueblo y el rio grande. El señor de aquella provincia se llamaba Chisca, como ella misma. Estaba enfermo en la cama, y era ya viejo. El qual, sintiendo el ruido y alboroto que en el pueblo andaba, se levantó y salió de su aposento; y como viese el robo y prision de sus vasallos, tomó una hacha de armas, y á toda furia iba á decendir, haciendo grandes fieros que habia de matar quantos en su tierra hubiesen entrado sin su licencia. Estas bravatas hacia, y no tenia el triste persona ni fuerzas para matar un gato; porque demas de es-

tar enfermo, era un viejecito pequeño de cuerpo, que en todos quantos Indios vieron estos Españoles en la Florida, no vieron otro de tan ruin persona; empero el ánimo de las valentias y hazañas de su mocedad, que habia sido belicoso, y el señorio de una provincia tan grande y buena como la suya, le daban esfuerzo á hacer aquellos fieros y otros mayores.

Sus mugeres y criados se asieron de él, y con lagrimas y ruegos, encareciendo la falta de su salud, le detuvieron que no baxase; y los Indios que subian del pueblo le dixeron, que los que habian venido eran hombres nunca vistos ni oidos, y que eran muchos, y traian unos animales muy grandes y ligeros; que si queria pelear con ellos, mirase que los suyos estaban descuidados y no apercibidos, que para vengar su injuria apellidase la gente que

habia en la comarca, y aguardase mejor coyuntura, y entretanto fingiese toda buena apariencia de amistad, y se acomodase con las ocasiones conforme ellas se ofreciesen, ó de paciencia y sufrimiento, ó de ira y venganza, y no quisiese hacer inconsideradamente alguna temeridad para mayor ofensa suya y daño de sus vasallos. Con estas razones, y semejantes que sus mugeres, criados y vasallos dixeron al curaca, lo detuvieron á pelear con los christianos; mas él quedó tan enojado, que un recaudo que el Gobernador, sabiendo que estaba en su casa, le enviaba de paz y amistad, no quiso oir, diciendo que no queria escuchar recaudo de quien le habia ofendido, sino hacerle guerra á fuego y á sangre, y así se la declaraba dende luego porque no se descuidase, que pensaba degollarlos presto á todos juntos.

CAPÍTULO XXIV.

Los Españoles vuelven el saco al curaca Chisca : huelgan de tener paz con él.

El General, sus capitanes y soldados, que de todo el invierno pasado venian hartos y ahitos de pelear, y traian muchos heridos y enfermos, asi hombres como caballos, ninguna inclinacion tenian á la guerra sino á la paz; y con el deseo de ella, confusos de haber saqueado el pueblo, y de haber enojado al curaca, le enviaron otros muchos recaudos, con todas las buenas palabras, blandas y suaves que se sufrian decir; porque demas de los inconvenientes que los Españoles traian consigo, vieron que en menos de tres horas que hubieron llegado al pueblo, se habian juntado con el cacique casi quatro mil hombres de guerra, to-

dos apercibidos de sus armas, y temieron los nuestros, que pues aquellos se habian juntado en tan breve tiempo, vendrian muchos mas adelante. Vieron asimismo, que el sitio del lugar, asi en el pueblo como fuera de el, era muy bueno y favorable para los Indios, y malo y desacomodado para los Castellanos; porque por los muchos arroyos y montes que en todo aquel espacio habia, no podian aprovecharse de los caballos, como era menester para ofender á los Indios; y lo que les era de mayor consideracion, y ellos lo traian bien experimentado era ver, que con la guerra y batallas no medraban nada, sino que antes se iban consumiendo: porque de dia en dia les mataban hombres y caballos, por todo lo qual instaban á la paz con mucho deseo de ella.

Al contrario entre los Indios, despues que se juntaron á consultar

los recaudos de los nuestros, habia muchos que deseaban la guerra, porque estaban lastimados con la prision de sus mugeres, hijos, hermanos y parientes, y con la hacienda robada; y para restituirse en todo lo perdido, les parecia, segun la ferocidad de sus ánimos, que no tenian camino mas corto que el de las armas, y qualquiera otro se les hacia largo; y deseando verse ya en la batalla, contradecian la paz, sin dar razon alguna mas que la de su pérdida. Asimismo habia otros Indios, que sin haber perdido cosa alguna que deseasen cobrar, sino solo por mostrar sus fuerzas y valentia, y por la natural inclinacion que generalmente tienen à la guerra, contradecian la paz. Los quales proponian era caso de honra diciendo, que seria bien experimentar qué hombres eran en las armas aquellos tan extraños y no conocidos, y á

donde llegaban sus fuerzas y ánimo: y para que ellos y otros por ellos escarmentasen en lo por venir de ir á sus tierras, seria muy bien hecho darles á conocer su esfuerzo y valentia. Otros Indios hubo mas pacíficos y cuerdos, que dixeron se debia aceptar la paz y amistad que los Españoles ofrecian, porque con ella mas seguramente que con la guerra y enemistad podian cobrar las mugeres é hijos presos, y la hacienda perdida, y asegurar, que la que se podia perder, como era ver quemar sus pueblos, y talar los campos en tiempo que las mieses estaban cerca de sazonar, no se perdiese, y que no habia para qué experimentar quan valientes fuesen aquellas gentes; pues la razon claramente les decia, que hombres que tantas tierras de enemigos habian pasado para llegar á las suyas, no podian dexar de ser valentisimos, cu-

ya paz y concordia les era mejor que la guerra : la qual sin los daños propuestos causarian la muerte de muchos de ellos , la de sus hermanos , parientes y amigos ; y darian venganza de sí á sus enemigos los Indios comarcanos. Por tanto seria mejor aceptasen la amistad, y viesen como les iba con ella; que quando no les fuese bien , con mucha facilidad , y con mas ventajas que las que entonces tenian , podrian volver á tomar las armas , y salir con lo que ahora pretendian.

Este consejo venció á los demas, y el curaca se inclinó á él , y guardando su enojo para quando se ofreciese mejor ocasion, respondio á los mensageros del Gobernador diciendo , que ante todas cosas le dixesen qué era lo que los Castellanos querian ; y siéndole respondido que no mas de que les desembarazasen el pueblo para su alojamiento , y les

diesen la comida que hubiesen menester, que seria poca, porque ellos pasaban de camino, y no podian parar mucho en su tierra, dixo, que era contento de concederles la paz y amistad que le pedian, desocupar el pueblo, y dar el bastimento, con condicion que soltasen luego sus vasallos, y les restituyesen toda la hacienda que les habian tomado, sin que de ella faltase ni una sola olla de barro: palabras fueron suyas, y que no subiesen á su casa, ni le viesen, que con estas condiciones el seria amigo de los Españoles, donde no, que los desafiaba luego á la batalla.

Los nuestros aceptaron las condiciones, porque no habian menester la gente que habian preso, que ellos traian servicio bastante, y la hacienda toda era una miseria de gamuzas, y algunas mantas, pocas y pobres. Todo se les restituyo, que

no faltó ni una olla de barro, como dixo el curaca. Los Indios desocuparon el pueblo, y dexaron la comida que en sus casas tenian para los Castellanos. Los quales, por causa de los enfermos, porque se regalasen, pararon en aquel pueblo llamado Chisca seis dias. El último de ellos, con permision del cacique, que ya estaba menos enojado, le visitó el Gobernador, y le agradeció la amistad y hospedage, y otro dia siguiente se partió en demanda de su viage y descubrimiento.

CAPITULO XXV.

Salen los Españoles de Chisca: hacen barcas para pasar el rio grande. Llegan á Chasquin.

Habiendo salido el exército de Chisca, anduvo quatro jornadas pequeñas de á tres leguas, que la indisposicion de los heridos y enfer-

mos no consentia que fuesen mas largas, y todos quatro dias caminaron el rio arriba. Al fin de ellos llegaron á un paso por donde se podia pasar el rio grande, no que se vadease, sino que tenia paso abierto para llegar á él: porque en todo lo de atras de su ribera habia monte grandísimo y muy cerrado, y tenia las barrancas de una parte y otra muy altas y cortadas, que no podian subir ni baxar por ellas. En este paso fue necesario que el Gobernador y su exército parasen veinte dias, porque para pasar el rio era menester se hiciesen barcas ó piraguas como las que se hicieron en Chicaza, porque luego que los nuestros llegaron al paso del rio, se mostraron de la otra parte mas de seis mil Indios de guerra, bien apercibidos de armas, y gran número de canoas para defenderles el paso.

Otro dia despues que el Gober-

nador llegó á este alojamiento, vinieron quatro Indios principales con embaxada del señor de aquella misma provincia donde los Españoles estaban, cuyo nombre, por haberse ido de la memoria, no se pone aquí. Puestos ante el General, sin haber hablado palabra, ni hecho otro semblante alguno, volvieron los rostros al Oriente, é hicieron una adoracion al sol con grandisima reverencia: luego volviéndose al Poniente hicieron otra no tan grande á la luna, y luego, enderezandose hácia el Gobernador, le hicieron otra menor: de manera que todos los circunstantes notaron las tres maneras de veneracion que habian hecho, por sus grados. Luego dieron su embaxada diciendo, que el curaca, su señor, todos sus caballeros, y la demas gente comun de su tierra, les enviaban á que en nombre de todos ellos le diesen la bien venida, y le

ofreciesen su amistad y concordia, y el servicio que su señoria gustase recibir de ellos. El Adelantado les dixo muy buenas palabras, y les envió muy contentos de su afabilidad.

Todo el tiempo que los Españoles estuvieron en aquel alojamiento, que fueron veinte dias ó mas, sirvieron estos Indios al exército con mucha paz y amistad; empero el curaca principal nunca vino á ver al Gobernador, antes se anduvo excusando con achaques de falta de salud: de donde se entendió que hubiese enviado la embaxada, y hecho el demas servicio por temor de que no le talasen los campos, que estaban fertiles, y cerca de sazonar los frutos, y porque no les quemasen los pueblos, mas que no por amor que tuviese á los Castellanos, ni deseo de servirles. Con la mucha diligencia y trabajo que en hacer

las barcas los Españoles pusieron, que todos trabajaban en ellas sin diferencia alguna de capitanes á soldados, antes era tenido por capitan el que mas trabajo ponia en ellas, echaron al cabo de quince dias dos barcas al rio, acabadas de todo punto, y de noche y de dia las guardaban con mucho cuidado, porque los enemigos no se las quemasen, los quales en todo el tiempo que los Españoles se ocupaban en su trabajo, no cesaron de molestarlos en las canoas, que las tenian muchas y muy buenas, que hechos sus esquadrones, unas veces baxando el rio abaxo, otras subiendo el rio arriba, al emparejar les echaban muchas flechas, y los Españoles se defendian y los apartaban de si con los arcabuces y ballestas con que les hacian mucho daño, porque de sus reparos tiraban a no perder tiro, y hacian hoyos en las orillas del rio, donde se

escondian porque los Indios llegasen cerca. Al fin de los veinte dias que los Castellanos entendian en hacer las barcas, tenian quatro en el agua, en las quales cabian ciento y cincuenta infantes y treinta caballos, y para que los Indios las viesen bien, y entendiesen que no les podian ofender, las llevaron a vela y remo el rio arriba y abaxo. Los infieles, reconociendo que no podian defender el paso, acordaron alzar su Real é irse á sus pueblos.

Los Españoles sin contradicion alguna pasaron el rio en sus piraguas, y en algunas canoas que con su buena industria habian ganado á los enemigos. Deshechas las barcas, por guardar la clavazon, que era muy necesaria, pasaron adelante en su viage, y habiendo caminado quatro jornadas por tierras despobladas, al quinto dia asomaron por unos cerros altos, y descubrieron un pueblo de

quatrocientas casas, asentado á la ribera de un rio, mayor que Guadalquivir por Córdoba. En toda la ribera de aquel rio y su comarca habia muchas sementeras de maiz ó zara, y gran cantidad de árboles frutales, que mostraban ser la tierra muy fértil. Los Indios del pueblo, que ya tenian noticia de la ida de los Castellanos, salieron en comunidad, sin personage señalado, á reconocer al Gobernador, le ofrecieron sus personas, casas y tierras y le dixeron, que de todo le hacian señor. Desde á poco vinieron de parte del curaca dos Indios principales, acompañados de otros muchos, y de nuevo, en nombre del señor y de todo su estado, ofrecieron al General, como lo habian hecho los primeros, su vasallage y servicio: y el Gobernador los recibió con mucha afabilidad, y les dixo muy buenas palabras, con

que se volvieron muy contentos.

Este pueblo, toda su provincia, y el curaca, Señor de ella, habian un mismo nombre, y se llamaban Casquin. Por la mucha comida que tenia para la gente, por regalar los enfermos y tambien los caballos descansaron los Españoles seis dias, los quales pasados, fueron en otros dos al pueblo, donde el cacique Casquin residia, que éstaba en la misma riberá, siete leguas el rio arriba, toda tierra muy fertil y poblada, aunque los pueblos eran pequeños, de á quince, veinte, treinta y quarenta casas. El cacique, acompañado de mucha gente noble, salió á recibir al Gobernador, y le ofrecio su amistad, servicio y su propia casa en que se alojase, la qual estaba en un cerro alto hecho á mano en un lado del pueblo, donde habia doce ó trece casas grandes, en que el curaca tenia toda su familia de muge-

res y criados, que eran muchos. El Gobernador dixo, que aceptaba su amistad, mas no su casa, por no desacomodarle, y holgó de aposentarse en una huerta que el mismo cacique señaló, quando vio que no queria sus casas, donde los Indios, sin una buena casa que en ella habia, hicieron con mucha presteza grandes y frescas ramadas, que eran asi menester, por ser ya mayo y hacer calor. El exército se alojó parte en el pueblo, y parte en las huertas, donde todos eetuvieron muy á placer.

CAPITULO XXVI.

Hacese una solemne procesion de Indios y Españoles para adorar la Cruz.

Tres dias habia que el exército estaba alojado en el pueblo llamado Casquin, con mucho contento de Indios y Españoles, quando al quarto dia el curaca, acompañado de toda la nobleza de su tierra, que la habia hecho convocar para aquella solemnidad, se puso ante el Gobernador, y habiendo el y todos los suyos hecho una grandisima reverencia, le dixo: Señor, como nos haces ventaja en el esfuerzo y en las armas, así creemos que nos la haces en tener mejor Dios que nosotros. Estos que ves aqui, que son los nobles de mi tierra, que por la baxeza de su estado y poco merecimiento no osaron parecer delante de ti, y yo con

todos ellos, te suplicamos tengas por bien de pedir á tu Dios que nos llueva, que nuestros sembrados tienen mucho necesidad de agua. El General respondió, que aunque pecadores todos los de su exército, y él, suplicarian á Dios nuestro Señor les hiciese merced, como padre de misericordias. Luego en presencia del cacique mandó á maestre Francisco Ginovés, gran oficial de Carpinteria, y de fabrica de navios, que de un pino, el mas alto y grueso que en toda la comarca se hallase, hiciese una cruz.

Tal fue el que por aviso de los mismos Indios se cortó, que despues de labrado, quiero decir, quitada la corteza, y redondeado á mas ganar, como dicen los carpinteros, no lo podian levantar del suelo cien hombres. El maestro hizo la cruz en toda perfeccion, en cuenta de cinco y tres, sin quitar nada al arbol de

su altor: salió hermosisima por ser tan alta. Pusieronla sobre un cerro alto hecho á mano, que estaba sobre la barranca del rio, y servia à los Indios de atalaya, y sobrepujaba en altura á otros cerrillos que por alli habia. Acabada la obra, que gastaron en ella dos dias, y puesta la cruz, se ordenó el dia siguiente una solemne procesion, en que fue el General, los capitanes, y la gente de mas cuenta, y quedó á la mira un esquadron armado de los infantes y caballos que para guarda y seguridad del exército era menester.

El cacique fue al lado del Gobernador, y muchos de sus Indios nobles fueron entremetidos entre los Españoles. Delante del General, de por sí aparte en un coro, iban los Sacerdotes, Clérigos y Frayles, cantando las Letanias, y los soldados respondian. De esta manera fueron un buen trecho mas de mil hombres,

entre fieles é infieles, hasta que llegaron donde la cruz estaba, y delante de ella hincaron todos las rodillas, y habiéndose dicho dos ó tres oraciones, se levantaron, y de dos en dos fueron primero los Sacerdotes, y con los hinojos en tierra adoraron la cruz y la besaron. En pos de los Eclesiasticos fue el Gobernador y el cacique con él, sin que nadie se lo dixese, é hizo todo lo que vió hacer al General, y besó la cruz. Tras ellos fueron los demas Españoles é Indios, los quales hicieron lo mismo que los Christianos hacian.

De la otra parte del rio habia quince ó veinte mil animas de ambos sexôs, y de todas las edades, los quales estaban con los brazos abiertos, y las manos altas, mirando lo que hacian los Christianos: y de quando en quando alzaban los ojos al cielo, haciendo ademanes con ma-

nos y rostro, como que pedian á Dios oyese á los Christianos su demanda. Otras veces levantaban un alarido baxo y sordo, como de gente lastimada, y á los niños mandaban que llorasen, y ellos hacian lo mismo. Toda esta solemnidad y ostentaciones hubo de la una parte y otra del rio al adorar de la cruz, las quales al Gobernador y á muchos de los suyos movieron á mucha ternura, por ver que en tierras tan extrañas, y por gente tan alejada de la doctrina christiana, fuese con tanta demostracion de humildad y lágrimas adorada la insignia de nuestra redencion. Habiendo todos adorado la cruz de la manera que se ha dicho, se volvieron con la misma órden de procesion que habian llevado, y los Sacerdotes iban cantando el *Te Deum laudamus* hasta el fin del cántico, con que se concluyó la solemnidad de aquel dia, habiendo-

se gastado en ella largas quatro horas de tiempo.

Dios nuestro Señor, por su misericordia, quiso mostrar a aquellos gentiles, como oye á los suyos que de veras lo llaman, que luego la noche siguiente, de media noche adelante, empezó a llover muy bien, y duró el agua otros dos dias, de que los Indios quedaron muy alegres y contentos, y el curaca y todos sus caballeros, en la forma de la procesion que vieron hacer á los Christianos para adorar la cruz, fueron á rendir las gracias al Gobernador, por tanta merced como su Dios les habia hecho por su intercesion: y en suma con muy buenas palabras le dixeron, que eran sus esclavos, y de allí adelante se jactarian y preciarian de serlo. El Gobernador les dixo, que diesen las gracias á Dios que crió el cielo y la tierra, y hacia aquellas misericordias y otras mayores.

Hanse contado estas cosas con tanta particularidad, porque pasaron asi, y porque fue órden y cuidado del Gobernador, y de los Sacerdotes que andaban con él, que se adorase la cruz con toda solemnidad que les fuese posible; porque viesen aquellos gentiles la veneracion en que la tenian los Christianos. Todo este capítulo de la adoracion cuenta muy largamente Juan Coles en su relacion, y dice que llovió quince dias. Acabadas estas cosas, habiendo ya nueve ó diez dias que estaban en aquel pueblo, mandó el Gobernador se apercibiese el exército para caminar el dia siguiente en demanda de su descubrimiento.

El cacique Casquin, que era de edad de cincuenta años, suplicó al Gobernador le diese licencia para ir con él, y permitiese que llevase gente de guerra y de servicio, los unos para que acompañasen el exército,

y los otros para que llevasen el bastimento, porque habian de ir por tierras despobladas, y para que limpiasen los caminos, y en los alojamientos traxesen leña y yerba para los caballos. El Gobernador le agradeció su buen comedimiento, y le dixo, que hiciese lo que mas su gusto fuese, con lo qual salió el curaca muy contento, y mandó apercibir, ó ya lo estaba, gran número de gente de guerra y servicio.

CAPITULO XXVII.

Indios y Españoles van contra Capaha: descríbese el sitio de su pueblo.

Es de saber, para mayor claridad de nuestra historia, que este cacique Casquin, y sus padres, abuelos y antecesores, de muchos siglos atrás, tenian guerra con el Señor y Señores de otra provincia llamada Ca-

paha, que confinaba con la suya. Los quales, porque eran mayores Señores de tierra y vasallos, habian traido y traian siempre a Casquin arrinconado, y casi rendido, que no osaba tomar las armas, por no enojar a Capaha, y por no irritarle á que le hiciese el daño, que como mas poderoso podia. Estaba quieto: solo se contentaba con guardar sus términos, sin salir de ellos, ni dar ocasion á que le ofendiesen, si con los tiranos basta no darsela. Pues como ahora viese Casquin la buena coyuntura que se le ofrecia, para con la fuerza y poder ageno vengarse de todas sus injurias pasadas, y él fuese sagaz y astuto, pidió al Gobernador la licencia que hemos dicho, con la qual, y con la intencion de vengarse, sacó sin la gente de servicio cinco mil Indios de guerra, bien apercibidos de armas, y adornados de grandes plumages,

que por ningnna cosa saldrán de sus casas sin estas dos. Llevó tres mil Indios cargados de comida, los quales tambien llevaban sus arcos y flechas.

Con este aparato salió Casquin de su pueblo, habiendo pedido licencia para ir delante con su gente, con achaque de descubrir los enemigos si los hubiese, y de tener proveidos los alojamientos de las cosas necesarias para quando el exército Español llegase. Saco su gente en esquadron formado, dividido en tres tercios, vanguardia, batalla y retaguardia, en toda buena orden militar. Un quarto de legua en pos de los Indios salieron los Españoles, y asi caminaron todo el dia. La noche se alojaron los Indios delante de los Castellanos. Pusieron sus centinelas tambien como los nuestros, y entre las unas centinelas y las otras pasaba la ronda de a caballo. Con esta

órden caminaron tres jornadas, y al fin de ellas llegaron á una cienega muy mala de pasar, que á la entrada y la salida tenia grandes atolladeros, y el medio era de agua limpia, mas tan honda que por espacio de veinte pasos se habia de nadar: esta cienega era término de las dos provincias enemigas de Casquin y Capaha. La gente pasó por unas malas puentes que habia hechas de madera: los caballos pasaron á nado y con mucho trabajo, por los pantanos que á las orillas de una parte y otra de la cienega habia. Tardaron todo el quarro dia en pasarla, y á media legua de ella se alojaron los Indios y Españoles en unas hermosisimas dehesas de tierra muy apacible. Otras dos jornadas caminaron pasada la cienega, y al tercero dia bien temprano llegaron á unos cerros altos, de donde dieron vista al pueblo principal de Capaha, que era

frontera, y defensa de toda la provincia contra la de Casquin, y por ende lo tenian fortificado de la manera que dirémos. El pueblo tenia quinientas casas grandes y buenas: estaba en un sitio algo mas alto y eminente que los derredores: teníanlo hecho casi isla con una cava ó foso de diez ó doce brazas fondo, y de cincuenta pasos en ancho, y por donde menos de quarenta, hecho á mano, el qual estaba lleno de agua, y la recibia del rio grande que atrás hicimos mencion, que pasaba tres leguas arriba del pueblo. Recibiala por una canal abierto á fuerza de brazos, que desde el foso iba hasta el rio grande á tomar el agua: la canal era de tres estados de fondo, y tan ancha que dos canoas de las grandes baxaban y subian por ellas juntas sin tocar los remos de la una con los de la otra. Este foso de agua tan ancho como hemos dicho, rodeaba

las tres partes del pueblo, que aun no estaba acabada la obra: la otra quarta parte estaba cercada de una muy fuerte palizada, hecha pared, de gruesos maderos hincados en tierra, pegados unos á otros, y otros atravesados, atados y embarrados, con barro pisado con paja, como ya lo hemos dicho arriba. Este gran foso y su canal tenia tanta cantidad de pescado, que todos los Españoles é Indios que fueron con el Gobernador se hartaron de él, y pareció que no le habian sacado un pece.

El cacique Capaha, quando sus enemigos los Casquines asomaron á dar vista al pueblo, estaba dentro, mas pareciéndole que por estar su gente desapercibida, y por no tener tanta como fuera menester no podian resistir á sus contrarios, les dió lugar, y antes que llegasen al pueblo se metió en una de las canoas que en el foso tenia, y se fue por la ca-

nal hasta el rio grande, á guarecerse en una isla fuerte que en él tenia. Los Indios del pueblo que pudieron haber canoas, fueron en pos de su señor: otros que no las pudieron haber se huyeron á los montes que por alli cerca habia, y otros mas tardios y desdichados quedaron en el pueblo. Los Casquines, hallandolo sin defensa, entraron en él, no de golpe, sino con recato y temor no hubiese dentro alguna celada de enemigos, que aunque llevaban el favor de los Españoles, todavia, como gente muchas veces vencida, temian á los de Capaha, que no podian perderles el miedo, la qual dilacion dio lugar á que mucha gente del pueblo, hombres, mugeres y niños se escapasen huyendo.

Despues que los Casquines se certificaron que no habia en el pueblo quien los contradixese, mostraron bien el odio y rencor que a los

moradores de él tenian, porque mataron los hombres que pudieron haber á las manos, que fueron mas de ciento y cincuenta, y les quitaron los cascos de la cabeza, para se los llevar á su tierra en señal de blason, que entre todos estos Indios se usa de gran vitoria y venganza de sus injurias. Saquearon todo el pueblo, robaron particularmente las casas del Señor, con mas contento y aplauso qne otra alguna; porque eran suyas, cautivaron muchos muchachos, niños y mugeres, y entre ellas dos hermosísimas mozas, mugeres de Capaha, de muchas que tenia, las quales no habian podido embarcarse con el cacique su marido, por la turbacion y mucha priesa que el sobresalto de la no pensada venida de los enemigos les habia causado.

CAPITULO XXVIII.

Saquean los Casquines el pueblo y entierro de Capaha: van en su busca.

No se contentaron los Casquines con haber saqueado la casa del curaca, robado el pueblo, y hecho la mortandad y prisioneros que pudieron, sino que fueron al templo que estaba en una plaza grande que el pueblo tenia, el qual era entierro de todos los señores que habian sido de aquella provincia, padres, abuelos y antecesores de Capaha. Aquellos templos y entierros, como ya en otras partes se ha dicho, son lo mas estimado y venerado que entre estos Indios de la Florida se tiene, y creo que es lo mismo en todas naciones, y no sin mucha razon, porque son reliquias, no digo de Santos, sino de los pasados que

nos los representan al vivo. A este templo fueron los Casquines, convocándose unos á otros para que todos gozasen del triunfo. Y como entendiesen lo mucho que Capaha, soberbio, y altivo por no haber sido hasta entonces ofendido de ellos, habia de sentir que sus enemigos hubiesen tenido atrevimiento de entrar en su templo y entierro á menospreciarlo, no solamente entraron en él, empero hicieron todas las ignominias y afrentas que pudieron, porque saquearon todo lo que en el templo habia de riqueza y ornato, despojos y trofeos que se habian hecho de las pérdidas de sus antepasados.

Derribaron por el suelo todas las arcas de madera que servian de sepulturas, y para satisfaccion y venganza propria, y afrenta de sus enemigos echaron por tierra los huesos y cuerpos muertos que en las arcas

habia, y no se contentó con los derramar por el suelo, sino que los pisaron y cocearon con todo vilipendio y menosprecio. Quitaron muchas cabezas de Indios Casquines, que los de Capaha habian puesto por señal de triunfo y vitoria, en puntas de lanzas á las puertas del templo, y en lugar de ellas pusieron otras cabezas que ellos aquel dia cortaron de los vecinos del pueblo: en suma, no dexaron de pensar cosa que no la hiciesen. Quisieron quemar el templo, las casas del curaca, y todo el pueblo, mas no osaron por no enojar al Gobernador. Todas estas cosas hicieron los Casquines antes que el Gobernador entrase en el pueblo; el qual, luego que supo que Capaha se habia ido á la isla á fortalecerse en ella, le envió recaudos de paz y amistad, con Indios suyos de los que habian preso: mas él no quiso aceptarla, antes hizo lla-

mamiento de su gente para vengarse de sus enemigos.

Lo qual, sabido por el Gobernador, mandó que se apercibiesen Indios y Españoles para ir á combatir la isla. El cacique Casquin le dixo, que su señoria esperase tres o quatro dias á que viniese una armada de sesenta canoas que mandaria traer de su tierra, que eran menester para pasar á la isla, la qual armada habia de subir por el rio grande, que tambien pasaba por tierras del Casquin. El qual mandó á sus vasallos, que á toda diligencia fuesen y viniesen con las canoas, que habia de ser venganza de ellos y destruccion de los enemigos. Entre tanto no cesaba el Gobernador de enviar recaudos de paz y amistad á Capaha; mas viendo que no aprovechaban, y sabiendo que las canoas subian ya por el rio arriba, mando salir el exercito a recibirlas,

é ir por agua y tierra donde los enemigos estaban. Salieron los Castellanos al quinto dia de como llegaron al pueblo de Capaha.

Los Indios Casquines, por hacer daño en las sementeras de sus enemigos, caminaron hechos una ala de media legua en ancho, talando y destruyendo quanto por delante topaban. Hallaron muchos Indios de los suyos que estaban cautivos, y servian de caseros en los heredamientos y campos de los de Capaha: á los esclavos, porque no se les huyesen, les deszocaban uno de los pies, como ya hemos dicho de otros, y con prisiones crueles y perpetuas los tenian como á esclavos, mas por señal de victoria, que por el provecho y servicio que les podian hacer: pusiéronlos en libertad los Casquines, y los enviaron á su tierra. El Gobernador, y el cacique Casquin llegaron con sus exercitos al rio

Grande, y hallaron que Capaha estaba fortalecido en la isla con palenques de madera gruesa, que la atravesaban de una parte á otra; y como tuviese mucha maleza de zarzas y monte que la isla criaba, estaba mala de entrar, y peor de andar por ella. Por esta aspereza, y por la mucha y muy buena gente de guerra que Capaha tenia dentro, se aseguraba que no se la ganasen. Con todas estas dificultades mandó el Gobernador que en veinte canoas se embarcasen doscientos Castellanos infantes, y en las demas fuesen tres mil Indios, y todos juntos acometiesen la isla, y procurasen ganarla como buenos guerreros. Con esta orden fueron en las setenta canoas el número de Indios y Españoles que se ha dicho. Al saltar en tierra hubo una desgracia que lastimo generalmente á todos los Castellanos, y fue, que uno de ellos

llamado Francisco Sebastian, natural de Villanueva de Barcarrota, que habia sido soldado en Italia, gentil hombre de cuerpo y rostro, muy alegre de su condicion, se ahogó por darse priesa a saltar en tierra con una lanza, hincando el recaton en el suelo, y no pudiendo alcanzar la tierra, por haber rehuido la canoa para atras, cayó en el agua, y por llevar una cota vestida se fue luego a fondo, que no pareció mas. Poco antes yendo en la canoa, habia estado como otras veces muy regocijado con sus compañeros, y dicholes mil gracias y donayres, y entre otras habia dicho éstas. La mala ventura me truxo a estos desesperaderos, que Dios en buena tierra me habia echado, que era en Italia, donde segun el uso del lenguage, me hablaban de Señoria, como si yo fuera señor de vasallos, y vosotros aqui aun no os preciais de ha-

biarme de tú, y allá, como gente generosa y caritativa, me regalaban y socorrian en mis necesidades, como si yo fuera hijo de ellos. Esto tenia yo en la paz y en la guerra: si acertaba a matar algun enemigo turco, moro ó frances, no faltaba que despojarle, armas vestidos ó caballos, que siempre me valian algo; mas aquí he de pelear con un desnudo, que anda saltando diez ó doce pasos delante de mí, flechándome como á fiera, sin que le pueda alcanzar; y ya que mi buena dicha me ayuda y le alcance y mate, no hallo que quitarle, sino un arco y un plumage, como si me fuera de provecho; y lo que mas siento es, que el lucero de Italia, llamado así por famoso astrologo judiciario, me dixo que me guardase de andar en el agua, que habia de morir ahogado, y parece que me truxo la desdicha á tierra donde nunca salimos

del agua. Estas cosas y otras semejantes habia dicho Francisco Sebastian poco antes que se ahogara, que causaron mucha lástima á sus compañeros.

Los quales á la primera arremetida, á pesar de los enemigos, tomaron tierra, y con mucho ánimo y esfuerzo ganaron el primer palenque, y los llevaron retirando hasta el segundo, con que pusieron tanto temor y espanto á las mugeres, niños y gente de servicio que en la isla habia, que á mucha priesa dando gritos se embarcaron en sus canoas para huir por el rio adelante. Los Indios que estaban puestos para defensa del segundo palenque, viendo á su cacique delante, y conociendo el peligro que sus mugeres, hijos y todos corrian de ser esclavos de sus enemigos, y que en sola aquella batalla, sino peleaban como hombres y la vencian, perdian toda la honra

y gloria que sus pasados les habian dexado, arremetieron con gran furia como desesperados, avergonzando á los que se habian retirado, y huido de los Casquines, pelearon con gran esfuerzo, hirieron muchos Españoles, y los detuvieron, que ellos ni los Indios no pasaron adelante.

CAPITULO XXIX.

Huyen los Casquines de la batalla: Capaba pide paz al Gobernador.

Viendo los Indios de Capaha que habian detenido el ímpetu de sus enemigos, cobrando con el hecho victorioso mayor ánimo y esfuerzo, dixeron a los Casquines: Pasad adelante cobardes á prendernos y llevarnos por esclavos, pues habeis osado entrar en nuestro pueblo á ofender á nuestro Principe como lo habeis ofendido. Acuerdeseos bien

lo que habeis hecho, para quando los extrangeros se hayan ido, que entonces verémos que hombres sois vosotros para la guerra.

Solas estas palabras fueron parte para que los Casquines, como gente amedrentada, y otras muchas veces vencida, no solamente dexasen de pelear, mas que totalmente perdiesen el animo, y á espaldas vueltas huyesen á las canoas sin respeto alguno de su cacique, ni temor de las voces y amenazas que los Españoles y el Gobernador les hacian porque no dexasen desamparados los doscientos Christianos que con ellos habian ido. Y así huyendo, como si los vinieran alanceando, tomaron sus canoas, y quisieron tomar las que los Castellanos habian llevado, sino que hallaron en cada una de ellas dos Christianos que habian quedado para guarda de ellas, que se las defendieron á golpe de espada,

que los Indios quisieron llevárselas todas, porque los enemigos no tuvieran con que seguirles.

Con esta vileza y poquedad de ánimo huyeron los Casquines, habiendo entendido poco antes ganar la isla con el favor y ayuda de los Españoles, sin que sus contrarios osaran tomar las armas. Nuestros infantes, viendo que eran pocos contra tantos enemigos, y que no tenian caballos, que era la mayor fuerza de ellos para resistirles, empezaron á retirarse con buena órden, á donde habian dexado las canoas. Los Indios de la isla, viendo los Christianos solos, y que se retiraban, arremetieron a ellos con gran denuedo para matarlos. Mas el cacique Capaha, que era sagáz y prudente, quiso aprovecharse de esta ocasion para con ella ganar la gracia del Gobernador, y el perdon de la rebeldía y pertinacia que habia

tenido en no haber querido recibir la paz y amistad que siempre le habia ofrecido. Parecióle asimismo, que con aquella gentileza le obligaba á que no permitiese que los Casquines le hiciesen en su pueblo y sembrados mas del mal que le habian hecho, que lo habia sentido en extremo.

Con este acuerdo salió á los suyos, y á grandes voces les mandó, que no hiciesen mal á los Christianos, sino que los dexasen ir libremente. Por esta merced que Capaha les hizo escaparon de la muerte nuestros doscientos infantes, que si no fuera por su generosidad y cortesia murieran todos en aquel trance. El Gobernador se contentó por entonces con haber recogido los suyos vivos, por la magnanimidad de Capaha; la qual se estimó y engrandeció mucho entre todos los Españoles. El dia siguiente bien de ma-

ñana vinieron quatro Indios principales con embaxada de Capaha al Gobernador, pidiendole perdon de lo pasado, y ofreciendole su servicio y amistad en lo por venir, que no permitiese que sus enemigos le hiciesen mas daño en su tierra del que le habian hecho, y que suplicaba á su Señoria se volviese al pueblo, que el dia siguiente iria personalmente á besarle las manos, y darle la obediencia que le debia. Esto contenia en suma la embaxada, mas los Embaxadores la dieron con muchas palabras, y gran solemnidad de ceremonias, y ostentacion de respeto y veneracion que al sol y á la luna hicieron, y ninguna al cacique Casquin que estaba presente, como sino lo estuviera, antes hicieron que no lo habian visto.

El General respondió diciendo, que Capaha viniese quando él mas gustase, que siempre seria bien re-

cibido, que holgaba de aceptar su amistad, y que en su tierra no se le haria mas daño alguno ni en una hoja de un arbol; que del que se le habia hecho, habia sido él causa por no haber querido recibir la paz y amistad que tantas veces se le habia ofrecido; y que en lo pasado, le rogaba no se hablase mas cosa alguna. Con esta respuesta envió el Gobernador los Embaxadores muy contentos, habiéndolos regalado y acariciado con buenas palabras. Al Casquin no le plugó nada la embaxada de su enemigo, ni la respuesta del Gobernador; porque quisiera que Capaha perseveràra en su pertinacia para vengarse de él, y destruirle con el favor de los Castellanos. El Gobernador, luego que recibió la embaxada de Capaha, se volvio al pueblo, y por el camino mandó echar vando que ni Indio ni Español fuese osado á tomar cosa alguna que

fuese de daño á los de la provincia; y llegado al pueblo mandó, que los Indios de Casquin, así de guerra como de servicio, se fuesen luego á su tierra, quedando algunos de ellos para servir á su curaca, que quiso quedarse con el Gobernador. A medio dia, caminando el exército, vino una embaxada de Capaha al General diciendo, suplicaba á su Señoria le avisase de su salud, y estuviese cierto y seguro que el dia siguiente vendria á besarle las manos. A puesta de sol, que ya habian llegado al pueblo, vino otro Embaxador diciendo las mismas palabras; y estas dos embaxadas se dieron con las propias solemnidades y ceremonias que la primera de adorar al sol, á la luna y al Gobernador. El General respondió con mucha suavidad, y mandó regalar los mensageros, porque entendiesen que les tenia amistad. El dia siguiente á las

ocho de la mañana vino Capaha acompañado de cien hombres nobles, adornados de muy hermosos plumages, y mantas de todas suertes de pelleginas.

Antes que viese al Gobernador fue á ver su templo y entierro: debio de ser porque estaba en el camino para la posada del General, o porque sentia aquella afrenta mas que todas las que se le habian hecho: y como entrase dentro y viese el destrozo pasado, disumulando el sentimiento que tenia, levantó del suelo por sus manos los huesos y cuerpos muertos de sus antepasados que los Casquines habian echado por tierra, y habiendolos besado los volvió a las arcas de madera que servian de sepulturas; y habiendo acomodado aquello lo mejor que le fué posible, fue á su casa, donde estaba apesentado el Gobernador, el qual salió de su aposento á recibirle, y

lo abrazó con mucha afabilidad ; y habiendo hecho el curaca su ofrecimiento de vasallage , hablaron en muchas particularidades que el Gobernador le preguntó de su tierra, y de las provincias comarcanas, á las quales el cacique respondió con satisfaccion del General, y de los capitanes que estaban delante, en que mostró ser de buen entendimiento. Era Capaha de edad de veinte y seis ó veinte y siete años.

El qual viendo que el Gobernador cesaba de sus preguntas, y que no habia á que responderle, y por otra parte no pudiendo disimular mas el enojo que contra el cacique Casquin tenia , por las ofensas que le habia hecho ; del qual, aunque habia salido con el Gobernador á recibirle, y se habia hallado presente á todo lo que se habia hablado, nunca habia hecho caso , como si hubiera estado ausente , viendo pues

el campo sosegado, volvió el rostro á él, y le dixo: Contento estarás Casquin de haber visto lo que nunca imaginaste, ni de tus fuerzas lo esperabas, que es la venganza de tus enojos y afrentas: agradecelo al poder ageno de los Españoles: ellos se irán, y nosotros nos quedaremos en nuestras tierras, como antes nos estabamos. Ruega al sol y á la luna, nuestros dioses, que nos dén buenos temporales.

CAPITULO XXX.

Apadrina el Gobernador á Casquin dos veces: hace amigos á los dos curacas.

El Gobernador, antes que Casquin respondiese, preguntó á los Intérpretes, qué era lo que Capaha habia dicho, y habiendolo sabido, le dixo: que los Españoles no habian venido á sus tierras para los dexar

mas encendidos en sus guerras y enemistades que antes estaban, sino para ponerlos en paz y concordia; y que del enojo que los Casquines le habian dado, tenia él mismo la culpa, por no haber esperado en su pueblo quando los Castellanos vinieron á él, ó por no le haber enviado algun mensagero al camino: que si lo hiciera, no entraran sus enemigos en su pueblo ni en su término; y pues el daño pasado lo habia causado su propia inadvertencia, le rogaba tuviese por bien de perder la saña, y olvidar las pasiones que los dos hasta aquel dia habian tenido, y de allí adelante fuesen amigos y buenos vecinos; y que esto les pedia y encargaba á los dos, como amigo de ámbos; y si era menester, se lo mandaba, sopena de tener por enemigo al que no le obedeciese.

Capaha respondió al Gobernador, que por habérselo mandado su

señoría, y por servirle, holgaba de ser amigo de Casquin, y así se abrazaron como dos hermanos; mas el semblante de los rostros, ni el mirarse el uno al otro era de verdadera amistad; empero con la que pudieron fingir, hablaron los dos curacas con el General en muchas cosas, así de España como de las provincias que los Españoles habian visto en la Florida: duró la conversacion hasta que les avisaron que era hora de comer para que se pasasen á otro aposento, donde les tenian puesta la mesa para todos tres, porque el Gobernador siempre honraba á los caciques con sentarlos á comer consigo. El Adelantado se sentó á la cabecera de la mesa, y Casquin, que desde el primer dia que con el habia comido, se sentaba á su mano derecha, tomó el mismo asiento. Capaha que lo vió, dixo, sin mostrar mal semblante: Bien sabes Casquin

que ese lugar es mio por muchas razones, y las pricipales son, que mi calidad es mas ilustre, mi señorio mas antiguo, y mi estado mayor que el tuyo: por qualquiera de estas tres cosas no debieras tomar ese asiento, pues sabes que por cada una de ellas me pertenece.

El Gobernador, que andaba apadrinando á Casquin, pareciendole novedad lo que habia pasado, quiso saber lo que Capaha le habia dicho, y habiéndole entendido, le dixo: Puesto que todo eso que habeis dicho sea verdad, es justo que la antigüedad y canas de Casquin sean respetadas, y que vos, que sois mozo, honreis al viejo con darle el lugar mas preeminente; porque es obligacion natural que los mozos tienen de acatar á los viejos, y haciendolo así se honran ellos mismos. Capaha respondio, diciendo: Señor, si yo tuviera por huesped en mi casa

á Casquin, por sus canas y sin ellas le diera yo el primer lugar de mi mesa, y le hiciera toda la demas honra que pudiera, mas comiendo en la agena, no me parece justo perder mis preeminencias, porque son de mis antepasados; y mis vasallos, principalmente los nobles, me lo tendrian á mal. Si V. S. gusta que yo coma á su mesa, sea con darme el lugar de su mano derecha, porque es mio, donde no, yo me voy á comer con mis soldados, que me será mas honroso, y para ellos de mayor contento, que no verme con mengua de lo que soy, y de lo que mis padres me dexaron. Casquin, que por una parte deseaba aplacar el enojo pasado á Capaha, y por otra veia que era verdad todo lo que habia dicho y alegado en su favor, se levantó de la silla, y dixo al Gobernador: Señor, Capaha tiene mucha razon, y pide justicia:

suplico á V. S. mande darle su asiento y lugar, que es este, y yo me sentaré al otro lado: que á la mesa de V. S. en qualquiera parte de ella estoy muy honrado. Diciendo esto se pasó á la mano izquierda, y sin alguna pesadumbre se sentó á comer, con lo qual se apaciguó Capaha, y tomó su silla, y con todo buen semblante comió con el Gobernador.

Escribense estas cosas tan por menudo, aunque parece que no son de importancia, porque se vea que la ambicion de la honra, mas que otra pasion alguna, tiene mucha fuerza en todos los hombres, por bárbaros y agenos que sean de toda buena enseñanza y doctrina; y así se admiraron el Gobernador y los caballeros que con él estaban de ver lo que entre los dos curacas habia pasado, porque no entendian que en los Indios se hallasen cosas tan añ-

nadas en la honra, ni que ellos fuesen tan puntuosos en ella.

Luego que el Gobernador y los dos caciques hubieron comido, traxéron delante de ellos las dos mugeres de Capaha, que diximos habian preso los Casquines, quando entraron en el pueblo, y se las presentaron á Capaha, habiendo el dia antes dado libertad á toda la demas gente que con ellas habian cautivado. Capaha las recibió con mucho agradecimiento de la magnificencia que con él se usaba, y despues de haberlas aceptado por suyas, dixo al Gobernador, suplicaba á su señoria se sirviese de ellas, que él se las ofrecia y presentaba de muy buena voluntad. El Gobernador le dixo, que no las habia menester, porque traia mucha gente de servicio. El curaca replicó diciendo, que si no las queria para su servicio, las diese de su mano al capitan o soldado

á quien de ellas quisiese hacer merced, porque no habian de volver á su casa, ni quedar en su tierra. Entendiose que Capaha las aborreciese y echase de sí, por sospecha que tuviese de que habiendo estado presas en poder de sus enemigos, seria imposible que dexasen de estar contaminadas.

El Gobernador, porque el curaca no se desdeñase, le dixo que por ser dádiva de su mano las aceptaba. Ellas eran hermosas en extremo, y aunque lo eran tanto, y el cacique era mozo, bastó la sospecha para odiarlas y apartarlas de sí. Por este hecho se podrá ver quanto se abomine entre estos Indios aquel delito; y con el destierro y castigo de estas mugeres parece que se comprueba lo que atras diximos acerca de sus leyes contra el adulterio.

CAPITULO XXXI.

Envian los Españoles á buscar sal y minas de oro: pasan á Quiguate.

El Adelantado, viendo la mucha necesidad de sal que su gente padecia, pues morian por la falta de ella, hizo en aquella provincia de Capaha grandes diligencias con los curacas y sus Indios para saber donde la pudiese haber. Con la pesquisa halló ocho Indios en poder de los Españoles, los quales habian sido presos el dia que entraron en aquel pueblo, y no eran naturales de él, sino extrangeros y mercaderes, que con sus mercancias corrian muchas provincias, y entre otras cosas acostumbraban traer sal para vender; los quales puestos ante el Gobernador dixeron, que quarenta leguas de alli en unas sierras habia

mucha y muy buena sal: y á las preguntas y repreguntas que les hicieron, respondieron, que de aquel metal amarillo que les pedian habia tambien mucho en aquella tierra.

Con estas nuevas se regocijaron grandemente los Castellanos, y para las verificar se ofrecieron dos soldados á ir con los Indios. Estos eran naturales de Galicia, el uno llamado Hernando de Silvera, y el otro Pedro Moreno, hombres diligentes, y que se les podia fiar qualquiera cosa. Encargoseles que por donde pasasen notasen la disposicion de la tierra, y traxesen relacion si era fértil y bien poblada. Y para contratar y comprar la sal y el oro, llevaron perlas, gamuzas y otras cosas de legumbres, llamadas frisoles, que Capaha les mandó dar, é Indios que los acompañasen, y dos de los mercaderes para que los guiasen. Con este acuerdo fueron los Españo-

les, y al fin de los once dias que tardaron en su viage, volvieron con seis cargas de sal de piedra cristalina, no hecha con artificio, sino criada asi naturalmente. Traxeron mas una carga de azofar muy fino y muy resplandeciente: y de la calidad de las tierras que habian visto dixeron, que no era buena, porque era esteril y mal poblada. De la burla y engaño del oro se consolaron los Españoles con la sal, por la necesidad que de ella tenian.

El Gobernador, con las malas nuevas que sus dos soldados le dieron de las tierras que habian visto, acordó volverse al pueblo de Casquin, para de alli tomar otro viage hácia el poniente, á ver qué tierras habia por aquel parage; porque hasta allí, desde Mauvila, habian caminado siempre hácia el norte, por huir de la mar. Con esta determinacion dexaron los Castellanos á Ca-

paha en su pueblo, y se volvieron con Casquin al suyo, donde descansaron cinco dias; los quales pasados, salieron de él, y caminaron quatro jornadas por el rio abaxo, por una tierra fertil, y de mucha gente, y al fin de ellas llegaron á una provincia llamada Quiguate, cuyo Señor y moradores salieron de paz á recibir al Gobernador, le hospedaron, y otro dia le dixo el cacique pasase adelante su señoria hasta el pueblo principal de su provincia, donde tenia mejor recaudo para le servir que en aquel.

Otras cinco jornadas caminaron los Españoles, siempre por el rio abaxo, por tierra, como diximos de la pasada, poblada de gente, y abundante de comida. Al fin del quinto dia llegaron al pueblo principal llamado Quiguate, de quien toda la provincia tomaba nombre, el qual estaba dividido en tres barrios igua-

les; en el uno de ellos estaba la casa del Señor, puesta en un cerro alto hecho á mano, en los dos barrios se alojaron los Españoles, y en el tercero se recogieron los Indios, y hubo bastante alojamiento para todos. Dos dias despues que llegaron se huyeron sin causa alguna todos los Indios y el curaca, y pasados otros dos dias se volvieron, pidiendo perdon de su mal hecho: disculpabase el cacique diciendo, que cierta necesidad forzosa le habia hecho ir sin licencia de su señoria, pensando volver aquel mismo dia, y que no le habia sido posible. Debió el curaca, despues de huido, temer que los Españoles á la partida le quemasen el pueblo y los campos, y este miedo le hizo volverse, que segun pareció, con mala intencion se habia ido: porque en su ausencia habian andado sus Indios amotinados, haciendo el daño que con asechan-

zas habian pedido, que dos ó tres Castellanos habian herido, y todo lo disimuló el Gobernador por no romper con ellos.

Una de las noches que los Españoles estuvieron en este alojamiento, acaeció que el ayudante de sargento mayor, que se llamaba Pablos Fernandez, natural de Valverde, fue al Gobernador á media noche, y le dixo, que el tesorero Juan Gaytan, habiéndole apercibido que rondase á caballo el quarto de la modorra, no habia querido hacerlo, escusándose con que era tesorero de su Magestad. El Gobernador se enojó grandemente, porque este caballero fue uno de los que en Mauvila habian murmurado de la conquista, y tratado de salirse de la tierra, luego que llegasen donde hallasen navios, y volverse á España, ó irse á México; lo qual, como en su lugar diximos, fue causa de atajar y descon-

certar los motivos y buenas trazas que el Gobernador en su imaginacion traia hechas, para conquistar y poblar la tierra.

Pues como ahora con la inobediencia presente le recordasen el enojo pasado, se levantó de la cama, y poniéndose en el patio de la casa del curaca, que estaba en alto, dixo á grandes voces, que aunque era á media noche las oyeron en todo el pueblo: ¡Qué es esto soldados y capitanes! ¿viven todavia los motines que en Mauvila se trataban de volveros á España, ó de iros á México, que con achaque de oficiales de la hacienda Real no quereis velar los quartos que os caben? ¿A qué deseais volver á España? ¿Dexasteis en ella algunos mayorazgos que ir á gozar? ¿A qué quereis ir á México? á mostrar la vileza y poquedad de vuestros animos, que pudiendo ser señores de un tan gran

Reyno, donde tantas y tan hermosas provincias habeis descubierto y hollado, hubiesedes tenido por mejor, desamparándolas por vuestra pusilanimidad y cobardia, iros á posar á casa extraña, y á comer á mesa agena, pudiéndola tener propia, para hospedar y hacer bien á otros muchos? ¿Qué honra os parece que os harán quando tal hayan sabido? Habed vergüenza de vosotros mismos, y apercibios, que oficiales de la hacienda Real y no oficiales, todos hemos de servir á su Magestad: y nadie presuma exêntarse por preeminencias que tenga, que le cortaré la cabeza, sease quien fuere; y desengañaos, que mientras yo viviere nadie ha de salir de esta tierra, sino que la hemos de conquistar y poblar, ó morir todos en la demanda: por tanto haced lo que debeis, dexando vanas presunciones, que ya no es tiempo de ellas.

Con estas palabras, dichas con grandes rabia y dolor de corazon, mostró el Gobernador la causa del descontento perpetuo que desde Mauvila habia tenido, y el que siempre tuvo hasta que murió. Los que las tomaron por sí hicieron de allí adelante lo que se les ordenaba, sin contradecir cosa alguna, porque entendian que el Gobernador no era hombre con quien se podia burlar, y mas habiendose declarado tanto como se declaró.

CAPITULO XXXII.

Llega el exército á Colima: halla invencion de hacer sal: pasa á la provincia Tula.

Seis dias estuvieron los Españoles en el pueblo llamado Quiguate. Al seteno salieron de él, y en cinco jornadas que caminaron siempre por la ribera del rio de Casquin abaxo, lle-

xaron al pueblo principal de otra provincia llamada Colima, cuyo Señor salió de paz, y recibió al Gobernador y á su exército con mucha familiaridad y muestras de amor, de que los Castellanos holgaron no poco, porque llevaban nueva que los Indios de aquella provincia usaban traer yerba en las flechas, de que los nuestros iban muy temerosos: porque decian, si à la ferocidad y braveza que los Indios tienen en tirar sus flechas, le añaden tósigo. ¿qué remedio podrémos tener nosotros? mas hallando que no la usaban, recibieron con mayor regocijo la amistad de los Colimas, aunque les duró poco, porque dentro de dos dias se amotinaron sin ocasion alguna, y se fueron al monte el curaca y sus vasallos.

Los nuestros, habiendo estado en el pueblo Colima un dia despues de la huida de los Indios, recogien-

do bastimentos para el camino, siguieron su viage, y caminaron atravesando unos campos de sementeras fértiles, y por unos montes cláros y apacibles para andar por ellos, y al fin de quatro dias de camino llegaron á la ribera de un rio, donde se alojó el exército. Ciertos soldados, despues de haber hecho alojamiento, se baxaron paseando al rio, y andando por la orilla, echaron de ver en una arena azul que habia á la lengua del agua. Uno de ellos, tomando de ella la gustó y halló que era salobre, dió aviso á los compañeros, y les dixo, que le parecia se podria hacer salitre de aquella arena para hacer polvora para los arcabuces. Con esta intencion dieron en la coger mañosamente, procurando coger la arena azul sin mezcla de la blanca. Habiendo cogido alguna cantidad la echaron en agua, y en ella la estregaron entre las manos, co-

laron el agua, y la pusieron á cocer: la qual con el mucho fuego que le dieron se convirtió en sal, algo amarilla de color, mas de gusto y efecto de salar muy buena.

Con el regocijo de la nueva invencion, y por la mucha necesidad que tenian de sal, pasaron los Españoles ocho dias en aquel alojamiento, é hicieron gran cantidad de ella. Algunos hubo que con el ansia que tenian de sal, viéndose ahora con abundancia de ella, la comian á bocados sola, como si fuera azucar, y á los que se lo reprendian les decian: Dexádnos hartar de sal, que harta hambre hemos traido de ella: y de tal manera se hartaron nueve o diez de ellos, que en pocos dias murieron de hidropesia, porque á unos mata la hambre, y á otros el hastio.

Los Españolós, proveidos de sal, y alegres con la invencion del ha-

cerla quando la hubiesen menester, salieron de aquel alojamiento y provincia que ellos llamaban de la sal, y caminaron dos dias para salir de sus términos, y entraron en los de otra provincia llamada Tula, por la qual caminaron quatro dias por tierras despobladas; y el último de ellos á mediodia paró el exército en un hermoso llano, donde se alojó; y aunque las guias dixeron al Gobernador, que el pueblo principal de aquella provincia estaba media legua de allí, no quiso que la gente pasase adelante, porque habian caminado seis dias sin parar, y quería que entrasen otro dia, habiéndose refrescado en aquel alojamiento. Empero el quiso ver el pueblo aquella misma tarde, para lo qual eligió sesenta infantes y cien caballos, que fuesen con él á reconocerle. Estaba asentado en un llano entre dos arroyos, cuyos moradores estaban des-

cuidados, que no habian tenido noticia de la ida de los Castellanos; mas luego que los vieron tocaron arma, y salieron á pelear con todo el buen ánimo y esfuerzo que se puede decir. Empero lo que admiró muy mucho á los nuestros fue ver que entre los hombres saliesen muchas mugeres con sus armas, y que peleasen con la misma ferocidad que los varones.

Los Españoles arremetieron con los Indios y los rompieron; y revueltos unos con otros peleando, entraron en el pueblo, donde tuvieron bien que hacer los Christianos, porque hallaron enemigos temerarios, que pelearon sin temor de morir; y aunque les faltasen las armas y las fuerzas, no querian darse á prision, sino que los matasen: lo mismo hacian las mugeres, y aun se mostraban mas desesperadas. Durante la pelea entro en una casa un caballero del reyno de Leon, llamado Fran-

cisco de Reynoso Cabeza de Baca, y subió á un aposento alto que servia de granero, donde halló cinco Indias metidas en un rincon, y por señas les dixo, que se estuviesen quedas, que no queria hacerles mal. Ellas viéndole solo arremetieron con èl todas juntas, y como alanos á un toro le asieron por los brazos, piernas y cuello, y una de ellas le hizo presa del viril. El Reynoso, sacudiéndose con gran fuerza todo el cuerpo y los brazos para desembarazarlos, y defenderse á puñadas, estrivó recio sobre un pie, y rompió el suelo de la camara, que era de un cañizo flaco, y se le sumió el pie y la pierna hasta lo ultimo del muslo, y quedó asentado en el suelo, con que le acabaron de sugetar las Indias, y a bocados y puñadas lo tenian á mal partido para matarlo. Francisco de Reynoso, aunque se veia en tal aprieto, por su honra,

por ser la pendencia con mugeres, no queria dar voces a los suyos pidiéndoles socorro.

A este punto acertò a entrar un soldado en lo baxo del aposento, donde ahogaban a Cabeza de Baca, y oyendo el estruendo que encima andaba, alzó los ojos y vio la pierna colgada, y entendiendo que fuese de algun Indio, porque estaba desnuda sin calza ni calzado, alzo la espada para cortarla de una cuchillada, mas al mismo tiempo sospechó lo que podia ser, por el mucho ruido que sintio arriba, y llamo apriesa otros dos compañeros, y todos tres subieron al aposento, y viendo qual tenian las Indias á Francisco de Reynoso, arremetieron con ellas y las mataron todas: porque ninguna de ellas quiso soltarle, ni dexar de darle puñadas y bocados aunque las mataban. Así libraron de la muerte á Francisco de Reynoso, que estaba

ya muy cerca de ella. Este año de quinientos noventa y uno, en que estoy sacando de mano propia en limpio esta historia, supe por el mes de Febrero, que todavia vivia este caballero en su patria.

Otra suerte no mejor sucedió aquel dia en Juan Paez, natural de Usagre, que era Capitan de ballesteros, el qual, no siendo nada suelto sobre un caballo, sino atado y torpe, quiso pelear á caballo; y andando la batalla á los últimos lances, topó un Indio, que aunque se iba retirando, todavia peleaba. Juan Paez arremetió con él, y sin tiempo, maña ni destreza, que no la tenia, le tiro una lanzada. El Indio, hurtando el cuerpo, apartó de si la lanza con un trozo de pica de mas de una braza que por arma llevaba, y tomandolo á dos manos le dio un palo en medio de la boca, que le quebró quantos dientes

tenia, y dexándolo aturdido se acogió y puso en salvo.

CAPITULO XXXIII.

Estraña fiereza de ánimo de los Tulas. Trances de armas que con ellos tuvieron los Españoles.

El General, porque era ya tarde, mandó tocar á recoger, y dexando muchos Indios muertos, y llevando algunos de los suyos mal heridos, se volvió al Real, nada contento de la jornada de aquel dia; antes fue escandalizado de la obstinacion y temeridad con que aquellos Indios pelearon, y que las Indias tuviesen el mismo ánimo y fiereza.

El dia siguiente entró el General con su exército en el pueblo, y hallándolo desamparado, se alojó en él. Aquella tarde salieron quadrillas de caballos á correr por todas par-

tes el campo á ver si habia juntas de enemigos. Toparon algunos que servian de atalayas, y los prendieron, mas no fue posible llevar alguno de ellos vivo al Real para tomar lengua de él: porque maniatandolos para llevarlos, luego se echaban en el suelo, y decian ó me mata ó me dexa, y no respondian palabra á quantas preguntas les hacian, y si querian arrastrarlos porque se levantasen, se dexaban arrastrar; por lo qual fue forzoso á los Castellanos matarlos todos.

En el pueblo, porque demos relacion de sus particularidades, hallaron los nuestros muchos cueros de vaca sobados, y aderezados con su pelo, que servian de mantas en las camas; otros muchos cueros hallaron crudos por adobar. Tambien hallaron carne de vaca, mas no hallaron vacas por los campos, ni pudieron saber de donde hubiesen traido

los cueros. Los Indios de esta provincia Tula son diferentes de todos los demas Indios que hasta ella nuestros Españoles hallaron, porque de los demas hemos dicho que son hermosos y gentiles hombres; estos son asi hombres como mugeres feos de rostro, y aunque son bien dispuestos, se afean con invenciones que hacen en sus personas. Tienen las cabezas increiblemente largas, y ahusadas para arriba, que las ponen así con artificio, atándoselas desde el punto que nacen las criaturas hasta que son de nueve ó diez años: lábranse las caras con puntas de pedernal, particularmente los bezos por de dentro y de fuera, y los ponen con tinta negros, con que se hacen feisimos y abominables; y al mal aspecto del rostro corresponde la mala condicion del ánimo, como adelante mas en particular verémos.

La quarta noche que los Espa-

ñoles estuvieron en el pueblo de Tula, vinieron los Indios en gran numero al quarto del Alva, y llegaron con tanto silencio, que quando las centinelas les sintieron ya andaban revueltos con ellas. Acometieron el Real por tres partes; y aunque los Españoles no dormian, los Indios que dieron en el quartel de los ballesteros, llegaron tan arrebatadamente y con tanta ferocidad, ímpetu y presteza, que no les dieron lugar á que pudiesen armar sus ballestas, ni hiciesen otra alguna resistencia, mas que huir con ellas en las manos ácia el quartel de Juan de Guzman, que era el mas cercano al de los ballesteros. Los Indios saquearon eso poco que nuestros tiradores tenian, y con los soldados de Juan de Guzman que salieron á resistirlos, pelearon desesperadamente con el nuevo corage que recibieron, de que, segun al parecer

de ellos, les hubiesen quitado la victoria de las manos.

En las otras dos partes por donde los enemigos acometieron no andaba menos fiera la pelea, porque en todas ellas habia muertos, heridos, gran voceria y mucha confusion, por la obscuridad de la noche, que no les dexaban ver si herian á amigos ó enemigos: por lo qual se avisaron los Españoles unos á otros, que todos anduviesen apellidando el nombre de nuestra Señora, y del Apostol Santiago, para que por ellos se conociesen los Christianos, y no se hiriesen ellos mismos. Los Indios hicieron lo mismo, que todos traian en la boca el nombre de su provincia Tuia. Muchos de ellos, en lugar de arcos y flechas con que siempre solian pelear, traxeron aquella noche bastones de trozos de picas, de dos y tres varas en largo, cosa nueva para los Españoles; y la cau-

sa fue, que el Indio que tres dias antes quebró los dientes al Capitan Juan Paez, dió cuenta á los suyos de la buena suerte que con su baston habia hecho. Los quales, pareciéndoles que en el género de la arma estaba la buena ventura, y no en la destreza del que uso bien de ella, porque los Indios generalmente son grandes aguoreros, traxeron aquella noche muchos bastones, y con ellos dieron hermosisimos golpes á muchos soldados, particularmente á un Juan de Baeza, que era de los alabarderos de la guarda del General, el qual aquella noche habia acertado á hallarse con espada y rodela: tomándole dos Indios en medio con sus bastones, el uno de ellos al primer golpe le hizo pedazos la rodela, y el otro le dió otro golpe sobre los hombros, tan recio que lo tendió á sus pies, y lo acabaran de matar si los suyos no le socorrieran. De esta

manera sucedieron otras muchas suertes muy graciosas, que por ser lances de palos las reian despues los soldados, refiriéndolas unos con otros; y valióles mucho que fuesen bastonazos y no flechazos, que hacian mas mal.

La gente de á caballo, que era la fuerza de los Españoles, y la que mas temian los Indios, rompieron los esquadrones de ellos, y los desbarataron de la orden que traian. mas no por eso dexaban de pelear con grande ánimo y deseo de matar los Castellanos, ó de morir en la demanda; y asi pelearon mas de una hora con mucha obstinacion, y no bastaba que los caballeros entrasen y saliesen muchas veces por ellos, ni que matasen gran número, que por ser la tierra llana y limpia los alanceaban a toda su voluntad, para que dexasen de pelear y se fuesen, hasta que vieron el dia. Entonces acordaron retirarse, tomando por

guarida y defensa contra los caballos el monte de uno de los arroyos que pasaban á los lados del pueblo.

Los Españoles holgaron no poco de que los Indios se retirasen y dexasen de pelear, porque los vieron combatir desesperadamente, con grandes ansias de matar á los Christianos, que como si fueran insensibles se entraban por las armas de ellos, á trueque de los matar ó herir. La batalla se acabó al salir del sol, y los Españoles, sin seguir el alcance, se recogieron al pueblo á curar los heridos, que fueron muchos, y no mas de quatro muertos.

CAPITULO XXXIV.

Batalla de un Indio Tula con tres Españoles de á pie, y uno de á caballo.

Porque la verdad de la historia nos obliga á que digamos las hazañas,

asi hechas por los Indios, como las que hicieron los Españoles, y que no les hagamos agravio á los unos por los otros, dexando de decir las valentias de la una nacion, por contar solamente las de la otra, sino que se digan todas como acaecieron en su tiempo y lugar, será bien digamos un hecho singular y extraño que un Indio Tula hizo, poco despues de la batalla que hemos referido; y suplicamos no se enfade el que lo oyere, porque lo contamos tan particularmente, que el hecho pasó así, y en sus particularidades hay que notar.

Fue el caso, que algunos Españoles que presumian de mas valientes, andaban de dos en dos derramados por el campo, donde habia sido la batalla, mirando, como lo habian de costumbre, los muertos, y notando las grandes heridas dadas de buenos brazos: esto hacian

siempre que habia pasado alguna batalla grande y muy reñida. Un soldado que se decia Gaspar Caro, natural de Medellin, peleó aquella noche á caballo; y como quiera que fue, ó le derribaron los enemigos, ó él cayo del caballo: al fin lo perdió, y el caballo se huyó de la batalla, y se fue por el campo. Para cobrarlo pidio Gaspar Caro á un amigo el caballo, fue á buscar el suyo, y habiéndolo hallado se volvió con él trayéndolo antecogido; y así llego donde andaban quatro soldados mirando los muertos y heridos. Uno de ellos llamado Francisco Salazar, natural de Castilla la Vieja, subió en el caballo, por mostrar su buena gineta, que presumia de ella.

A este punto uno de los tres soldados que estaban á pie, llamado Juan de Carranza, natural de Sevilla, dio voces diciendo: Indios, Indios; y la causa fue que vio levan-

tarse un Indio de unas matas que por allí habia, y volverse á esconder. Los de á caballo, sin mas mirar, entendiendo que era mucha gente, fueron corriendo el uno á una mano y el otro á otra, por atajar los Indios que saliesen. Juan de Carranza, que habia visto al Indio, fue corriendo a las matas donde estaba escondido, y el uno de sus dos compañeros fue á toda priesa en pos de él, y el otro, no habiendo visto mas de un Indio, fue poco á poco tras ellos.

El bárbaro, como viese que no podia escapar, porque los caballos y peones le habian atajado por todas partes, salió de las matas corriendo á recibir á Juan de Carranza: traia en las manos una hacha de armas que le habia cabido en suerte del saco, y despojo que áquella madrugada los Indios hicieron á los ballesteros. Era la hacha del Capitan Juan Paez, y como joya de Ca-

pitan de ballesteros estaba bien afilada de filos, con una hasta de mas de media braza, muy acepillada y pulida. Con ella á dos manos dió el Indio á Juan de Carranza un golpe sobre la rodela, que derribando al suelo la mitad de ella, le hirió malamente en el brazo. El Español, así del dolor de la herida, como de la fuerza del golpe, quedó tan atormentado que no tuvo vigor para ofender al enemigo El qual revólvió sobre el otro Español que iba cerca de Carranza, y le dió otro golpe ni mas ni menos que al primero, que partio la rodela en dos partes, le dió otra mala herida en el brazo, y lo dexo como á su compañero inhabilitado para pelear. Este soldado se decia Diego de Godoy, y era natural de Medellin.

Francisco de Salazar, que era el que habia subido en el caballo de Gaspar Caro, viendo los dos Espa-

ñoles mal parados, arremetió á toda furia contra el Indio. El qual, porque el caballo no le atropellase, corrió á meterse debaxo de una encina que estaba cerca. Francisco de Salazar, no pudiendo entrar con el caballo debaxo del árbol, se llegó á él, y caballero como estaba, tiraba al Indio unas muy tristes estocadas, que no podia alcanzarle con ellas. El Indio, no pudiendo bracear bien con la hacha, porque las ramas del arbol se lo estorvaban, salió de debaxo de él, y se puso á mano izquierda del caballero, y alzando la hacha á dos manos, dio al caballo encima de toda la espalda junto á la cruz, y con el gabilan de la hacha se la abrió toda hasta el codillo, y el caballo quedó sin poderse menear,

A este punto llegó otro Español que venia á pie, que por parecerle que para un Indio solo bastarian dos Españoles á pie y uno á

caballo, no se habia dado mas priesa: este era Gonzalo Silvestre, natural de Herrera de Alcantara. Como el Indio lo vió cerca, salió á recibirle con toda ferocidad y braveza, habiendo cobrado nuevo animo y esfuerzo con los tres golpes tan victoriosos que habia dado: y tomando la hacha a dos manos, le tiró un golpe, que fuera como los dos primeros, si Gonzalo Silvestre no entrará mas recatado que los otros, para poderle hurtar el cuerpo, como lo hizo. La hacha pasó rozando la rodela, que no asio en ella, y por la mucha fuerza que llevaba no paró hasta el suelo. El Español le tiró entonces una cuchillada de reves de alto a baxo, y alcanzandole con la espada, le hirió en la frente por todo el rostro abaxo, en el pecho y en la mano izquierda, de manera que se la corto cercen por la muñeca. El infiel, viendose con so-

la una mano, y que no podia jugar de la hacha á dos manos como él quisiera, puso la hasta sobre el tocon del brazo cortado, y desesperadamente se arrojó de un salto á herir al Español de encuentro en la cara. El qual, apartando la hacha con la rodela, metió la espada por debaxo de ella, y de reves le dió una cuchillada por la cintura, que por la poca ó ninguna resistencia de armas ni de vestidos que el Indio llevaba, ni aun de hueso que por aquella parte el cuerpo tenga, y tambien por el buen brazo del Español, se la partió toda, con tanta velocidad y buen cortar de la espada, que despues de haber ella pasado, quedó el Indio en pie, y dixo al Español, quedate en paz, y dichas estas palabras, cayó muerto en dos medios.

A este tiempo vino Gaspar Caro, cuyo era el caballo que Francis-

co de Salazar traxo á la pelea, el qual viendo qual estaba su caballo, lo tomó sin hablar palabra, guardando su enojo para mostrarlo en otra parte, y antecogido lo llevó al Gobernador y le dixo: Porque vea V. S. la desdicha de algunos soldados que en el exército tiene, aunque ellos presumen de valientes, y vea juntamente la ferocidad y braveza de los naturales de esta provincia Tula, le hago saber, que uno de ellos de tres golpes de hacha inabilitó de poder pelear á dos Españoles de á pie, y á uno de á caballo, y los acabara de matar si Gonzalo Silvestre no llegara á tiempo á los socorrer, el qual de la primera cuchillada que dio al enemigo le abrió la cara, el pecho, y le cortó una mano; y de la segunda le partió por la cintura.

El Gobernador, y los que con él estaban, se admiraron de oir la

valentia y destreza del Indio, y del buen brazo del Español: y porque Gaspar Caro con el enojo de la desgracia de su caballo se desmandaba á notar de infelices ó cobardes a los tres Españoles, queriendo el General volver por la honra de ellos, que cierto eran valientes, y hombres para qualquiera buen hecho, le dixo, que se reportase de su enojo, y mirase que eran suertes de ventura, la qual en ninguna cosa se mostraba mas variable que en los sucesos de la guerra, favoreciendo hoy á unos y mañana á otros; que procurase curar con brevedad el caballo, que le parecia no moriria, porque la herida no era penetrante, y que por la admiracion que con su relacion le habia causado, queria ir á ver con sus propios ojos lo sucedido: porque de cosas tan hazañosas era razon que muchos pudiesen dar testimonio de ellos. Diciendo esto fue acompaña-

do de mucha gente á ver el Indio muerto, y las valentias que dexaba hechas, y de los mismos Españoles heridos supo las particularidades que hemos referido, de que el Gobernador y todos los que lo oyeron se admiraron de nuevo.

CAPITULO XXXV.

Los Españoles salen de Tula. Entran en Utiangue: alojanse en esta provincia para invernar.

Los Españoles estuvieron en el pueblo llamado Tula veinte dias, curando los muchos heridos que de la batalla pasada habian quedado. En este tiempo hicieron muchas correrias por toda la provincia, que era bien poblada de gente, y prendieron muchos Indios é Indias de todas edades, mas no fue posible por alhagos ó amenazas que les hiciesen, que ninguno de ellos quisiese

ir con los Castellanos: y quando querian llevarlos por fuerza, se dexaban caer en el suelo sin hablar palabra, dando á entender que los matasen ó los dexasen, lo que mas quisiesen: tan emperrados é indómitos, como decimos, se mostraron estos Indios, y de cuya causa era forzoso matar los varones que eran para pelear. Las mugeres, muchachos y niños dexaban ir libres, ya que no podian llevarlos consigo.

Sola una India de esta provincia quedó en servicio de un Español, natural de Leon, llamado Juan Serrano, la qual era tan mal acondicionada, brava y soberbia, que si su amo o qualquiera de los de su camarada le decia algo sobre lo que ella habia de hacer, asi en la comida, como en otra cosa de su servicio, le tiraba a la cara la olla, los tizones del fuego, ó lo que podia haber á las manos: queria que la dexasen ha-

cerá su voluntad, ó que la matasen; porque como ella decia, no habia de obedecer, ni hacer lo que le mandasen: y así la dexaban y sufrian, y con todo eso se huyó, de que el amo holgó mucho, por verse libre de una muger brava. Por esta fiereza é inhumanidad que los Indios de esta provincia tienen consigo, son temidos de todos los de su comarca, que solamente de oir el nombre de Tula se escandalizan, y con él asombran los niños para hacerles callar quando lloran: y para prueba de esto, baxandonos de la ferocidad de los viejos, contarémos un juego de niños.

Es asi que de esta provincia Tula, quando los Españoles salieron de ella, no sacaron mas de un muchacho de nueve ó diez años, y era de un caballero natural de Badajóz, llamado Christoval Mosquera, que yo despues conocí en el Perú. En

los pueblos que los christianos descubrieron adelante, donde los Indios salian de paz, se juntaban los muchachos á hacer sus juegos y niñerías, que casi siempre eran de darse batalla unos á otros, dividiendose ó por apellidos ó por barrios, y muchas veces se encendian en su pelea, de manera que salian muchos de ellos mal descalabrados. Los Castellanos mandaban al muchacho Tula se pusiese á una parte, y pelease contra la otra, el qual salia con mucho contento de que le mandasen entrar en batalla. Los de su banda le hacian luego capitan, y con sus soldados arremetia á los contrarios con grande alarido y grita, apellidando el nombre de Tula, y esto solo bastaba para que huyesen los contrarios

Luego mandaban los Españoles que el muchacho Tula se pasase á la parte vencida, y pelease contra

la vencedora: él lo hacia así, y con el mismo apellido los vencia, de manera que siempre salia victorioso; y los Indios decian que sus padres hacian lo mismo, porque eran cruelísimos con sus enemigos, y no tomaban á vida. Y el deformarse las cabezas, que algunos las tenian de media vara en largo, y el pintarse las caras y las bocas por de dentro y de fuera, decian sus vecinos que lo hacian por hacerse mas feos de lo que de suyo lo son, porque igualase la fealdad de sus rostros con la maldad de sus ánimos, y con la fiereza de su condicion, que en toda cosa eran inhumanisimos.

Pasados veinte dias que los Castellanos estuvieron en el pueblo Tula, mas por necesidad de curar los heridos, que por gusto que hubiesen tenido de parar en tierra de tan mala gente, salieron del pueblo, y en dos dias de camino salieron de su

jurisdiccion, y entraron en otra provincia llamada Utiangue: llevaban los nuestros intencion de invernar en ella si hallasen comodidad, porque se les iba ya acercando el invierno.

Caminaron por ella quatro dias, y notaron que la tierra era de suyo buena y fértil, empero mal poblada, de poca gente y esa muy belicosa: porque siempre fueron por el camino inquietando á los Españoles con armas y rebatos continuos que á cada media legua les daban, juntándose de ciento en ciento, y quando mas se juntaban no llegaban á doscientos: hacian poco daño á los christianos, porque habiendo echado de lejos una rociada o dos de flechas con grande alarido, se ponian en huida, y los caballos con mucha facilidad, por ser la tierra llana, los alcanzaban y alanceaban á toda su voluntad. Mas los Indios no escar-

mentaban, que en pudiendo juntarse veinte hombres, luego volvian á hacer lo mismo, y para salir mas de improviso, y causar mayor sobresalto se echaban en tierra, y se cubrian con la yerba porque no los viesen, mas ellos pagaban bien su atrevimiento.

Con estos rebatos, mas dañosos para los Indios que para los Castellanos, caminó el exército los quatro dias, y al fin de ellos llegó al pueblo principal de la provincia, que habia el mismo nombre Utiangue, de quien toda su tierra lo tomaba, donde se alojaron sin contradiccion alguna, porque sus moradores lo habian desamparado. Los Indidos de esta provincia son mejor agestados que los de Tula, y no se pintan las caras, ni ahusan las cabezas. Mostraronse belicosos, porque nunca quisieron aceptar la paz y amistad que el Gobernador les envió á ofrecer

muchas veces, con los propios Indios de la próvincia que acertaban á prender.

El General y sus capitanes, habiendo visto el pueblo, que era grande y de buenas casas, con mucha comida en ellas, asentado en un buen llano, con dos arroyos á los lados, los quales tenian mucha yerba para los caballos, y que era cercado, se determinaron de invernar en él, porque era ya mediado octubre del año mil quinientos quarenta y uno; y no sabian si pasando adelante hallarian tan buena comodidad como la que tenian presente. Resueltos en esta determinacion, repararon la cerca del pueblo, que era de madera, y estaba por algunas partes desportillada: juntaron con toda diligencia mucho maiz, aunque es verdad que en el pueblo habia tanto, que casi hubo recaudo para todo el invierno.

Apercibieronse de mucha leña y de mucha fruta seca, como nueces, pasas, ciruelas pasadas, y otras suertes de frutas y semillas incognitas en España. Hallaron por los campos gran cantidad de conejos como los de España, que aunque los habia por todo aquel gran reyno, en ninguna provincia habia tantos como en la comarca de este pueblo Utianque, donde asimismo habia muchos venados y corzos, de los quales, así los Españoles como sus criados, los Indios domesticos, mataban muchos, saliendo á caza por fiesta y regocijo, aunque iban apercibidos para pelear si topasen enemigos: y muchas veces se convertia la caceria de los venados en batalla de buenos flechazos y lanzadas, mas siempre era con mas daño de los Indios que de los Españoles. Nevo aquel invierno bravisimamente en esta provincia, que hubo tempora-

da de mes y medio que por la mucha nieve no pudieron salir al campo; empero con los muchos regalos de leña y bastimento tuvieron el mejor invierno de quantos pasaron en la Florida, que ellos mismos confesaban que en casa de sus padres en España no pudieran pasarlo mas regaladamente, ni aun tanto.

CAPITULO XXXVI.

Del buen invierno que se pasó en Utiangue. De una traicion contra los Españoles

Por lo que en el capitulo pasado hemos dicho del contento y regalo con que los nuestros pasaban el invierno en el pueblo Utiangue, es mucho de llorar, que una tierra tan fértil y abundante de las cosas necesarias para la vida humana como estos Españoles descubrieron, la dexasen de conquistar y poblar, por

no haber hallado en ella oro ni plata, no advirtiendo que sino se halló fué, porque estos Indios no procuran estos metales ni los estiman: que oido he á personas fidedignas, que ha acaecido hallar los Indios de la costa de la Florida talegos de plata de navios que con tormenta han dado al través en ella, y llevarse el talego como cosa que les habia de ser de mas provecho, y dexar la plata por no la preciar ni saber que fuese. Segun esto, y por que es verdad que generalmente los Indios del Nuevo Mundo, aunque tenian oro y plata no usaban de ella para el comprar y vender, no hay porque desconfiar que la Florida no la tenga, que buscandolas se hallarán minas de plata y oro, como cada dia en México y en el Perú se descubren de nuevo: y quando no se hallasen, bastaria dar principio á un imperio de tierras tan anchas y largas como

hemos visto y verémos, y de provincias tan fértiles y abundantes, así de lo que la tierra tiene de suyo, como para las frutas, legumbres, mieses y ganados que de España y México se le pueden llevar: que para plantar y criar no se pueden desear mejores tierras, y con la riqueza de perlas que tienen, y con la mucha seda que luego se puede criar, pueden contratar con todo el mundo, y enriquecer de oro y plata, que tampoco la tiene España de sus minas, aunque las tiene, sino la que le traen de fuera, de lo que ella ha descubierro y conquistado desde el año de mil quatrocientos noventa y dos á esta parte. Por todo lo qual no seria razon que se dexase de intentar esta empresa, siquiera por plantar en este gran reyno la fé de la santa madre iglesia romana, y quitar de poder de nuestros enemigos tanto número de animas co-

mo tiene ciegas con la idolatria: á la qual hazaña provea nuestro Señor, como mas su servicio sea, y que los Españoles se animen á lo ganar y sujetar. Y volviendo á nuestra historia decimos, que los Castellanos estuviéron en el pueblo de Utiangue invernando á todo su placer y regalo, alojados en un buen pueblo, bastecidos de comida para sí y para los caballos.

El curaca principal de la provincia, viendo que los Españoles estaban de asiento, pretendió con amistad fingida y trato doble echarlos de ella, para lo qual envió mensageros al Gobernador con recaudos falsos, dándole esperanzas que muy presto saldria a servirle. Estos mensageros servian de espias, y no venian sino de noche, para ver como se habian los Españoles en su alojamiento, si velaban, si se recataban, si dormian con descuido y ne-

gligencia, de qué manera, y en qué lugar tenian las armas, y como estaban los caballos, para notarlo todo, y conforme á lo que hubiese visto, ordenar el asalto. De parte de los nuestros habia descuido en lo que tocaba á recatarse de los Indios mensageros, porque en diciendo el Indio al Español centinela, que venia con recaudo del curaca, á qualquiera hora que fuese de la noche, en lugar de decirle que volviese de dia, lo llevaba luego el Gobernador, y lo dexaba con él para que diese su embaxada. El Indio, despues de haberla dado, paseaba todo el pueblo, miraba los caballos y las armas, el dormir y velar de los Castellanos, y de todo llevaba larga relacion á su cacique.

El Gobernador, teniendo noticia de estas cosas por sus espias, mandaba á los mensageros no viniesen de noche sino de dia, mas ellos

porfiaban en su mala intencion con venir siempre de noche y á todas horas; de la qual desvergüenza se quejaba el General muchas veces á los suyos, diciendo, no habria un soldado que con una buena cuchillada que á uno de estos mensageros nocturnos diese, los escarmentase que no viniesen de noche, que yo les he mandado que no vengan sino de dia, y no me aprovecha nada. De estas palabras se indignó un soldado llamado Bartolomé de Argote, hombre noble, que se habia criado en casa del marques de Astorga, primo hermano del otro Bartolomé de Argote, uno de los treinta caballeros que fuéron de Apalache con Juan de Añasco á la baia de Espiritu Santo; el qual siendo centinela una noche, á una de las puertas del pueblo mató una de las espias, porque contra su voluntad quiso pasar á dar su recaudo falso. Del qual hecho

holgó mucho el Gobernador, y lo aprobó con loores, y el soldado de allí adelante quedó puesto entre los valientes, que hasta entonces no lo tenian por tal, ni entendian que fuera para tanto; mas él hizo lo que todos los del exército no habian sido para hacer. Con la muerte del mensagero cesaron los mensages y las tramas de los Indios, porque viéron que los Castellanos los habian entendido, y que estando recatados no podrian medrar con ellos.

El General y su gente se ocupaba en guardar su pueblo, y en correr cada dia con los caballos toda la comarca, para tener siempre noticia de lo que los Indios pudiesen maquinar contra ellos. Con este cuidado pasaban el invierno con mucho descanso y regalo, que aunque tenian guerra con los naturales, nunca fue de momento que les hiciese daño. Despues que el rigor de las

nieves se fue aplacando, salió un capitan con gente á hacer una correria, y prender Indios, que los habia menester para servicio. El qual volvió al fin de ocho dias con pocos Indios presos, de cuya causa mandó el Gobernador que fuese otro capitan con mas gente: el qual hizo lo mismo que el pasado, que habiendo gastado en su correria otros ocho dias, al fin de ellos volvió, y trajo pocos prisioneros.

Pues como el General viese la poca maña que sus dos capitanes se habian dado, quiso él por su persona hacer una entrada, y eligiendo cien caballeros, y ciento y cincuenta infantes, camino con ellos veinte leguas, hasta que llego a los confines de otra provincia llamada Naguatex, tierra fértil y abundante, llena de gente muy hermosa, y bien dispuesta

En el primer pueblo de esta pro-

vincia, donde el señor de ella residia, aunque no era el principal de su estado, dio el Gobernador una madrugada de sobresalto, y como hallase los Indios desapercibidos, prendio mucha gente, hombres y mugeres de todas edades, y con ella se volvio á su alojamiento, habiendo tardado en su jornada catorce dias, y halló los suyos que habia quatro ó cinco dias que estaban con mucha pena de su tardanza; mas con su presencia se regocijaron todos, y hubieron parte de sus ganancias, las quales repartió por los capitanes y soldados que habian menester gente de servicio.

CAPITULO XXXVII.

Entran los Españoles en Naguatex: uno de ellos se queda en esta provincia.

En todo el tiempo que los Españoles estuvieron invernando en el pueblo y alojamiento de Utiangue, que fueron mas de cinco meses, no sucedió cosa de momento que sea de contar, mas de lo que se ha dicho. Pues como entrase el mes de abril del año de mil quinientos quarenta y dos, le parecio al Gobernador que era tiempo de pasar adelante en su descubrimiento.

Con este acuerdo salió de Utiangue, y fue encaminado al pueblo principal dé la provincia Naguatex, que tenia el mismo nombre, y por él se llamaba así toda su provincia, y era diferente del que hemos dicho, donde el Gobernador hizo la corre-

ria pasada de Utiangue á Naguatex: por donde los Castellanos fueron hay veinte y dos o veinte y tres leguas de tierra fertil, y muy poblada de gente, las quales anduvieron los nuestros en siete dias, sin que les acaeciese cosa notable en el camino, mas de que en algunos pasos estrechos de arroyos ó montes salian los Indios á dar rebatos, empero volviéndoles el rostro se acogian á los pies.

Al fin de los siete dias llegaron al pueblo Naguatex, lo hallaron desamparado de sus moradores, y se alojaron en él, donde estuvieron quince ó diez y seis dias. Corrian á todas partes la comarca, y tomaban la comida que habian menester, con poca ó ninguna resistencia de los Indios.

Pasados seis dias que los Españoles habian estado en el pueblo, envio el señor de él una embaxada

al Gobernador diciendo, suplicaba á su señoria le perdonase no haberle esperado en su pueblo para le servir, como hubiera sido razon, y que de verguenza del mal hecho pasado no osaba venir luego, mas que dentro de pocos dias saldria á besarle las manos, y reconocerle por señor; y entre tanto que él no salia, mandaria á sus vasallos le sirviesen en todo lo que les mandasen. Esta embaxada dieron con grandes ceremonias, como hemos dicho de otras. El Adelantado respondió, que siempre que viniese seria bien recibido, y que holgaria conocerle y tenerle por amigo, como lo eran los más de los curacas por cuyas tierras habia pasado. El mensagero volvió muy contento con las palabras del Gobernador.

Otro dia siguiente bien de mañana vino otro mensagero, traxo consigo quatro Indios principales, y más de quinientos Indios de ser-

vicio, y dixo al General, que su señor enviaba aquellos quatro hombres, que eran sus deudos muy cercanos, para que entre tanto que el venia le sirviesen é hiciesen su mandado; y que pues le enviaba los hombres mas principales de su casa y estado, como en rehenes de su venida, la tuviese por cierta.

El Gobernador respondió con buenas palabras agradeciendo la venida de los Indios, y mandó que en las correrias no prendiesen mas Indios, como hasta entonces se habia hecho: empero el cacique nunca vino á ver al Gobernador, por lo qual se entendió que hubiese enviado las embaxadas, y los Indios principales y los de servicio por temer no le talasen los campos y quemasen los pueblos, y por escusar que no le cautivasen mas gente de la que habian preso. Los Indios principales, y todos los demas sirvieron á los Cas-

tellanos con mucho deseo de darles contento.

El Gobernador, habiéndose informado de lo que en aquella provincia y su comarca habia, así por relacion de los Indios, como por la de los Españoles que salian a correr la tierra, salio del pueblo Naguatex con su exército, acompañado de los quatro Indios principales, y otra mucha gente de servicio, que el cacique envio con bastimento que llevasen, hasta poner los Castellanos en otra provincia.

Habiendo caminado los Españoles dos leguas, echaron menos á un caballero natural de Sevilla, que habia por nombre Diego de Guzman, el qual habia ido á esta conquista, como hombre noble y rico, con muchos vestidos costosos, y galanos, con buenas armas, y tres caballos, que metio en la Florida, y se trataba en todo como caballero, sino

que jugaba apasionadisimamente.

El Gobernador, luego que lo echaron menos, mandó que parase el exército, y prendiesen los quatro Indios principales, hasta saber qué hubiese sido del Español, porque temieron que lo hubiesen muerto los Indios.

Hizose gran pesquisa entre los Españoles, y supose que el dia antes le habian visto en el Real, y que quatro dias antes habia jugado quanto tenia, hasta perder los vestidos y las armas, y un muy buen caballo morcillo que le habia quedado, y que pasando adelante en la pasion y ceguera de su juego, habia perdido una India de su servicio, que por su desdicha le habia cabido en suerte, de las que el Gobernador prendió en la correria que diximos habia hecho, en un pueblo de esta misma provincia Naguarex, en la qual correria tambien se habia ha-

llado el Diego de Guzman.

Averiguose asimismo, que muy llanamente habia pagado todo lo que habia perdido, salvo la India, y que habia dicho al ganador, que le esperase quatro ó cinco dias que él se la enviaria á su posada; y que no se la habia enviado: y que la India faltaba juntamente con el. Por los quales indicios se sospechó, que por no la dar, y por la vergüenza de haber jugado las armas y el caballo, que entre soldados se tiene por cosa vilisima, se hubiese ido á los Indios.

Esta sospecha se certificó luego, porque se supo que la India era hija del curaca y señor de aquella provincia Naguatex, moza de diez y ocho años, y hermosa en extremo, las quales cosas pudieron haberle cegado, para que inconsideradamente negase á los suyos, y se fuese á los estraños.

El Gobernador mandó á los qua-

tro Indios principales hiciesen traer luego aquel Español que habia faltado en su tierra, donde no, que entenderia que ellos lo hubiesen muerto á traicion, en cuya venganza mandaria los hiciesen quartos á ellos, y á todos los Indios que consigo traian.

Los principales, con temor de la muerte, enviaron mensageros que fuesen á toda diligencia á diversas partes, donde entendian que podrian haber nuevas de Diego de Guzman, y les encargaban que volviesen con la misma diligencia, antes que los Españoles por su tardanza les hiciesen algun agravio.

Los mensageros fueron y volvieron el mismo dia, con relacion que Diego de Guzman quedaba con el cacique, el qual lo tenia haciéndole toda la fiesta y regalo posible, y que el Español decia que no queria volver a los suyos.

Y porque decimos que estos Españoles jugaban, y no hemos dicho con qué, es de saber, que despues que en la sangrienta batalla de Mauvila les quemaron los naypes que llevaban, con todo lo demas que allí perdieron, hacian naypes de pergamino, y los pintaban a las mil maravillas; porque en qualquiera necesidad que se les ofrecia, se animaban á hacer lo que habian menester, y salian con ello, como si toda su vida hubieran sido maestros de aquel oficio; y porque no podian, ó no querian hacer tantos quantos eran menester, hicieron los que bastaban, sirviendo por horas limitadas, andando por rueda entre los jugadores; de donde, ó de otro paso semejante, podriamos decir que hubiese nacido el refran que entre los Tahures se usa decir jugando: Démonos priesa señores, que vienen por los naypes; y como los que ha-

cian los nuestros eran de cuero, duraban por peñas.

CAPITULO XXXVIII.

Diligencias que se hicieron por haber á Diego de Guzman: su respuesta, y la del curaca.

El Gobernador, habiendo oido la nueva que los mensageros traxeron, dixo á los quatro Indios principales, que le engañaban en decirle que era vivo el Español, porque él tenia por cosa muy cierta que lo habian muerto. Entonces uno de ellos, con semblante no de prisionero, sino grave y señoril, que parece que lo quieren mostrar estos Indios quando mas oprimidos estan, dixo: Señor, no somos hombres que hemos de mentir á V. S., y para que la verdad que los mensageros han dicho se vea mas claramente, mande V. S. soltar uno de nosotros, que vaya, y

vuelva con testimonio que á V. S. satisfaga de lo que se hubiere hecho del Español, que los tres que quedaremos damos nuestra fé y palabra que volverá con el Christiano, ó traera nueva cierta de su determinacion; y para que V. S. se certifique de que no es muerto, mande escribirle una carta, y pidale que se venga o responda á ella, para que por su letra, pues nosotros no sabemos escribir, se vea como es vivo; y quando nuestro compañero no volviere con esta satisfaccion, los tres que quedaremos pagarémos con las vidas, lo que él de su promesa y de la nuestra no cumpliere, y bastara, y aun sobrará sin que V. S. mate nuestros Indios, que tres hombres como nosotros muramos por la traicion de un Español que nego á los suyos, sin que le hubiesemos hecho fuerza ni sabido de su ida. Todas fueron palabras del Indio, que

no le añadimos alguna, mas de pasarlas de su lengua á la española ó castellana.

Al General y á sus capitanes les pareció bien lo que el Indio principal habia dicho y prometido en nombre de todos quatro, y mandaron que el mismo fuese por Diego de Guzman, y que Baltasar de Gallegos, que era su amigo y de su patria, le escribiese afeándole su mal hecho, si en él perseveraba, y exhortándole se volviese, é hiciese el deber como hijodalgo, y que le restituirian sus armas y caballo, y le darian otras quando las hubiese menester.

El Indio principal fue con la carta, y con recaudo de palabra que el Gobernador le dió para el cacique, rogándole tuviese por bien enviar el Español, y que no le detuviese, donde no, que le prometia destruirle su tierra á fuego y á san-

gre, quemarle los pueblos, talar los campos, y matar los Indios principales y no principales que consigo tenia, y todos los mas que de sus vasallos pudiese haber.

Con estas amenazas fue el Indio el segundo dia de la ausencia de Diego de Guzman, y volvió el tercero con la misma carta que habia llevado, y en ella traxo el nombre de Diego de Guzman, escrito con carbon, que lo escribió para que viesen que era vivo, y no respondió otra palabra. El Indio dixo, que aquel Christiano no queria ni pensaba volver á los suyos.

El curaca respondió al Gobernador diciendo, que su señoria entendiese por muy cierto que el no hacia fuerza alguna á Diego de Guzman para que se quedase en su tierra, ni se la haria para que se volviese, no queriendo el, como no queria volverse: antes, como á yer-

no que le habia restituido una hija que él mucho amaba, le trataria con todo el regalo y honra que le fuese posible, y lo mismo haria á todos los Españoles ó Castellanos que gustasen quedarse con el: y que si por hacer en esto el deber, su señoria quisiese destruirle su tierra, y matar sus parientes y vasallos, no tendria razon, ni haria justicia como la debia hacer; y por última respuesta decia, que como hombre poderoso hiciese lo que quisiese, que él no habia de hacer mas de lo que habia dicho,

El Adelantado, habiendo gastado tres dias en hacer estas diligencias, viendo que el Español no queria volver, y que el cacique tenia razon, y pedia justicia, acordó pasar adelante en su viage. y soltó los Indios principales y los de servicio, los quales todos le sirvieron con mucho amor y voluntad, hasta sacarlo

de su término y ponerlo en el ageno.

Este pobre caballero hizo esta flaqueza por la ceguera del juego y aficion de la muger, que por no la dar al que se la habia ganado, tuvo por mejor entregarse á sus enemigos, para que de él hiciesen lo que quisiesen, que no carecer de ella: donde en suma se podrá ver lo que del jugar inconsideradamente nace, y donde teniamos bien que decir de lo que con propios ojos en esta pasion hemos visto, si fuera de nuestra profesion decirlo, mas quedese para los que la tienen de reprehender los vicios.

Volviendo á Diego de Guzman decimos, que si quedando con la reputacion y credito con que entre los Indios de Naguatex quedó, les hubiese despues acá predicado la fé catolica, como debia á christiano y á caballero, pudiéramos, no solamente disculpar su mal hecho, em-

pero loarlo grandemente, porque podiamos creer que hubiese hecho mucho fruto con su doctrina, segun el crédito que generalmente los Indios dan a los que con ellos lo tienen; mas como no supimos mas de él, no podemos decir mas de lo que entonces pasó.

Lo que hemos dicho de Diego de Guzman lo refiere Alonso de Carmona en su relacion, aunque no tan largamente como nosotros, y le llama Francisco de Guzman.

Los Españoles, despues de la pérdida de Diego de Guzman, caminaron cinco jornadas por la provincia de Naguatex; y al fin de ellas llegaron a otra llamada Guancane, cuyos naturales eran diferentes que los pasados, porque aquellos eran afables y amigos de Españoles, mas estos se les mostraron enemigos, que nunca quisieron su amistad, antes en todo lo que pudieron

mostraron el odio que les tenian, y desearon pelear con ellos, presentándoles la batalla muchas veces. Empero los Españoles la rehusaban, porque ya entonces traian pocos caballos, que los Indios les habian muerto mas de la mitad de ellos, y deseaban conservar los que quedaban; porque, como muchas veces hemos dicho, era la mayor fuerza de ellos, que de los infantes no se les daba nada á los Indios.

Tardaron los Españoles ocho dias en atravesar esta provincia de Guancane, y no reposaron en ella dia alguno, por escusar el pelear con los Indios, que tanto ellos deseaban.

En toda esta provincia habia muchas cruces de palo puestas encima de las casas, que casi no se hallaba alguna que no la tuviese. La causa, segun se supo, fue que estos Indios tuvieron noticia de los beneficios y

maravillas que Alvar Nuñez Cabeza de Baca, Andrés Dorantes y sus compañeros, en virtud de Jesuchristo nuestro Señor, habian hecho por las provincias que anduvieron de la Florida, los años que los Indios los tuvieron por esclavos, como el mismo Alvar Nuñez lo dexó escrito en sus comentarios. Y aunque es verdad que Alvar Nuñez y sus compañeros no llegaron á esta provincia de Guancane, ni á otras muchas que hay entre ellas y las tierras donde ellos anduvieron, todavia pasando de mano en mano y de tierra en tierra, llegó á ella la fama de las hazañas obradas por Dios, por medio de aquellos hombres; y como estos Indios las supiesen, y hubiesen oido decir que todos los beneficios que en curar los enfermos aquellos Christianos habian hecho, era con hacer la señal de la cruz sobre ellos, y que la traian por divisa en

sus manos, les nacio devocion de ponerla sobre sus casas, entendiendo que tambien las libraria de todo mal y peligro, como habia sanado los enfermos. Donde se vé la facilidad que generalmente todos los Indios tuvieron, y estos tienen para recibir la fé catolica, si hubiese quien la cultivase, principalmente con buen exemplo, á que ellos miran mas que á otra cosa ninguna.

CAPÍTULO XXXIX.

Sale el Gobernador de Guancane: pasa por otras siete provincias pequeñas: llega á la de Anilco.

De la provincia Guancane salió el Gobernador con propósito de volver al rio grande que atrás habia dexado, no por el mismo camino que hasta allí habia traido de pais que lo paso, sino por otro diferente, ha-

ciendo un cerco largo para volver descubriendo otras nuevas tierras y provincias sin las que habia visto, y pensaba pasar tomando noticia de ellas.

El motivo que para esto tuvo fue el deseo de poblar antes que las fuerzas de su exército se acabasen de gastar, porque así en la gente como en los caballos las veia irse disminuyendo de dia en dia; porque de los unos y de los otros, con las batallas y enfermedades pasadas, se habia gastado mas que la mitad, á lo menos de los caballos, y sentia gran dolor, que sin provecho suyo ni ageno se perdiese tanto trabajo como en aquel descubrimiento habian pasado y pasaban, y que tierras tan grandes y tan fértiles quedasen sin que los Españoles las poblasen, principalmente los que tenia presentes, porque no dexaba de entender, que si él se perdia, o mo-

ria sin dar principio al poblar de la tierra, que en muchos años despues no se juntaria tanta y tan buena gente, y tantos caballos y armas como él habia metido en la conquista.

Por lo qual, arrepentido del enojo pasado, que habia sido causa que no poblase en la provincia y puerto de Achusi, como lo tenia determinado, queria remediarlo ahora como mejor pudiese; y porque estaba lejos de la mar, y habia de perder tiempo si para poblar en la costa la fuese á buscar, habia propuesto, llegado que fuese al rio grande, poblar un pueblo en el sitio mejor y mas acomodado que en su ribera hallase, hacer luego dos vergantines, y echarlos por el rio abaxo con gente de confianza, de los que él tenia por mas amigos, que saliesen al mar del norte, y diesen aviso en Mexico, en Tierra-Firme, en las islas de

Cuba y la Española, y en España, de las provincias tan largas y anchas que en la Florida habia descubierto, para que de todas partes acudiesen Españoles Castellanos con ganados y semillas de las que en ellas no habia, para la poblar, cultivar y gozar de ella; todo lo qual se pudiera hacer con mucha facilidad, como despues verémos. Mas estos propositos tan grandes y tan buenos atajó la muerte, como ha hecho otros mayores y mejores que en el mundo ha habido.

Decimos que el Gobernador salió de Guancane hácia el poniente en demanda del rio grande; y es así que aunque en este paso, y en otros de esta nuestra historia hemos dicho la derrota que el exército tomaba quando salia de unas provincias para ir á otras, no ha sido con la demostracion de los grados de cada provincia, ni con señalar dere-

chamente el rumbo que los nuestros tomaban; porque, como ya en otra parte he dicho, aunque lo procuré saber, no me fue posible, porque quien me daba la relacion, por no ser cosmografo ni marinero, no lo sabia, y el exército no llevaba instrumentos para tomar la altura, ni habia quien lo procurase ni mirase en ello; porque con el disgusto que todos traian de no hallar oro ni plata, nada les sabia bien. Por lo qual se me perdonará esta falta, con otras muchas que ésta mi obra lleva, que yo holgara que no hubiera de que pedir perdon.

Habiendo salido el Gobernador de Guancane, atravesó siete provincias, á las mayores jornadas que pudo, sin parar dia en alguna de ellas, por llegar presto al rio grande, y hacer en aquel verano lo que llevaba trazado, para empezar a poblar la tierra, y hacer asiento en ella;

de cuya causa no quedaron en la memoria los nombres de las provincias, mas de que las quatro de ellas eran de tierra fertil, donde los nuestros hallaron mucha comida. Tenian grande arboleda, con rios no grandes, y arroyos pequeños que por ellas corrian; y las otras tres eran mal pobladas, de poca gente, y tierra no tan fértil ni tan apacible como las otras: aunque se sospechaba que las guias, por ser de la misma tierra, los hubiesen llevado por lo peor de ellas. Los naturales de estas siete provincias, unos salieron á recibir al Gobernador de paz, y otros de guerra: mas con los unos ni los otros sucedio cosa de momento que poder contar, sino que con los que se daban por amigos se procuraba conservar la paz, y con los enemigos escusar la guerra y pelea; porque con todo cuidado andaban ya los nuestros huyendo de ella. Asi pasa-

ron las siete provincias, que por lo menos debian de tener ciento y veinte leguas de travesia.

Al fin de este apresurado camino, llegaron á los términos de una gran provincia, que habia nombre Anilco. Caminaron por ella treinta leguas, hasta el pueblo principal que tenia el mismo nombre, el qual estaba sentado á la ribera de un rio mayor que nuestro Guadalquivir. Tenia quatrocientas casas grandes y buenas, con una hermosa plaza en medio de ellas: las casas del curaca estaban en un cerro alto, hecho á mano, que señoreaba todo el pueblo.

El cacique, que tambien se llama Anilco, estaba puesto en arma, y tenia delante del pueblo, al encuentro de los nuestros, un esquadron de mil y quinientos hombres de guerra, toda gente escogida. Los Españoles, viendo el apercibimien-

to de los Indios, hicieron alto para esperar que llegasen los últimos, y ponerse todos en orden para pelear con ellos.

Entre tanto que los Españoles se detuvieron, pusieron en cobro los Indios las mugeres, hijos y hacienda que en sus casas tenian: unos pasandola en balsas y canoas de la otra parte del rio, otros metiéndola por los montes y malezas que en la ribera del mismo rio habia.

Los Castellanos, habiéndose puesto en esquadron, caminaron hácia el de los Indios, mas ellos no osaron esperar, y sin tirar flecha se retiraron al pueblo, y de allí al rio; y unos en canoas, y otros en balsas, y otros á nado pasaron casi todos de la otra parte: que la intencion de ellos no habia sido pelear con los Españoles, sino entretenerlos que no entrasen tan presto en el pueblo, para tener lugar de

poner en cobro lo que en él habia.

Los nuestros, viendo huir los Indios, arremetieron con ellos, y al embarcar prendieron algunos, y en el pueblo hallaron muchas mugeres de todas edades, y niños y muchachos que no habian podido huir.

El Gobernador envio luego recaudos á toda priesa al cacique Anilco, ofreciéndole paz y amistad, y pidiéndole la suya; y tambien se los habia enviado antes de entrar en el pueblo; mas el curaca estuvo tan estraño que no quiso responder á los primeros, ni respondió á los segundos, ni hablaba palabra á los mensageros, sino que como mudo los hacia señas con la mano que se fuesen de su presencia.

Los Españoles se alojaron en el pueblo, donde estuvieron quatro dias procurando canoas, y haciendo grandes balsas; y quando tuvieron recaudo de ellas, pasaron el rio sin

contradicion de los enemigos. Caminaron quatro jornadas por unos despoblados de grandes montañas, y al fin de ellas entraron en otra provincia llamada Guachoya: lo que en ella sucedió, que fueron cosas de notar, contaremos con el favor divino en el capitulo siguiente.

CAPITULO XL.

Entran los Españoles en Guachoya. Cuentase como los Indios tienen guerra perpetua unos con otros.

Pasado el despoblado, el primer pueblo que los Españoles vieron de la provincia de Guachoya fue el principal de ella, que habia el mismo nombre, el qual estaba á la ribera del rio grande, en cuya demanda iban los nuestros. Estaba asentado sobre dos cerros altos, el uno cerca del otro: tenia trescien-

tas casas, las medias de ellas estaban en un cerro, y las otras en el otro; y el sitio llano que habia entre los dos cerros servia de plaza: en lo mas alto del uno de ellos esba la casa del cacique.

Estas dos provincias Guachoya y Anilco tenian entre sí gran odio y enemistad, y se hacian cruel guerra; por lo qual no pudieron tener aviso los Guachoyas de la ida de los Españoles á su pueblo, y asi los hallaron desapercibidos. Mas como quiera que pudieron, se pusieron en arma el cacique y sus vasallos para defender el pueblo; mas viendo la pujanza de los contrarios, y que no podian resistirla, se acogieron al rio grande, y en muy hermosas canoas, que como gente enemistada para semejantes necesidades tenian apercibidas, lo pasaron, llevando consigo sus mugeres, hijos y toda la hacienda que llevar pudie-

ron, y desampararon al pueblo.

Los Castellanos entraron en él, donde hallaron mucha comida de maiz, y otras semillas y frutas que la tierra tiene en abundancia, y se alojaron á todo su placer.

Porque, como hemos visto, casi todas las provincias que estos Españoles anduvieron tenian guerra unos con otros, sera razon decir aquí de qué suerte era esta guerra que se hacia, para lo qual es de saber, que no era guerra de poder á poder, con exército formado, ni con batallas campales, sino muy raras veces, ni por codicia y ambicion de quitarse los estados los unos Señores á los otros.

La guerra que se hacian eran de asechanzas y cautelas, salteándose en las pesquerías y cacerías, en sus sementeras, y en los caminos, donde quiera que pudiesen hallar descuidados los contrarios. Los que

prendian en los tales lances eran tenidos por esclavos, unos con prisiones perpetuas, como en algunas provincias hemos visto deszocado un pie, otros como prisioneros de rescate, para trocar unos por otros.

La enemistad entre ellos no llegaba a mas que hacerse mal en las personas con muertes, heridas ó prisiones, sin pretender quitarse los estados; y si alguna vez se encendia la guerra, llegaba hasta quemarse los pueblos y talar los campos; mas luego que los vencedores habian hecho el daño que querian, se recogian á sus tierras, sin querer señorear las agenas: de donde parece que la guerra y enemistad que hay entre ellos, mas es por gentileza, y por mostrar la valentia y esfuerzo de sus ánimos, y por andar exercitados en la milicia, que por desear la hacienda y estado ageno.

Los prisioneros que de la una

parte á la otra se cautivan, con facilidad los vuelven a rescatar, trocando unos por otros, para que vuelvan de nuevo a sus asechanzas. Y esta manera de guerra la tienen ya hecha naturaleza entre ellos, y es causa de que perpetuamente, donde quiera que se hallen, anden apercibidos de sus armas, porque en ninguna parte estan seguros de enemigos. Y de aqui nace, que siendo tan exercitados en esta continua milicia, sean tan belicosos en sí, y tan diestros en sus armas, particularmente en los arcos y flechas, que como son armas de tiro, con que de lejos pueden hacer efecto, las usan mas que otras, como cazadores que andan a cazar hombres y animales.

Y esta guerra no la tiene el cacique con solo uno de sus vecinos, sino con todos los que parten términos con él, sean dos, tres, quatro, ó mas, que todos la tienen unos con

otros: exercicio por cierto loable en la soldadesca, para que nadie se descuide, y cada uno pueda mostrar la gallardia de su persona. Esta es en comun la enemistad de los Indios del gran Reyno de la Florida; y ella misma seria gran parte para que aquella tierra se ganase con facilidad, porque todo Reyno diviso, &c.

Al fin de tres dias que los Españoles habian estado en el pueblo Guachoya, el Señor de él, que habia el mismo nombre, habiendo sabido lo que en la provincia de Anilco entre Indios y Españoles habia pasado, y como aquel curaca no habia querido recibir de paz al Gobernador, antes habia menospreciado su amistad y mensages con no responder a ellos, quiso no perder la ocasion que en las manos tenia para vengarse de sus enemigos los de Anilco, y como hombre mañoso que era, y lleno de astucias, envio lue-

go una solemne embaxada al Gobernador con quatro Indios, caballeros principales, y otros muchos de servicio que vinieron cargados de mucha fruta y pescado, con los quales envio á decir, suplicaba á su señoria le perdonase la inadvertencia que habia tenido en no le haber esperado y recibido en su pueblo, y le diese licencia para venir á besarle las manos, que si se la daba, vendria dentro de quatro dias á besarselas personalmente, y que desde luego le ofrecia su vasallage y servicio.

El Gobernador holgó con la embaxada, y respondió á los mensageros, dixesen á su curaca le agradecia su buen ánimo, y estimaba en mucho su amistad, que viniese sin pesadumbre alguna, que seria bien recibido.

Los mensageros volvieron contentos con la respuesta, y el cacique en los tres dias que tardó en

venir, envió cada dia siete ú ocho recaudos, que todos contenian unas mismas palabras, diciendo que su Señoria le avisase de su salud, y si habia en que le servir, con otras impertinencias de ningun momento: los quales recaudos enviaba Guachoya como hombre recatado y astuto, para ver si con ellos descubria alguna novedad, ó como los tomaba el Adelantado.

Mas habiendo visto que los recibia con buena amistad se aseguró, y el último dia de los quatro vino antes de comer como lo habia avisado el dia antes. Traxo en su compañia cien hombres nobles, todos conforme á la usanza de ellos, muy bien aderezados de grandes plumages, y hermosas mantas de martas, y otras pelleginas de mucha estima. Todos traian sus arcos, y flechas de las mejores que ellos hacen para su mayor ornamento.

CAPITULO XLI.

Guachoya visita al General. Ambos vuelven sobre Anilco.

El Gobernador, que estaba alojado en la casa de Guachoya, sabiendo que venia cerca, salio a recibirle hasta la puerta de ella. Al cacique y a todos los suyos habló amorosamente, de que ellos quedaron muy favorecidos y contentos. Luego se entraron en una gran sala que en la casa habia, y el General, mediante los muchos intérpretes puestos como tenores, hablo con el curaca, informandose de lo que en su tierra y en las provincias comarcanas habia, en pro y contra de la conquista.

Estando en esto, el cacique Guachoya dio un gran esternudo: los Gentiles-hombres que con el habian venido, que estaban arrimados á las

paredes de la sala, entre los Españoles que en ella habia, todos á un tiempo, inclinando las cabezas, abriendo los brazos, volviéndolos á cerrar y haciendo otros ademanes de gran veneracion y acatamiento, le saludaron con diferentes palabras, enderezadas todas a un fin, diciendo: El sol te guarde, sea contigo, te alumbre, te engrandezca, te ampare, te favorezca, te defienda, te prospere, te salve, y otras semejantes, cada qual como se le ofrecia la palabra, y por buen espacio quedó el mormullo de aquellas palabras entre ellos, de lo qual admirado el Gobernador, dixo á los caballeros y capitanes que con él estaban ¿no mirais como todo el mundo es uno?

Este paso quedó bien notado entre los Españoles, de que entre gente tan barbara se usasen las mismas ó mayores ceremonias que al ester-

nudar se usan entre los que se tienen por muy politicos. De donde se puede creer, que esta manera de salutacion sea natural en todas gentes, y no causada por una peste, como vulgarmente se suele decir, aunque no falta quien lo retifique.

El cacique comio con el Gobernador, y sus Indios estuvieron todos al derredor de la mesa, que no quisieron, aunque los Españoles se lo mandaron, irse á comer hasta que su Señor hubiese comido, lo qual tambien se notó entre los nuestros. Luego les dieron de comer en otro aposento, que para todos ellos tenian aderezada la comida.

Para aposento del curaca desocuparon una de las piezas de su propia casa, donde se quedó con pocos criados, y los Indios Gentiles-hombres se fueron a puesta del sol de la otra parte del rio, y volvieron por la mañana, y así lo hicieron los dias

que los Castellanos estuvieron en aquel pueblo.

Entretanto persuadió el curaca Guachoya al Gobernador volviese a la provincia de Anilco, que él se ofrecia á ir con su gente sirviendo á su Señoria, y para facilitar el paso del rio de Anilco, mandaria llevar ochenta canoas grandes, sin otras pequeñas, las quales irian por el rio grande abaxo siete leguas hasta la boca del rio de Anilco, que entraba en el rio grande, y que por él subirian hasta el pueblo de Anilco; que todo el camino que las canoas habian de hacer por ambos rios, seria como veinte leguas de navegacion, y que entretanto que las canoas baxaban por el rio grande, y subian por el de Anilco, irian ellos por tierra, para llegar todos juntos á un tiempo al pueblo de Anilco.

El Gobernador fue facil de persuadir á este viage, porque desea-

ba saber lo que en aquella provincia hubiese de provecho y socorro para el intento que tenia de hacer los vergantines. Deseaba asimismo atraer de paz y amistad al curaca Anilco á su devocion, para que sin las pesadumbres y trabajos de la guerra pudiese poblar, y hacer su asiento entre aquellas dos provincias, que le habian parecido abundantes de comida, donde podria esperar el suceso de los dos vergantines que pensaba enviar por el rio abaxo.

La intencion del Gobernador para volver al pueblo de Anilco era la que hemos visto; mas la del curaca Guachoya era muy diferente, porque era de vengarse con fuerzas agenas de su enemigo Anilco, el qual en las guerras y pendencias continuas que tenian, siempre lo habia traido y traia muy avasallado y rendido, y pretendia ahora en es-

ta ocasion satisfacerse de todas las injurias pasadas.

Para lo qual incitó al Gobernador con toda la disimulacion posible, que volviese al pueblo de Anilco: y mandó con gran solicitud y diligencia apercebir las cosas necesarias para el viage.

Luego que fueron aprestadas, y hubieron traido las canoas, mandó el General, que el capitan Juan de Guzman con su compañía fuese en ellas, para gobernar y dar órden á quatro mil Indios de guerra que en ellas iban, sin los remeros, los quales tambien llevaban sus arcos y flechas, y les dió de plazo para su navegacion tres dias naturales, que parecia término bastante para que los unos y los otros llegasen juntos al pueblo de Anilco.

Con esta órden salió el capitan Juan de Guzman por el rio grande abaxo, y á la misma hora salieron

por tierra el Gobernador con sus Españoles, y Guachoya con dos mil hombres de guerra, sin otra gran multitud de Indios que llevaban los bastimentos: y sin que á los unos ni á los otros les acaeciese cosa de momento, llegaron todos á un tiempo a dar vista al pueblo de Anilco, cuyos moradores, aunque el cacique estaba ausente, tocaron arma, y se pusieron á la defensa del paso del rio, con todo el ánimo y esfuerzo posible; mas nò pudiendo resistir á la furia de los enemigos, que eran Indios y Españoles, volvieron las espaldas y desampararon el pueblo.

Los Guachoyas entraron en el como en pueblo de enemigos tan odiados, y como gente ofendida que deseaba vengarse, lo saquearon, y robaron el templo y entierro de los señores de aquel estado, donde sin los cuerpos de sus difuntos, tenia el cacique lo mejor y mas rico, y es-

timado de su hacienda, y los despojos y trofeos de las mayores victorias que de los Guachoyas habia habido, que eran muchas cabezas de los Indios mas señalados que habian muerto, puestas en puntas de lanzas á las puertas del templo, muchas vanderas, y gran cantidad de armas de los Guachoyas, de las que habian perdido en las batallas que habian tenido con los Anilcos.

Las cabezas de sus Indios quitaron de las lanzas, y en lugar de ellas pusieron otras de los Anilcos: sus insignias militares y sus armas llevaron con gran contento y alegria de verse restituidos en ellas: los cuerpos muertos, que estaban en arcas de madera, derribaron por tierra, y con todo el menosprecio que pudieron mostrar, los hollaron y pisaron en venganza de sus injurias.

CAPITULO XLII.

Prosiguen las crueldades de los Guachoyas. El Gobernador pretende pedir socorro.

No contenta la saña de los Guachoyas con lo que en la hacienda y difuntos de Anilco habian hecho, ni satisfechos con verse restituidos en sus vanderas y armas, pasó la rabia de ellos á otras cosas peores, y fue que á ninguna persona, de ningun sexô ni edad que en el pueblo hallaron, quisieron tomar á vida, sino que las mataron todas, y con las mas capaces de misericordia, como viejas, ya en la extrema vejez, y niños de teta, con esas usaron de mayor crueldad, porque á las viejas, despojándolas esa poca ropa que traian vestida, las mataban á flechazos, tirandolas á las pudendas mas ayna que á otra parte del cuerpo; y

á los niños, quanto mas pequeños, los tomaban por una pierna, y los echaban en alto, y en el ayre, antes que llegasen al suelo, les flechaban entre cinco, seis, mas ó menos, como acertaban á hallarse.

Con estas crueldades, y mas todas las que mas pudieron hacer, recatándose de los Españoles, mostraron los Guachoyas el odio y rencor que como gente ofendida tenian á los Anilcos, las quales cosas vistas por algunos Castellanos, que no habian podido los Indios encubrirlas tanto como quisieran, dieron luego noticia de ellas al Gobernador: el qual se enojó grandemente de que hubiesen hecho agravio á los de Anilco, que su intencion no habia sido de hacerles mal ni daño, sino de ganarlos por amigos.

Y porque la crueldad de los Guachoyas no pasase adelante, mandó tocar á toda priesa á recoger, y re-

prehendió al cacique de lo que sus Indios habian hecho, y para prevenir que no hiciesen mas daño, mandó echar vando, que so pena de la vida nadie fuese osado pegar fuego á las casas, ni hacer mal á los Indios; y porque los Guachoyas no ignorasen el vando, mandó que los interpretes lo declarasen en su lengua: y porque temió que todavia habian de hacer el daño que pudiesen, hurtándose de los Españoles, salió á toda priesa del pueblo de Anilco, y se fué al rio, habiendo mandado á los Castellanos que llevasen antecogidos los Indios, porque no se quedasen á quemar el pueblo, y matar la gente que en él se hubiese escondido.

Con estos apercibimientos se remedio algo del mal para que no fuese tanto como pudiera ser, y el General se embarcó con toda su gente, así Españoles, como Indios, y pa-

só el rio para volverse á Guachoya.

Mas no habian caminado un quarto de legua, quando vieron humear el pueblo, y encenderse muchas casas en llamas de fuego. La causa fue que los Guachoyas, no pudiendo sufrir no quemar el pueblo, ya que les habia sido prohibido el quemarlo al descubierto, quisieron quemarlo como pudiesen, para lo qual dexaron brasas de fuego metidas en las alas de las casas, y como ellas fuesen de paja, y con el verano estuviesen hechas yesca, tuvieron poca necesidad de viento para encenderse presto.

El Gobernador quiso volver al pueblo para socorrerle que no se quemase del todo, mas á este punto vió acudir muchos Indios vecinos suyos que á toda diligencia venian á matar el fuego, y con esto lo dexo y siguio su camino para el pueblo de

Guachoya, disimulando su enojo, por no perder los amigos que tenia, por los que no habia podido haber.

Habiendo llegado al pueblo, y hecho asiento en el con su exército, dexó todos los otros cuidados á los ministros del campo, y para sí tomó el cuidado de hacer los vergantines. En ellos imaginaba y fabricaba dia y noche. Mandó cortar la madera necesaria, que la habia en mucha abundancia en aquella provincia. Hizo juntar las sogas y cordeles que en el pueblo y su comarca se pudiesen haber para jarcia. Mandó á los Indios le traxesen toda la resina y goma de pino, ciruelos y otros árboles que por los campos se hallasen. Ordenó que de nuevo se hiciese mucha clavazon, y se aderezase la que en las piraguas y barcas pasadas habia servido.

En su ánimo tenia elegidos los

capitanes y soldados que por mas fieles amigos tenia, de quien pudiese confiar, que volverian en los vergantines quando los enviase a pedir el socorro que tenia pensado.

Para quando hubiese enviado los vergantines, habia determinado pasar de la otra parte del rio grande á una gran provincia llamada Quigualtanqui: de la qual, por ciertos corredores que habia enviado, caballeros é infantes, tenia noticia que era abundante de comida, y poblada de mucha gente, y el pueblo principal de ella estaba cerca del pueblo Guachoya, el rio enmedio, y que era de quinientas casas, cuyo señor y cacique, llamado tambien Quigualtanqui, habia respondido mal á los recaudos que el Gobernador le habia enviado, pidiendole paz, y ofreciendole su amistad: que con mucho desacato habia dicho muchos denuestos y vitupe-

rios, y hecho grandes fieros y amenazas, diciendo los habia de matar á todos en una batalla, como verian muy presto, y les quitaria de la mala vida que traian, perdidos por tierras agenas, robando y matando como salteadores ladrones, vagamundos, y otras palabras ofensivas. Y habia jurado por el sol y la luna de no les hacer amistad, como se la habian hecho los demas curacas por cuyas tierras habian pasado, sino que los habian de matar y ponerlos por los árboles.

En este paso dice Alonso de Carmona estas palabras: Poco antes que el Gobernador muriese, mandó juntar todas las canoas de aquel pueblo, y las mayores juntaron de dos en dos, y metieron caballos en ellas, y en las otras metieron gente, y pasaron á la otra parte del rio, á donde hallaron muy grandes poblaciones, aunque la gente aizada y

huida, y así se volvieron sin hacer efecto. Lo qual, visto por los principales de aquella tierra, enviaron un mensagero al Gobernador, avisando que otra vez no tuviese atrevimiento de enviar á sus tierras Españoles, porque ninguno volveria vivo; y que agradeciese á su buena fama, y al buen tratamiento que á los Indios de la provincia donde al presente estaba, hacia, que por esta causa no habia salido su gente á matar todos los Españoles que á su tierra habian pasado: que si algo pretendia de su tierra, que se viesen persona por persona, que le daria á entender el poco comedimiento y miramiento que habia tenido en haber enviado á correr su tierra, y que no le acaeciese otra vez, que juraba á sus dioses de le matar á él y á toda su gente, ó morir en la demanda.

Todas son palabras de Alonso de

Carmona, que por ser casi las mismas que de Quigualtanqui hemos dicho, quise sacarlas á la letra.

A los quales denuestos siempre el Gobernador habia replicado con mucha blandura y suavidad, rógandole con la paz y amistad; y aunque es verdad que Quigualtanqui, por el mucho comedimiento del General, habia trocado sus malas palabras en otras buenas, dando muestras de paz y concordia, siempre se le habia entendido que era con falsedad y engaño, por coger descuidados á los Españoles: que por las espias sabia el Gobernador que andaba maquinando traiciones y maldades, y que hacia llamamiento de su gente y de las provincias comarcanas contra los christianos, para los matar á traicion debaxo de amistad. Todo lo qual sabia el General, y lo tenia guardado en su pecho para castigarlo a su tiempo, que to-

davia tenia ciento y cincuenta caballos, y quinientos Españoles, con los quales, despues de haber enviado los vergantines, pensaba pasar el rio grande, hacer su asiento en el pueblo principal de Quigualtanqui, y gastar alli el estio presente, y el invierno venidero, hasta tener el socorro que pensaba pedir. El qual se le pudiera dar con mucha facilidad de toda la costa, ciudad de México, y de las islas de Cuba y Santo Domingo, subiendo por el rio grande, que era capaz de todos los navios que por él quisiesen subir, como adelante veremos.

CAPITULO XLIII.

Muerte del Gobernador. Sucesor que dexó nombrado

En los cuidados y pretensiones que hemos dicho andaba engolfado dia y noche este heroico caballero, deseando, como buen padre, que los muchos trabajos que él y los suyos en aquel descubrimiento habian pasado, y los grandes gastos que para él habian hecho, no se perdiesen sin fruto de ellos, quando á los veinte de Junio del año mil quinientos quarenta y dos sintió una calenturilla, que el primer dia se mostró lenta, y al tercero rigurosísima. El Gobernador, viendo el excesivo crecimiento de ella, entendió que su mal era de muerte, y así luego se apercibió para ella, y como católico christiano ordenó casi en cifra su testamento, por no haber recaudo

bastante de papel, y con dolor y arrepentimiento de haber ofendido á Dios confesó sus pecados.

Nombró por sucesor en el cargo de Gobernador y Capitan General del reyno y provincias de la Florida á Luis de Moscoso de Alvarado, á quien en la provincia de Chicaza habia quitado el oficio de Maese de Campo, para el qual auto mandó llamar ante sí á los caballeros, capitanes y soldados de mas cuenta, y de parte de la magestad imperial les mandó, y de la suya les rogó y encargó, que atenta la calidad, virtud y méritos de Luis de Moscoso, lo tuviesen por su Gobernador y Capitan General hasta que su magestad enviase otra órden; y de que así lo cumplirian les tomó juramento en forma solemne.

Hecha esta diligencia, llamó de dos en dos, y de tres en tres á los mas nobles del exército, y despues

de ellos mandó que entrase toda la demas gente de veinte en veinte, y de treinta en treinta, y de todos se despidio con gran dolor suyo, y muchas lagrimas de ellos; y les encargó la conversion á la fé católica de aquellos naturales, y el aumento de la corona de España, diciendo que el cumplimiento de estos deseos le atajaba la muerte. Pidióles muy encarecidamente tuviesen paz y amor entre sí.

En estas cosas gastó cinco dias, que duró la calentura recia, la qual fue siempre en crecimiento, hasta el dia seteno que lo privó de esta presente vida. Fallecio como católico christiano, pidiendo misericordia á la Santísima Trinidad, invocando en su favor y amparo la sangre de Jesuchristo nuestro Señor, la intercesion de la Virgen, y de toda la corte celestial, y la fe de la iglesia romana.

Con estas palabras, repitiendolas muchas veces, dió el ánima á Dios este magnánimo y nunca vencido caballero, digno de grandes estados y señorios, é indigno de que su historia la escribiera un Indio. Murio de quarenta y dos años.

Fue el Adelantado Hernando de Soto, como al principio diximos, natural de Villanueva de Barcarrota, hijodalgo de todos quatro costados, de lo qual, habiendose informado la Cesarea magestad, le habia enviado el habito de Santiago, mas no gozó de esta merced, porque quando la cédula llegó á la isla de Cuba, ya el Gobernador habia entrado al descubrimiento y conquista de la Florida.

Fue mas que mediano de cuerpo, de buen ayre, y parecia bien á pie y á caballo: era alegre de rostro, de color moreno, diestro de ambas sillas, y mas de la gineta que de la

brida. Fue pacientísimo en los trabajos y necesidades, tanto que el mayor alivio que sus soldados en ellas tenian, era ver la paciencia y sufrimiento de su Capitan General.

Era venturoso en las jornadas particulares que por su persona emprendia, aunque en la principal no lo fué, pues al mejor tiempo le faltó la vida.

Fue el primer Español que vió y habló á Atahallpa, rey tirano, y último de los del Perú, como decimos en la propia historia del descubrimiento y conquista de aquel imperio.

Fue severo en castigar los delitos de milicia; los demas perdonaba con facilidad. Honraba mucho á los soldados, á los que eran virtuosos y valientes. Fue valentisimo por su persona, en tanto grado, que por do quiera que entraba peleando en las batallas campales, dexaba hecho



lugar y camino por do pudiesen pasar diez de los suyos, y así lo confesaban todos ellos, que diez lanzas de todo su exército no valian tanto como la suya.

Tuvo este valeroso capitan en la guerra una cosa muy notable y digna de memoria, y fue, que en los rebatos que los enemigos daban en su campo de dia, siempre era el primero, ó el segundo que salia al arma, y nunca fue el tercero; y en las que le daban de noche, jamas fue el segundo sino siempre el primero: que parecia que despues de haberse apercibido para salir al arma, la mandaba tocar él mismo. Con tanta prontitud y vigilancia como esta andaba de continuo en la guerra. En suma fue una de las mejores lanzas que al Nuevo Mundo han pasado, pocas tan buenas, y ninguna mejor, si no fue la de Gonzalo Pizarro, á la qual de comun consentimiento

se le dió siempre la honra del primer lugar.

Gastó en este descubrimiento mas de cien mil ducados, que hubo en la primera conquista del Perú de las partes de Casamarca, de aquel rico despojo que allí hubieron los Españoles. Gastó su vida, y feneció en la demanda, como hemos visto.

CAPÍTULO XLIV.

Dos entierros que hicieron al Adelantado Hernando de Soto.

La muerte del Gobernador y Capitan General Hernando de Soto, tan digna de ser llorada, causo en todos los suyos gran dolor y tristeza, así por haberlo perdido, y por la orfanidad que les quedaba, que lo tenian por padre, como por no poderle dar la sepultura que su cuerpo merecia,

ni hacerle la solemnidad de obsequias que quisieran hacer á capitan y señor tan amado.

Dobiábaseles esta pena y dolor con ver, que antes le era forzoso enterrarlo con silencio y en secreto, que no en publico, porque los Indios no supiesen donde quedaba; porque temian no hiciesen en su cuerpo algunas ignominias y afrentas que en otros Españoles habian hecho: que los habian desenterrado y atasajado, y puestoslos por los árboles cada coyuntura en su rama: y era verisimil que en el Gobernador, como en cabeza principal de los Españoles, para mayor afrenta de ellos, las hiciesen mayores y mas vituperosas; y decian los nuestros, que pues no las habia recibido en vida, no seria razon que por negligencia de ellos las recibiese en muerte.

Por lo qual acordaron enterrarle

de noche con centinelas puestas, para que los Indios no lo viesen, ni supiesen donde quedaba. Eligieron para sepultura una de muchas hoyas grandes y anchas que cerca del pueblo habia en un llano, de donde los Indios para sus edificios habian sacado tierra, y en una de ellas enterraron al famoso Adelantado Hernando de Soto, con muchas lagrimas de los sacerdotes y caballeros que á sus tristes obsequias se hallaron.

El dia siguiente, para disimular el lugar donde quedaba el cuerpo, y encubrir la tristeza que ellos tenian, echaron nueva por los Indios, que el Gobernador estaba mejor de salud, y con esta novela subieron en sus caballos é hicieron muestras de mucha fiesta y regocijo, corriendo por el llano, y trayendo galopes por las hoyas y encima de la misma sepultura: cosas bien diferentes y

contrarias de las que en sus corazones tenian, que deseando poner en el mauseolo, ó en la aguja de Julio Cesar al que tanto amaban y estimaban, lo hallasen ellos mismos para mayor dolor suyo; mas hacíanlo por evitar que los Indios le hiciesen otras mayores afrentas. Y para que la señal de la sepultura se perdiese del todo, no se habian contentado con que los caballos la hollasen, sino que antes de las fiestas habian mandado echar mucha agua por el llano y por las hollas, con achaque de que al correr no hiciesen polvo los caballos.

Todas estas diligencias hicieron los Españoles por desmentir los Indios, y encubrir la tristeza y dolor que tenian; empero como se puede fingir mal el placer, ni disimular el pesar, que no se vea de muy lejos al que lo tiene, no pudieron los nuestros hacer tanto que los Indios no

sospechasen, así la muerte del Gebernador, como el lugar donde lo habian puesto: que pasando por el llano y por las hollas, se iban deteniendo, y con mucha atencion miraban á todas partes, hablaban unos con otros, señalában con la barba, y guiñaban con los ojos ácia el puesto donde el cuerpo estaba.

Y como los Españoles viesen y notasen estos ademanes, y con ellos les creciese el primer temor, y la sospecha que habian tenido, acordaron sacarlo de donde estaba, y ponerlo en otra sepultura no tan cierta, donde el hallarlo, si los Indios lo buscasen, les fuese mas dificultoso; porque decian, que sospechando los infieles que el Gobernador quedaba allí, cabarian todo aquel llano hasta el centro, y no descansarian hasta haberlo hallado: por lo qual les parecio, seria bien darle por sepultura el rio grande; y antes

que lo pusiesen por obra quisieron ver la hondura del rio, si era suficiente para esconderlo en ella.

El contador Juan de Añasco, y los capitanes Juan de Guzman, Arias Tinoco, Alonso Romo de Cardeñosa, y Diego Arias, Alferez general del exército, tomaron el cargo de ver el rio, y llevando consigo un vizcayno, llamado Joanes de Abbadia, hombre de la mar, y gran ingeniero, lo sondaron una tarde con toda la disimulacion posible, haciendo muestras que andaban pescando, y regocijándose por el rio, porque los Indios no lo sintiesen, y hallaron que enmedio de la canal tenia diez y nueve brazas de fondo, y un quarto de legua de ancho, lo qual visto por los Españoles, determinaron sepultar en él al Gobernador, y porque en toda aquella comarca no habia piedra que echar con el cuerpo para que lo llevase á fondo, cor-

taron una muy gruesa encina, y á medida del altor de un hombre la socavaron por un lado, donde pudiesen meter el cuerpo, y la noche siguiente, con todo el silencio posible, lo desenterraron, y pusieron en el trozo de la encina, con tablas clavadas, que abrazaron el cuerpo por el otro lado, y así quedo como en una arca, y con muchas lágrimas y dolor de los sacerdotes y caballeros que se hallaron á este segundo entierro, lo pusieron enmedio de la corriente del rio, encomendando su ánima á Dios, y le vieron irse luego á fondo.

Estas fueron las obsequias tristes y lamentables que nuestros Españoles hicieron al cuerpo del Adelantado Hernando de Soto, su Capitan General, y Gobernador de los reynos y provincias de la Florida, indignas de un varon tan heroyco, aunque bien miradas, semejantes casi

en todo á las que mil ciento treinta y un años antes hicieron los Godos, antecesores de estos Españoles, á su Rey Alarico en Italia, en la provincia de Calabria, en el rio Bisento, junto á la ciudad de Cosencia.

Dixe semejantes casi en todo, porque estos Españoles son descendientes de aquellos Godos, las sepulturas ambas fueron rios, y los difuntos las cabezas y caudillos de su gente, y muy amados de ella; y los unos y los otros valentísimos hombres, que saliendo de sus tierras, y buscando donde poblar y hacer asiento, hicieron grandes hazañas en reynos agenos. Y aun la intencion de los unos y de los otros fue una misma, que fue sepultar sus capitanes donde sus cuerpos no se pudiesen hallar, aunque sus enemigos los buscasen. Solo difieren en que las obsequias de estos nacieron de

temor y piedad que á su capitan General tuvieron, no maltratasen los Indios su cuerpo, y las de aquellos nacieron de presuncion y vanagloria que al mundo, por honra y magestad de su Rey, quisieron mostrar. Y para que se vea mejor la semejanza, sera bien referir aquí el entierro que los Godos hicieron á su Rey Alarico, para los que no lo saben.

Aquel famoso Príncipe, habiendo hecho innumerables hazañas por el mundo con su gente, y habiendo saqueado la imperial ciudad de Roma, que fue el primer saco que padecio despues de su imperio y monarquia, á los 1162 años de su fundacion, y a los 412 del parto virginal de Nuestra Señora, quiso pasar á Sicilia, y habiendo estado en Regio, y tentado el pasage se volvió á Cosencia, forzado de la mucha tempestad que en la mar habia, don-

de falleció en pocos dias. Sus Godos, que le amaban muy mucho, celebraron sus obsequias con muchos y excesivos honores y grandezas; y entre otras inventaron una solemnisima y admirable, y fue, que á muchos cautivos que llevaban, mandaron divertir y sacar de madre al rio Bisento, y enmedio de su canal edificaron solemne sepulcro, donde pusieron el cuerpo de su Rey con infinito tesoro: palabras son del Colenucio, y sin él lo dicen todos los historiadores antiguos y modernos, Españoles y no Españoles, que escriben de aquellos tiempos. Habiendo cubierto el sepulcro, mandaron volver a echar el rio á su antiguo camino; y los cautivos que habian trabajado en la obra, porque en algun tiempo no dixesen donde quedaba el Rey Alarico, los mataron todos.

Pareciome tocar aquí esta his-

toría, por la mucha semejanza que tiene con la nuestra, y por decir que la nobleza de estos nuestros Españoles, y la que hoy tiene toda España, sin contradicion alguna viene de aquellos Godos: porque despues de ellos no ha entrado en ella otra nacion sino los Alarabes de Berberia, quando la ganaron en tiempo del Rey Don Rodrigo. Mas las pocas reliquias, que de esos mismos Godos quedaron, los echaron poco á poco de toda España, y la poblaron como hoy está; y aun la descendencia de los Reyes de Castilla derechamente, sin haberse perdido la sangre de ellos, viene de aquestos Reyes Godos, en la qual antigüedad y magestad tan notoria hacen ventaja á todos los Reyes del mundo.

Todo lo que del testamento, muerte y obsequias del Adelantado Hernando de Soto hemos dicho, lo refieren ni mas ni menos Alonso de

Carmona, y Juan Coles en sus relaciones, y ambas añaden, que los Indios, no viendo al Gobernodor, preguntaban por él; y que los Christianos les respondian, que Dios habia enviado á llamarle para mandarle grandes cosas que habia de hacer luego que volviese; y que con estas palabras, dichas por todos ellos, entretenian a los Indios.



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

FIN DEL TOMO III.